RUBÉN NAVAFRÍA

AMOR BAJO EL MUÉRDAGO



RUBÉN NAVAFRÍA

AMOR BAJO
EL MUÉRDAGO

Amor bajo el muérdago.

© Del texto: Rubén Navafría, 2025.

© De esta edición: Rubén Navafría, 2025.

Imagen de la portada: Vecteezy.

Imágenes del interior y elementos de la portada: Vecteezy y Canva.

Ninguna de las imágenes en esta novela me pertenece a mí ni pretendo hacerme con su autoría.

Diseño de cubierta: Rubén Navafría.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por foto copia, por grabación u otros métodos, sin permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: noviembre 2025

ISBN: 9798270681791

Santa doesn't know you like i do,
but maybe this **Christmas time**
you finally realize that i could be the one
to give you everything you want.

Santa doesn't know you like I do
- Sabrina Carpenter.

A todos los que siguen creyendo en la Navidad
aunque haya huecos en la mesa.

A mi hermano,
por comenzar a ver las películas de Navidad
existentes en pleno verano.

PRÓLOGO

ESTO NO ES LO QUE ME PROMETIERON

NOEL

No me lo puedo creer. El reflejo que me devuelve el espejo no es mucho mejor de lo que yo alcanzo a ver con mis propios ojos cada vez que bajo la mirada. Me asemejo más a un monstruo que a un personaje perteneciente al imaginario navideño. Una horrenda criatura recién sacada de *Pesadilla antes de Navidad* de Tim Burton. ¿En qué momento había aceptado quedarme aquí? ¿Acaso no tengo suficiente con la humillación que recibo día sí y día también?

«No todo iba a parecer campanas y renos» me digo a mí mismo, flagelando cada arrepentimiento que acude a mi mente.

Cuando el tío Enrique me explicó hace unas semanas lo que tenía que hacer me pareció tan sencillo que creía que me estaba tomando el pelo, que se estaba quedando conmigo como solía hacerlo a menudo.

Aunque ya veo que no.

En el plan inicial, me encargaría de cuidar la tienda de chocolates, la cual provenía de una gran tradición familiar, durante el mes de diciembre hasta que ellos volvieran en Año Nuevo. Pero nadie, absolutamente nadie me había advertido de esto. Porque, claro, si lo hubieran hecho, me hubiera negado sin tan siquiera pensarlo más de dos veces.

Ridículo. Esto es muy ridículo. ¿Cuál es la gracia de vender un chocolate de trufas y almendras así? Nadie va a valorar la experiencia de compra. Lo único que quieren es comprar una puñetera tableta de chocolate con un envoltorio de bolas de nieve y un árbol de Navidad con el logo de la empresa.

Me arrepiento muchísimo. Tanto que, como siga pensándolo y mirándome en el espejo, voy a arder en rabia y vergüenza y no creo que eso aclame más clientela. Suficiente tengo con combatir contra mi cara de malas pulgas debido a que este maldito gorro me está causando un escozor de la leche en la cabeza. Además, la frondosa y gigantesca barba que decora mi mentón me ha hecho estornudar como cincuenta veces en los diez minutos que llevo con él puesto.

Nunca debería haber aceptado ese trabajo.

CAPÍTULO 1

TODO POR EL VIAJE A CANCÚN

HUGO

Durante los últimos cuatro años mi único pensamiento recurrente ha sido hacer este viaje y, ahora que solo me faltan setecientos euros por pagar, no estoy dispuesto a renunciar a él. El paraíso hecho tierra. El lugar en el que el amanecer y el anochecer se entrelazan durante unos días en los que el frenesí es lo único que importa.

Lo más importante de todo es que es tan diferente a Jengibre que podré desconectar durante siete días de ensueño de todo el estrés de los exámenes, las últimas entregas y el temido TFG. Los chocolates calientes a medianoche serán reemplazados por los cócteles; las guirnaldas de miles de colores que decoran las calles de la ciudad durante todo el año se transformarán en hileras de cocos suspendidos entre palmeras de hojas gigantes que me resguardarán del intenso

sol que tanto dista del cielo permanentemente anubarrado de este lugar.

Todo esto será la mezcla perfecta y oportuna para refrescar la mente antes de comenzar las prácticas extracurriculares en la empresa de turismo local de la ciudad, en la que (espero) terminen contratándome cuando se acaben mis horas obligatorias.

Aunque, por el momento, dejaría de pensar en el futuro y me centraría en conseguir el dinero que me faltaba. Mis padres han insistido durante meses en pagarme la cuantía que sea necesaria, pero no estoy dispuesto a que ellos continúen ayudándome. Demasiadas oportunidades me han brindado ya como para seguir aprovechándome de su bonanza.

Aquel viaje a Cancún lo pagaría yo con el sudor de mi trabajo.

—Yo lo hubiera aceptado —dice Judit, mi mejor amiga, al otro lado del teléfono.

Nos conocimos en primero de carrera cuando ella había decidido no llevarse ningún bolígrafo y yo había omitido la necesidad de tener un papel en el que escribir. Digamos que nuestros caminos se encauzaron para complementarnos aquel día. Desde entonces hemos sido como uña y carne, como los bombones con su envoltorio.

—Me propuse que lo pagaría yo y así lo haré, Ju.

—Desde luego a testarudo no te gana nadie… Es solo una ayuda momentánea, sabes que el último pago debe de hacerse en Año Nuevo —me recuerda.

Miro el calendario que cuelga de la pared en la cocina de mi casa y veo el círculo rojo y prominente señalando el comienzo del año con una anotación debajo: último pago viaje Cancún. Sí, estaba al tanto de las fechas que debíamos cumplir.

—Lo sé. Para entonces ya tendré lo que me hace falta y podré respirar tranquilo. —Estaba más que seguro de que así sería. Me había encargado de planearlo todo a la perfección.

Mi mejor amiga suspira al otro lado de la línea y sé, antes de que diga nada, que va a quejarse de algo. La conozco como la palma de mi mano.

—Estoy aburridísima, Hugo. Aquí no hay nada más que nieve y coches transitando todo el tiempo. Qué coñazo de vacaciones.

Hemos terminado las clases tres semanas antes de lo usual porque somos alumnos del último curso y se supone que deberíamos de estar haciendo las prácticas, pero ambos las hemos dejado para el verano así que ahora debemos comernos estos días vacíos con bizcochos de limón y mucha leche que nos ayudara a digerir la recta final de la carrera.

Los padres de mi amiga habían nacido y crecido en Canela, una ciudad que colinda con Jengibre. Esas Navidades su abuela se había resbalado en el patio a causa de la nieve derretida y se había fracturado la cadera, así que habían tenido que marcharse allí todo diciembre para cuidar de la pobre mujer.

Mi amiga, de espíritu libre y de noches eternas, está a punto de ahorcarse con una guirnalda de luces y eso tan solo era uno de diciembre.

—Sobrevivirás. Siempre puedes apuntarte al taller de costura que me dijiste… Tenía muy buena pinta.

—Sí, para clavarme las agujas en los ojos, así por lo menos podré pasearme hasta el hospital —brama con sorna, haciendo que expulse una carcajada.

Sujeto el móvil con la mejilla y el hombro mientras pululo de un lado al otro de la habitación en busca de la maldita zapatilla, la cual anoche había lanzado junto al armario y ahora parecía haber sido tragada por la tierra.

—¿Qué estás haciendo? Estás emitiendo unos sonidos muy raros con tanto trapicheo —me dice cuando el teléfono se resbala por mi brazo y se estampa de lleno contra el suelo.

«Solo espero que no se haya roto» me digo a mí mismo cuando encuentro la zapatilla y trato de alcanzarla, dejando el teléfono justo donde se ha caído mientras mi amiga se queja por los estruendos.

—¡Lo siento, Ju! ¡Luego hablamos! ¡Llego tarde al trabajo! —exclamo desde la lejanía, viendo como son casi las siete en punto.

Guardo todo en una mochila y me la cargo a la espalda. Bajo las escaleras de casa y me despido con un rápido «adiós» de mis padres, los cuales se están preparando también para marcharse.

Mi nuevo trabajo no está muy lejos de la calle en la que vivo. Nada en Jengibre está tan apartado como para tener que coger los autobuses urbanos que a menudo suelen retrasarse y quedarse estancados por la nieve.

Palpo los bolsillos de mi vaquero para asegurarme de que llevo conmigo la llave de la puerta. Mi jefe reiteró hasta en cinco ocasiones que debía de ser responsable y encargarme dignamente del negocio al que tanto aprecio le tenía.

Giro la esquina y me topo con el establecimiento de lleno. Puedo reparar en que han pasado el quitanieves no hace mucho ya que la entrada está despejada, incluso para no haber nevado en días, la espesa masa blanca que cubre la ciudad no se disipa con tanta facilidad.

Desde el exterior puedo oler un rastro de vainilla y chocolate, algo que me llama la atención pero no me extraña. Es normal que en un lugar donde suelen hacerse postres quede un leve vestigio de un aroma azucarado.

Me adelanto, saco la llave y la introduzco en la cerradura con cuidado. «Es muy frágil. Un movimiento en falso y se partirá dentro… Y no sabes cuánto cuesta arreglar eso, chaval» me advirtió el regente del lugar el mismo día en el que me dio aquel cursillo exprés.

Hago lo mandado tal y como me aconsejó y la llave vence, la puerta se abre y puedo tirar de ella para entrar en el interior. Mis fosas nasales vuelven a embriagarse del mismo perfume que consigue hacer regurgitar mis tripas. Qué hambre. Debería haber desayunado más fuerte en casa, ahora ya es demasiado tarde. Tendré que esperar hasta la hora de comer para degustar los macarrones con mucho queso y poco tomate que me había preparado la noche anterior, y que ahora llevaba en un túper de plástico dentro de la mochila.

El lugar es acogedor con muebles de madera y un gran mostrador que divide el suelo en dos mitades desiguales. A un lado está la cristalera en la que se exponen los productos más vendidos, aquellos que más rápido llaman la atención de los forasteros que vienen a Jengibre a degustar las obras caseras de Natale's.

Paso por debajo del menudo saliente y paso tras el mostrador con el objetivo de meterme en la cocina y comenzar a preparar mis primeros dulces y chocolates. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, un sonido parecido al de algo metálico cayéndose, me interrumpe.

Mierda.

Es mi primer día y ya están intentando robar.

CAPÍTULO 2

UN LADRÓN POCO PREPARADO

NOEL

Recojo el bol que se me ha caído al suelo y me limpio los restos de chocolate esparcidos por mis manos en el delantal que me he puesto por encima del disfraz. Sí, lo sé, podría haber preparado los dulces y las tabletas antes y luego haberme vestido, pero mi mente no ha podido llegar a mucho más esta mañana. No después de ver el horror en el que me he convertido.

Algo de lo que disfruto como un crío es del silencio. La ausencia de sonido que se crea cuando comienzo a hornear en el Natale's es un placer indescriptible solamente equiparable a beberte algo muy caliente en una noche muy fría. Esa sensación de confort, de paz y tranquilidad es algo con lo que yo me siento como pez en el agua.

Precisamente por la agudeza de mi oído tan acostumbrado al silencio soy capaz de escuchar los pasos de alguien

acercándose, la puerta de la cocina abriéndose y una respiración agitada precediéndolo.

No me giro.

Sé que puedo ser hombre muerto si lo hago.

Me limito a extender mi brazo y coger el rodillo con el que suelo eliminar las imperfecciones de las masas. Es contundente y pesa más que un quintal. Si golpeo a alguien con él, no lo mataría pero lo dejaría aturdido durante unos cuantos minutos. Los suficientes como para salir por patas de aquí y llamar a la policía.

Echo un paso hacia atrás y carraspeó mi garganta cuando la puerta se cierra.

Ahora. Justo cuando lo siento cerca, me giro, alzo el rodillo y me dispongo a pegarle.

—¡Qué cojones! —grita el chico, alzando sus brazos hacia arriba en un acto defensivo.

Detengo mi ataque y dejo que mis brazos caigan inertes a ambos lados de mi cuerpo.

—¡Detente ahora mismo si no quieres que te aplaste la cabeza como a una chapa! —advierto con el tono más desafiante que puedo poner.

—¡Detente tú, malhechor! ¡Si no sales ahora mismo de esta cocina llamaré a las autoridades! —Sus labios tiemblan pese a que intenta mostrarse firme y sereno.

Frunzo el ceño al escuchar lo que me acaba de llamar.

Vale, sí, quizás la imagen no es la idónea. Tal vez el disfraz, el delantal y el rodillo sea demasiada información que procesar

pero no debía olvidar que el que estaba intentando robar en esa situación era él, no yo.

—¡Aquí el único criminal eres tú! ¿Qué quieres? ¿A qué vienes? En la caja registradora no hay dinero y lo único de valor que hay aquí es la máquina de conchado que pesa cerca de doscientos kilos… A no ser que tengas una grúa a mano, dudo mucho que puedas llevar a cabo lo que has venido a buscar —afirmo, analizándolo de arriba abajo.

No tiene mucha pinta de saqueador, de hecho, es un chico de unos veintipocos años con el pelo oscuro y unos ojos color miel que me observan en busca de respuestas, casi tanto como el chocolate puro.

—Yo… Yo no vengo a… Trabajo aquí.

—¿Cómo que trabajas aquí? *Yo* trabajo aquí. —Me señalo como si hiciera falta secundar mi respuesta.

—¿*Tú* trabajas aquí? Eso es imposible. Me dijeron que trabajaría solo… —se queja a punto de bufar, pero se reprime para no añadirle más dramatismo a la escena.

Me acerco más al chico y lo vuelvo a mirar.

Si tuviera algún pensamiento de delinquir, desde luego no ha elegido el mejor atuendo para hacerlo.

—¿Qué… qué dices? ¿Quién te dijo eso? —A medida que lo preguntaba, me daba cuenta de que la respuesta era obvia. ¿Quién habría sido si no?

—El dueño de la tienda… Aurelio… o Elías… No me acuerdo de su nombre pero era él, me dio estas llaves. —Me enseña el llavero del Natale's y se rasca la nuca para intentar recordar el nombre correcto.

—Enrique —decido echarle un cable—: ¿Y por qué te ha contratado, si puede saberse?

—Porque he dado el perfil para la candidatura, supongo. —Se encoje de hombros y eso me hace ver que estoy haciendo preguntas tan estúpidas como el disfraz que llevo puesto, el cual, hasta el momento ha pasado desapercibido ante sus ojos pero del que ahora parece percatarse—. ¿Tú eres mago o algo así?

Carcajeo y muevo la cabeza de un lado al otro. Al final el ladrón va a ser también comediante.

—Yo soy el sobrino de ese tal Aurelio. —Suelto el rodillo en la primera mesa metálica que veo—. Al que voy a llamar para que me explique qué narices pasa aquí…

—¿Me vas a echar? —pregunta antes de que pueda sacar el móvil de mi bolsillo.

Me giro hacia él y me tomo varios segundos antes de contestar.

—Yo no tomo esas decisiones, *graciosillo* —contesto un poco más seco de lo habitual.

La barba me molesta demasiado y los pantalones comienzan a apretarme las piernas. Estoy harto del maldito disfraz y estoy pingando por quitármelo. Aunque sé que ahora tengo que lidiar con problemas de personal… Maldita sea, desde luego no he aceptado nada de esto.

Camino hacia la puerta que conecta el local con la casa de mis tíos y, allí, en las escaleras que dirigen hacia el salón, me siento antes de buscar su número entre mis contactos.

—Espero que esto no sea una llamada para decirme que has quemado la tienda, Noel. Hace veinticuatro horas que nos fuimos… —dice mi tío al otro lado de la línea.

Sonrío.

—Eso solo ocurrió una vez, *Kike*. —Sé que odia que lo llame de esa manera, pero también soy consciente de que es algo entre nosotros, así que merece la pena continuar diciéndolo si así sigo sintiendo que nuestra relación no ha cambiado nada desde mi mudanza.

—¿Qué pasa, entonces?

—Hay aquí un chico que dice trabajar aquí…

—¿Y no soy yo?

—Estoy bastante seguro de que los treinta años que os diferencian me confirman que, efectivamente, no se trata de ti. —Inmiscuyo mi cabeza por la rendija de la puerta entreabierta y lo observo de nuevo. Es guapo. Tiene unas pestañas espesas que intensifican el color amarillento de sus ojos.

Mi tío se mantiene en silencio durante algunos segundos antes de contestarme:

—¡Ah, sí, el chico nuevo…! Se me olvidó decirte que había contratado a alguien más para que te eche una mano. Van a ser unas semanas complicadas y no te vendrá mal una ayuda extra, Noel.

Nos has jodido y tanto que me viene mal. Pretendía hacer lo menos posible y disfrutar de las obligatorias vacaciones que mi empresa me había obligado a cogerme durante todo diciembre. Mi jefe había estimado que necesitaba un descanso luego de no haber cogido mis treinta días de descanso en dos años. Ya

que había tenido que aceptarlas, quería descansar lo máximo posible.

—Le enseñé la tienda y todos los procesos hace dos semanas así que no debería retrasar la producción. De igual manera, si tiene alguna duda, confío en que tú seas capaz de ayudarlo —afirma antes de despedirse con rapidez y colgarme.

Perfecto.

De puta madre.

No solo tengo que trabajar en el Natale's durante la temporada navideña, la cual odio con todo mi corazón, sino que además debo hacerme cargo del chico nuevo.

Y todo esto debía hacerlo disfrazado de Papá Noel.

CAPÍTULO 3

¿PAPÁ NOEL O NOEL A SECAS?

HUGO

Veo como la puerta se vuelve a abrir y el chico la cierra a sus espaldas. Mantiene la misma expresión de descontento que hace un rato. Ninguno de los dos se esperaba al otro aquí y muchos menos me esperaba encontrar a un rubio tan alto como una torre disfrazado de Papá Noel haciendo unas tabletas de chocolate. Eso no entraba en las expectativas de mi primer día de trabajo. Pero la vida es así, sorpresiva y, en ocasiones, nos acoge con algo inesperado a lo que debemos de hacerle frente.

Si este tipo es mi sorpresa, no me quedará otra que aguantarme con ella.

—¿Qué pasa? —me atrevo a preguntar, viendo que él mismo no piensa trasponer más de dos palabras para explicarme la

situación.

—Mi tío dice que te contrató.

Claro que lo hizo. ¿Qué iba a hacer yo aquí si no trabajara?

Su mentón se ha tensado más al decirlo y sus hombros están encogidos, como en posición de defensa. Sé que no va a darme la razón así como así, pero disfruto de esos segundos de victoria tan efímeros.

—Supongo que tendremos que currar juntos…

Detecto el tono de queja casi al instante.

Si no me hiciera falta el dinero para el viaje, ya me habría pirado. No entra en mis planes tener que compartir el espacio con nadie. He aceptado el trabajo, entre muchos otros motivos relacionados con la necesidad y la escasez de dinero, porque me prometió poder ir a mis anchas, hacer y deshacer lo que me viniera en gana.

Y, ahora…, ahora tengo que conformarme con este tío que no ha parado de mirarme con cara de asco desde que he entrado.

—¿Dónde puedo dejar mis cosas? —Señalo con la mirada a la mochila que cargo en mis espaldas.

—En algún lugar en el que no molesten. En aquella esquina mismo. —Puntea algo con el dedo; con el poco ímpetu con el que lo ha hecho creo que ha seleccionado el sitio de manera aleatoria. Le da igual donde las coloque. No, de hecho, prefiere que las coja y me marche. Pero no lo voy a hacer.

Cuando me giro y observo el lugar en el que pretende que deje mis cosas no puedo evitar asombrarme. Es un amasijo inmenso de cajas y cajas y cajas cuyo contenido desconozco.

No creo que sea el mejor lugar pero supongo que no hay otro mucho mejor, así que me adelanto unos metros y las dejo allí.

Saco mi disfraz y el delantal que me dió Enrique antes de marcharse.

—¿Dónde puedo cambiarme? —vuelvo a preguntar, no queriendo ser pesado pero sin recordar bien donde estaba el baño.

El tipo chasquea su lengua y suelta una cuchara de metal sobre la mesa del mismo material, haciendo que un sonido molesto reverbene por toda la sala.

—Sal por el mostrador y justo a la derecha, al lado de las vitrinas de exposición.

No se molesta en girarse. Vuelve a la tarea en la que estaba enfrascado y no me hace ni puto caso. ¿Las malas pulgas de este tío las tiene el disfraz o vienen ya de serie?

Sigo sus indicaciones y me encierro en el baño tan pronto como lo encuentro. Me desnudo y me miro frente al pequeño espejo. Cojo el pantalón verde con líneas rojas y lo meto por mis piernas. Hago lo mismo con la camiseta y el gorro.

Un elfo.

Un maldito elfo.

Ese es mi uniforme de trabajo.

Era consciente de ello cuando acepté el trabajo y, quizás si tuviera un poco más de amor propio y de vergüenza ajena me hubiera negado, pero como resulta que no tengo ninguna de las dos, acepté sin dudarlo. ¡Sería el mejor elfo de todo Jengibre!

Claro, a esto hay que añadirle que no voy a estar solo, algo que no sabía cuando acepté, y que a su lado pareceríamos el trágico desenlace de una comedia navideña, algo así como el Dúo Sacapuntas versión estrellada contra la chimenea. Él sería el alto y yo el bajito.

—Tú puedes, Hugo —me animo a mí mismo volviendo a la cocina.

Cuando llego de nuevo, me detengo a sus espaldas. Tararea el ritmo de una canción que no reconozco mientras bate algo en un bol enorme.

—Necesito tu ayuda para montar la nata —avisa antes de recolocar la prominente barba que cuelga de su mentón.

Juguetea con algo que no alcanzo a ver por la perspectiva y, justo cuando me anudo el delantal, se gira para confrontarme.

Se queda callado durante algunos segundos que se me antojan eternos y deseo con todas mis fuerzas que deje de mirarme así, de esa manera en la que me siento tan expuesto ante todo lo que dice, ve y oye.

Aclara con poca sutileza su garganta antes de decir:

—No sé por qué me sorprende que tú también vengas disfrazado. Mi tío es un cabrón. —Menea la cabeza y se acerca unos centímetros a mí.

—¿Dónde están esas claras para montar? —Miro a la mesa que hay a sus espaldas en busca de lo que acaba de encomendarme.

Coge uno de los paños y se limpia los restos de harina que quedan en sus dedos.

—Me llamo Noel —anuncia con una tranquilidad imperiosa sin abandonar la expresión de incomodidad.

Por la manera en lo que dice, sé al segundo que es mentira, que se está intentando quedar conmigo y que simplemente quiere divertirse un ratito a mi costa. Ha aprovechado la circunstancia de los disfraces para atajar de alguna manera.

—¿Papá Noel o Noel a secas?

—Noel Natale —reitera, haciendo que los músculos de mi cuerpo se tensen.

Mierda, es verdad. Es su nombre.

Entonces, estira su brazo y su mano queda muy cerca de mí. Mis dientes empiezan a castañear y me fijo en los reflejos rubios que están saliendo por debajo del gorro. Unos mechones lacios sin ninguna espiga.

—Ah… esto… Yo soy Hugo. Hugo Bells.

Mi comentario parece haber pasado desapercibido cosa que agradezco bastante ya que no querría enfrentarme a las represalias de mi absurdez.

Estrechamos nuestras manos en apenas tres segundos y, hechas las presentaciones, nos ponemos manos a la obra.

—Bien, Hugo Bells…, mi tío me ha comentado que estás al tanto de todos los procesos y maquinaria del local. Sabes cómo funciona casi todo y no tendría por qué explicarte mucho más. Las primeras tandas están terminando de moldearse y yo estoy esperando a que venga el pedido de harina para comenzar con los dulces extras. —Señala un cuenco no muy lejano de donde está él—: Ahí tienes las yemas para que hagas la nata de las magdalenas. Sabes batir, ¿no?

Me limito a asentir y tratar de dejar pasar los comentarios mordaces que se escapan por su boca con una facilidad arrolladora.

—Muy bien. —Asiente y coge la gran cuchara con la que estaba trabajando antes de que yo llegara—. Pues manos a la obra. El local se abre en una hora y media y aún tenemos mucho por preparar.

Nos sumergimos en silencio durante todo el tiempo que compartimos la cocina. Ninguno se molesta en preguntarle al otro. El trabajo fluye y nada sale mal para sorpresa de ambos. Todo va sobre ruedas hasta la apertura.

Noel se mueve con destreza por estos entresijos lo que me hace pensar que ha pasado muchos años de su vida encerrado entre estas paredes. No recordaba bien la fundación del Natale's. Para mí, siempre había estado ahí. Siempre había sido la gran tienda de chocolate de Jengibre. Aquella a la que no puedes faltar si quieres experimentar la experiencia navideña al completo.

—¿Estás listo, Hugo Bells? Ahora es cuando empieza lo complicado.

Se acerca a la puerta y extiende su mano hasta alcanzar el cartel de apertura. Le da la vuelta y se retira de la entrada con un paso firme.

¿A qué se refiere con eso? ¿La tienda va a estallar por los aires?

CAPÍTULO 4

DEBAJO DE ESTE DISFRAZ, SOY EL GRINCH

NOEL

Ya han pasado cuatro horas desde la apertura de la tienda y no he parado ni un solo segundo. Como bien había proveído y como venía siendo habitual en el Natale's, los clientes entran sin cese alguno por la puerta en la búsqueda del mejor chocolate del país y de una experiencia de compra inigualable. Papá Noel y uno de sus elfos son los encargados de vender los productos detrás del mostrador.

Es atractivo cuanto menos. Por mucho que yo quiera meter la cabeza en el lavavajillas y eliminar cualquier resquicio de Navidad que quede en el establecimiento, no puedo negar lo evidente: este lugar es un caramelito para los turistas.

Hugo ha actuado mejor de lo esperaba y ha sabido continuar el ritmo frenético de trabajo sin ningún problema, algo que me ha sorprendido gratamente. Se desenvuelve con una naturalidad arrolladora, como si el trato con el público le fuese innato.

Parece que cerca del mediodía la afluencia de clientes comienza a cesar y podemos cerrar la tienda durante media hora para poder comer con tranquilidad, sin necesidad de hacer turnos entre nosotros.

—Qué mañana más movida —murmura, sacando un túper de su mochila—. ¿Esto es siempre así de caótico?

—Algunas veces incluso peor…

Se sienta en el suelo junto a la gran montaña de cajas y comienza a atravesar la pasta con un tenedor que ha desenvuelto de entre una servilleta de papel. Se lo lleva a la boca y lo mastica con satisfacción.

—¿No es la hora de comer? —murmura entre macarrones y trozos de queso al verme analizándolo.

La naturalidad con la que actúa me resulta divertida. Lo veo un tipo campechano y directo, algo muy diferente a la sensación que me había dado al principio.

Mi ojos se mueven rápidos viendo la manera en la que parece no importarle toda la harina que recubre los pantalones de su disfraz. Su gorro está a punto de caerse y a eso tampoco parece prestarle demasiada atención.

—¿No comes? —me confronta.

—Voy a subir a por mi comida…

—¿Crees que voy a robar o algo así? —duda, sacando sus propias conclusiones.

Eso provoca una carcajada en mí porque llevo pensando que es un ladrón disfrazado de chico bueno con un gorrito de elfo desde que atravesó la puerta de la cocina. En mi mente, el hombre que tengo delante de mí ha degollado al verdadero Hugo Bells y ha suplantado su identidad para poder colarse en el Natale's y robar, aprovechando la ausencia de mi tío.

Está muy claro que eso no es así y que si hubiera dicho mi teoría en voz alta, Gaspar hubiera volcado su raciocinio sobre mí diciéndome algo como: «vaya pedazo de fumadon acabas de soltar, chaval».

—No puedo fiarme de ti. No confío en desconocidos —suelto por la boca como si no hubiera caído en la trampa de miles de hombres que desconocía y con los que me había enrollado de igual manera. Porque mi inteligencia y cordura se escapa de prisa y corriendo cuando un tío me habla. Soy así de simple, ¿qué más podía hacer?

—Ni en mis peores pesadillas soltaría este platazo de macarrones para robar cuatro onzas de chocolate. No soy tan estúpido.

Eso solo consigue confirmar mis sospechas: ese túper de pasta está de rechupete y yo me tengo que conformar con los dos filetes rancios que había cocinado a las seis de la mañana con un ojo medio cerrado y el otro tratando de evitar las salpicaduras del aceite. Unos tanto y otros tan poco.

—Lo tengo todo contado… —Elevo el dedo índice en un tono amenazante.

Subo las escaleras hasta la casa de mis tíos y camino hasta llegar a la cocina. Saco el plato de la nevera y me regodeo con el olor de los filetes. Huelen mejor de lo que saben. Echo un poco de salsa de soja sobre ellos y vuelvo a bajar al local.

—No me ha dado tiempo a saquear la caja registradora. ¿Puedes irte de nuevo? Creo que con cinco minutos más, tengo todo lo que necesito —afirma con una sonrisilla malévola en la cara.

No me he equivocado al nombrarlo como el «graciosillo». Veo que se siente cómodo en la gracia y la burla. Mejor, yo era el rey del sarcasmo y necesitaba a un elfo como él para equilibrar mi nivel.

—No, de hecho, ¿sabes lo que voy a hacer? Echarte un mano. Mira, el código de la caja fuerte que hay detrás de ese cuadro —Señalo el retrato surrealista de Jengibre que cuelga de las paredes de la cocina— es: *miscojonestreinaytres*.

—El código tiene que ser numérico.

—¿Lo has probado?

—Veo que no eres una persona que rebosa inteligencia. Todo el mundo sabe eso.

—Todos los que son ladrones, querrás decir —espeto con precisión y me percato de que quedan apenas unos diez minutos para terminar el descanso y yo aún no he probado la comida.

Decido arrastrar una de las sillas altas que hay en la cocina y me siento sobre ella junto a la mesa metálica donde habíamos preparado los dulces hacía unas horas. Corto un trozo de filete sintiendo su mirada posada sobre mí.

—No he hecho nada —dijo, alzando sus manos para que pudiera examinar su cuerpo, el cual enfundado en ese disfraz tiene una forma muy divertida.

—Lo sé.

—¿Has creído en algún momento que iba a robar?

Asiento y me llevo los guisantes de guarnición a la boca.

—Cuando has entrado. No esperaba a nadie, ya lo sabes. —Coloco mi mano encima de mi muslo y juego con las arrugas del pantalón.

Tiro un poco más la barba para acomodarme y continúo degustando mis filetes fríos que se asemejaban más a la suela de un zapato que a un trozo de carne. Hugo debe ver el desagrado de mi expresión y me ofrece el resto de sus macarrones.

—Están fríos pero sientan genial. Son mi receta estrella aunque en Navidad no suelo hacerlos mucho.

Cojo el túper un tanto avergonzado y se lo agradezco con una sonrisa. Si llego a continuar comiendo filete, hubiera terminado vomitando en cualquier momento. Qué asco. Ni la salsa de soja ha sido capaz de arreglar el horripilante sabor.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntarle, pinchando algunos con mi tenedor—: Joder, qué buenos están.

—Gracias. —Sonríe con orgullo—. Me gusta más cocinar dulces típicos de la fecha que macarrones… Puedes cocinar un plato de pasta durante todo el año pero no puedes hacer unas galletas de canela en otra ocasión.

Bufo al escuchar lo que acababa de decir. A mí no había nada que me importara menos que todo lo relacionado con la

Navidad. Era curioso, ¿no? Rehuir tanto de todo lo relacionado con lo navideño cuando vivía en Jengibre, la ciudad por excelencia para pasar diciembre. No siempre había sido así, pero desde que mis padres murieron, esas fechas ya no tenían un sentido de celebración, sino más bien un deje constante de tristeza, melancolía y nostalgia.

—¿Eres el Grinch y te has equivocado de disfraz? —masculla, tratando de entender mi abrupto desconcierto.

—De hecho, sí. Mi segundo nombre es Grinch. Odio la Navidad y todo lo que tenga que ver con los putos villancicos, al maldito Papá Noel y las felicitaciones de alegría cuando todo es una mierda.

Quizás he sonado demasiado brusco y sincero, pero cuando se trata de estas fechas, ninguna mala palabra es suficiente para describir cuánto las odio.

—Vaya, Noel, cualquiera diría que ese nombre escondería a un hombre resentido con Mariah Carey… Voy a limpiar un poco el mostrador antes de volver a abrir. Cuando termines, si no te importa, guarda el túper en mi mochila, por favor.

Sale de la cocina y me deja sobre el banco, con un montón de macarrones por comer y un sentimiento enquistado de haberle hablado fatal. Un sentimiento que me acompaña el resto de la tarde y que duerme conmigo toda la noche. Porque toda la noche pienso en él y en la manera en la que me he comportado como un auténtico imbécil en su primer día de trabajo.

Si mi tío estuviera aquí, me habría asesinado por no haber sonreído ni un poco en todo el puto día. Él es algo así como la

policía de la felicidad y no está dispuesto a que se cometa ningún acto vandálico en su establecimiento.

CAPÍTULO 5

FUERA DEL DISFRAZ

HUGO

Me levanto de la cama con el primer sonido de la alarma. Lo hago con un poco de pesadez en el cuerpo pero con energía. Ayer llegué a casa exhausto y no tardé demasiado en quedarme dormido debajo de la suavidad y calidez de mis sábanas.

Para comenzar bien el día, reproduzco mi *playlist* navideña y *Moonlit Floor (Kiss me) - Santa Baby Remix* comienza a sonar por mi habitación mientras preparo mis cosas para alistarme y volver al trabajo.

—Buenos días, mamá. —Le doy un beso en la mejilla y me siento junto a papá en la mesa—: ¿Qué tal, papá? ¿Alguna noticia buena?

Mi padre siempre aprovecha el desayuno para ponerse al día con el periódico. Debía ser la única persona de la faz de la tierra que continúa leyendo el periódico.

—Nada por el momento. Todo desgracias y fuertes nevadas en los alrededores de Jengibre —contesta sonriente mientras bebe un sorbo de su expreso.

Desde el comienzo del invierno, todo gira alrededor de la nieve y cuánto tardaría en derretirse para hacer las carreteras y las intermediaciones seguras para el tránsito. Al año, cerca de dos mil personas morían a causa de un deslizamiento poco fortuito ahí fuera. Desde luego, no es moco de pavo.

—¿Qué tal ayer en el trabajo, mocoso? —Mi hermano Pepe intenta propiciarme una colleja pero yo soy más rápido y me retiro antes de que su mano impacte contra mi nuca.

Es cinco años mayor que yo y lleva cerca de seis meses comprometido con su chica. Las novedades de la casa giran en torno a los preparativos de la ceremonia que, por lo que había podido escuchar, venían para largo.

¿Cómo podría resumir el día de ayer? Lo cierto es que la palabra «largo» se quedaba corta al lado de lo que habían supuesto las nueve horas que había pasado en el Natale's. Había comenzado el turno enterándome de que no solo no iba a trabajar solo (cosa que odiaba ya que soy un lobo solitario acostumbrado a ir a mis anchas sin la presión de otros), sino que mi compañero iba a ser el sobrino del propietario. Lo que significaba supervisión continua. Había continuado con una mañana caótica en la que no había podido ir al baño ni una sola vez debido a la gran cantidad de clientes que habíamos

tenido. Luego, había compartido una especie de momento íntimo con Noel, el cual parecía no hacerle ningún tributo a su nombre. Borde y con una mala hostia que asustaría a cualquier tirano; me soltó de sopetón que, si existiera un medidor en cuanto al amor hacia las tradiciones navideñas, el Grinch se quedaría corto a su lado.

No había sido la manera idónea de contestarme pero lo pasé por alto.

Ese tío no puede importarme menos. Por mucho que me embelesen sus decididos movimientos y por muy alto que sea.

—Completo —me limito a contestar—. Pero creo que lo hice todo bien. Al menos, mi compañero no se quejó de nada.

—¿Compañero? Pensaba que Enrique te había dicho que serías tú el único que trabajarías en la tienda en diciembre —afirma mamá, igual de confundida que yo.

Me encogí de hombros.

—Pues ha habido un ligero cambio de planes. Papá Noel es su sobrino.

—¿El pequeño Noel? ¡Era un enano la última vez que lo vi! —añade papá.

—Sí, pues de pequeño ya no tiene nada… Es más alto que un rascacielos y tiene un humor de perros. Cualquiera diría que Enrique y él pertenecen a la misma familia.

Pepe muerde su tostada antes de sonreír y decir:

—Tú y yo tampoco parecemos de la misma familia.

Eso es cierto.

En numerosas ocasiones habíamos sido apodados como el «día» y la «noche». No solo por nuestras características físicas

tan diferentes como un café con leche y un batido. Él de pelo castaño y ojos negros es la oposición a mi pelo moreno y mis ojos miel. Su nariz es puntiaguda y la mía chata. Su cuerpo es ancho y el mío tan fino como un fideo. Quizás eso se debe más a que había jugado al fútbol durante muchos años de su vida en los que yo había decidido hacer otras miles de cosas que no tenían nada que ver con el deporte.

—Ese pobre chico ha sufrido mucho, cariño… ¿No lo recuerdas? —Mamá se acerca a nosotros y coloca su mano sobre mi hombro.

—¿El qué?

—Eras muy pequeño cuando ocurrió pero todo Jengibre se consternó al enterarse de la noticia. Sus padres murieron en un accidente de tráfico de camino a Mermelada. Él tendría unos seis años.

No muevo ni un ápice de mi cuerpo al escucharlo.

—No… No lo sabía.

Quizás por esa razón odiaba tanto la Navidad.

—Yo jugaba mucho con él cuando éramos unos críos —expone Pepe, levantándose de la silla—. Recuerdo no haberlo visto hasta hace unos años en una competición de esquí.

—Estuvo mucho tiempo sin entrenar, eso es cierto… El pobre no tuvo una infancia fácil. Sus tíos se hicieron cargo de él. Menos mal porque si no, no sé qué hubiera sido de él… —Papá cierra el periódico y lo deja sobre la mesa.

Todos hemos terminado pero hasta que no escuchamos el sonido de las patas de su silla arrastrándose sobre el suelo,

ninguno es capaz de levantarse. Nos hemos quedado petrificados al recordar el infortunio de su familia.

Me ato los zapatos y salgo de casa con la mochila sobre mi espalda, sintiendo aún ese sabor agridulce de aquel que recibe una mala noticia.

Las calles me reciben con su típico vientecillo arrastrado por la nieve y las bajas temperaturas. Las guirnaldas de luces que cuelgan de farola a farola ahora están apagadas por la luz del día pero siguen aportándole ese toque mágico a la ciudad que tanto me gusta. Los árboles navideños, imperiosos, altos y cargados de detalles siguen siendo el centro de rotondas y el recoveco de cada esquina. Si pudiera respirarse la decoración, esta olería a canela.

Cuando llego al Natale's y el característico olor a dulce embriaga mis fosas nasales, tomo una gran bocanada de aire y me animo a mí mismo a tratar de afrontar aquel día sin perder los papeles con mi compañero.

—Buenos días. —Cierro la puerta detrás de mí, haciendo que las llaves que cuelgan de mis manos suenen avecinando mi llegada.

Me adentro por el mostrador y llego a la cocina, donde escucho el murmullo de su voz tratando de tararear una melodía extraída de su mente.

—Eh… —saluda con sequedad, aunque más que una forma de darme la bienvenida, ese sonido se asemeja más al quejido hosco de un burro. De haber sido un bizcocho, habría sido el bizcocho más seco del planeta. De esos que tienes que mojar en la leche para que se ablande.

Me percato de varias cosas cuando entro.

La primera es que no va disfrazado y, lejos de ropas llamativas, lleva algo bastante insulso. Unos vaqueros algo desgastados y una camiseta de manga corta que está oculta casi por completo debajo del delantal. Su pelo se mueve al ritmo de sus movimientos, de aquí para allá, pululando por la cocina con una destreza impecable. Es rubio y sus cabellos parecen irreales, lacios y cayendo a dos aguas desde su cabeza.

Se gira hacia mí y me observa en silencio.

Joder.

De repente todo el oxígeno de la sala es insuficiente.

Es guapísimo.

Ayer con todo el disfraz de Papá Noel no había podido apreciar su cara al completo, tan solo un ápice que, ahora, se me ha antojado insuficiente.

Quiero ver más porque lo que tengo delante de mí es perfecto.

—¿Tengo monos en la cara? —balbucea, malhumorado con un gesto recto en el rostro.

Y, de todas las formas que podía haber escogido, esta es la única manera en la que podría haberla cagado.

CAPÍTULO 6

EN UNA ENCRUCIJADA

NOEL

Analizo cada detalle de su expresión: el ceño fruncido, los ojos entreabiertos, su nariz arrugada, las mejillas enrojecidas por el calor de los hornos, su pelo frondoso y oscuro, sus labios formando una línea recta perfecta. Hugo es la clara definición de la oscuridad personificada en alguien con un halo de luz increíble.

Está ahí. Pasmado y sin decir nada. Indagando en mi cuerpo, parte por parte, segmento por segmento. No puedo evitar preguntarme qué es lo que estará buscando en mí de esa manera tan poco disimulada en la que parece que, o bien quiere clavarme la manga pastelera en el cuello, o besarme con furor y pasión.

—Tienes toda la cara llena de chocolate —dice, despreocupado, como si no llevara más de tres minutos

oteándome como un auténtico sociópata.

Llevo mis manos hasta mi rostro y retiro las manchas que dice haber visto. En efecto, sí que tengo pero desde luego el motivo por el que se ha recreado tanto en mí no ha sido ni por asomo el haberse percatado de unos pequeños lamparones. Ha sido otro, pero no indago en él. Hay demasiado trabajo por hacer y poco tiempo para tenerlo terminado.

Hoy, teniendo en cuenta el exagerado sarpullido que me salió ayer alrededor del mentón por culpa de la insoportable barba, he decidido disfrazarme después de terminar la sesión de horneo. Así podré ahorrarme algunas horas sin la tortura del pelo sintético con olor a plástico quemado. Además, tampoco es como si mi casa estuviera a kilómetros de la tienda. Solo tenía que subir las escaleras traseras para llegar al salón.

Veo que Hugo ha hecho lo mismo y ha preferido ponerse con los preparativos antes que enfundarse en el traje de elfo que tan bien le quedaba. Al menos, le quedaba mucho mejor que a mí. Solo me faltaba una prominente barriga anudada a la cintura para sepultar mi imagen pública en el subsuelo.

—¿Por dónde sigo?

—El chocolate está templándose en la máquina. Yo estoy con las galletas y faltan aún por hacer los mantecados al cacao. ¿Sabes hacerlos?

—Sí, creo que sí. —Frota las palmas de sus manos antes de coger el bote de azúcar.

—Cualquier cosa, me preguntas.

Hugo asiente y se pone manos a la obra.

Pasamos dos horas en completo silencio, trabajando con agilidad para tenerlo todo a tiempo. Debo admitir que el chico me tiene impresionado y no solo por lo fácil que se ha adaptado al trabajo, sino porque casi no precisa de mi ayuda. Algo que me alegra porque no estoy dispuesto a educar a nadie. No soy profesor y mucho menos un ejemplo del que fijarse.

—¿A cuánto debo dejar las últimas tandas de lágrimas de chocolate, Noel?

Deja la bandeja que carga en sus manos dentro del horno.

—Veinte minutos.

Asiente, nuevamente y se quita el delantal.

Faltan poco más de quince minutos para la apertura cuando termino de colocar las últimas tabletas de chocolate en el expositor de la ventana. Sacudo mi manos contra los vaqueros para eliminar los restos de azúcar y me encamino a la cocina de nuevo.

Hago el ademán de abrir la puerta, pero antes de que mi mano pueda hacerlo, se abre sola en mi dirección. Me retiro con rapidez antes de que pueda golpearme.

—¡Joder! —grita, asustado, llevándose una mano al pecho—. Qué susto, Noel.

—Llevo dos horas en la tienda. ¿Te sorprendes de verme?

La astucia no está dentro de todas sus características. Hace dos minutos estábamos dentro de la cocina terminando de empaquetar los últimos dulces y ahora está al borde de sufrir un ataque al corazón por verme. Este chico desde luego es una pieza única.

—No te esperaba justo detrás de la puerta.

—¿Dónde iba a estar si no?

—Pues no sé… Preparando los expositores.

—Ya los he terminado —afirmo, tratando de hacerle ver que su reacción ha sido exagerada cuanto menos.

¿Se piensa que prepararlos es como hacer una de las doce tareas de Hércules, que voy a estar dos meses colocando cuatro galletas y tres bolsas de gotitas de chocolate?

—Voy a cambiarme al baño. —Sube una de sus manos y me enseña el disfraz muy bien doblado.

—Vale. Yo subiré ahora a casa para hacerlo. ¿Puedes encargarte de girar el letrero de la puerta o eso también te asustará? —No voy a negar que encuentro cierto placer en reiterar lo absurda que ha sido su respuesta al verme.

Chasquea su lengua antes de pasar por mi lado sin tan siquiera contestarme. Supongo que el silencio es una afirmación. Tampoco me molesto en pedirle una.

Avanzo hasta las escaleras y subo a casa. Sorteo todos los trastes que he dejado desperdigados en mi habitación y cojo el disfraz del tendedero. Después del día de ayer, no tuve otra opción más que lavarlo. Me desnudo y lo coloco sobre mi cuerpo. Tan pronto como la barba falsa vuelve a recubrir mi mentón, vuelvo a avecinar un gran escozor.

Hugo ya está tras el mostrador cuando salgo a la tienda. Analizo su cuerpo de espaldas, pues es la única forma que tengo de hacerlo sin que él me pille. Es más bajito que yo, de espalda más menuda y brazos más cortos. El disfraz de elfo le hace mucha más justicia que a mí, que parezco la versión desteñida de una pieza del parchís.

La puerta se abre impidiendo que continúe con mi estudio.

—Buenos días, venía buscando una audiencia con Papá Noel…

Antes tan siquiera de alzar la vista y verlo, ya sé que es él. Gaspar. El capullo de Gaspar, que no duda en esbozar una sonrisa al verme fruncir el ceño. Mi mejor amigo se contonea hasta llegar al mostrador donde se deja caer como si fuera su propia casa. Y, a decir verdad, el Natale's sí que era un poco su hogar.

Nos conocimos en la guardería. Él es tres meses y dos semanas más grande que yo, aunque, físicamente, él está mucho más achatado. Fuimos juntos al colegio, al instituto y luego a la universidad. Compartimos piso y algún que otro ligue. Gaspar ha sido un gran apoyo siempre y no podría concebir una etapa de mi vida sin él a mi lado. Si no le gustaran tanto las mujeres y a mí tan poco enrollarme con amigos, habríamos hecho la típica promesa de que, si llegábamos solteros a los treinta, nos casaríamos solo para poder estar el resto de nuestra existencia juntos.

—¿Qué vas a pedirle?

—Una novia que me dure más de dos meses —contesta con un gesto de súplica.

—Eso no es un deseo, es un milagro.

—Qué cabrón eres.

Hugo nos mira confuso, sin entender muy bien si esto es una conversación al uso o el comienzo de una discusión. Yo tampoco sabría decir cuál de las dos es con certeza absoluta, ya que con Gaspar siempre estoy en el punto medio.

—Este es Gaspar, mi mejor amigo —le digo al muchacho que sigue implorándome con los ojos una explicación—: Gaspar, este es Hugo, mi compañero de trabajo.

—Encantado y… lo siento mucho. Trabajar con Noel tiene que ser una auténtica pesadilla —vacila mi amigo, dispuesto a continuar tocándome las narices.

Hugo sonríe, complacido y asintiendo como si las palabras de mi amigo fueran verdaderas. ¿De qué coño va? Tampoco es que él sea la alegría de la huerta y el compañero perfecto con el que crear un ambiente de trabajo idílico.

Miro de soslayo a mi amigo para que solvente a lo que venía más pronto que tarde y se pire antes de que desate la guerra mundial entre mi compañero de trabajo y yo.

—Bueno, yo solo venía a asegurarme de que vendrías a la fiesta del sábado en la Plaza de la Inmaculada —escupe, metiendo sus manos en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Este sábado?

—Sí, el ocho de diciembre.

—¿Qué fiesta?

—La que organizan todos los años para celebrar el puente del finde y el inicio de la campaña de Navidad. Vamos, Noel, parece que eres nuevo… —se queja, sonriendo como el patán que es.

Enarco una ceja y lo miro con escrutinio. ¿No es evidente la respuesta? ¿Yo, Noel Natale, en una fiesta para celebrar la Navidad? Antes prefería ponerme a cantar el *Adestes Fideles* e ir de puerta en puerta que acompañar a todo Jengibre en el delirio navideño. Me niego.

—Por supuesto que no estaré —afirmo antes de que la clientela comience a entrar.

—Eres un aburrido. Mi abuelo es mucho más fiestero que tú… y eso que tiene noventa años y una hernia discal —reprime Gaspar con una mueca de desagrado.

—No iré a esa absurda celebración a fingir que adoro la Navidad y que me encanta decorar mi casa todos los uno de diciembre. No estoy loco. Además, tengo que abrir la tienda… Algunos trabajamos.

Gaspar se ha graduado hace no mucho de Administración y Dirección de Empresas. Es el típico hijo de papá que tiene un puesto asegurado en una gran multinacional desde antes de su nacimiento. Su padre, Melchor (no, no es una broma de mal gusto), es el CEO de la empresa hotelera más grande de España.

—Vengo de una reunión, crack… —Guiña su ojo derecho y me saca el dedo.

Me he fijado en él cuando ha entrado. Pelo desaliñado, ojeras pronunciadas. Por supuesto que no parecía venir de ninguna responsabilidad laboral.

—Sí, de una reunión con el coñac —digo, atendiendo a una señora—. Son veintitrés con ochenta.

Él se hace a un lado y, cuando el flujo de clientes baja, vuelve a molestarme:

—Tío, será la hostia. Vino gratis, villancicos en directo y una noche de ensueño…

—Suena a pesadilla.

—Suena a que nos lo pasaremos de puta madre —repitió, aportándole un toque más comercial, como si intentara vendérmelo.

Chasqueo la lengua y vuelvo a negar. Esta vez más serio, más contundente. Aunque sé que mi mejor amigo no parará hasta que le diga que consiga lo que ha venido buscando.

—Yo me puedo encargar de abrir el sábado, Noel… —La voz de Hugo se cuela entre los dos como una estrella fugaz. Inesperada pero notable—: Aún tengo algunos días para terminar de adaptarme y creo que no lo he hecho nada mal… Podré hacerlo solo durante un día.

—Pero…

Hago el amago de negarme pero estoy convencido de que nos servirá de nada. Será saliva y esfuerzo malgastado.

No me fío de él pero sé que Gaspar no parará hasta que acepte. Porque terminaré haciéndolo. Terminaré yendo a esa plaza y celebrando el Día de la Inmaculada con el resto de los habitantes de Jengibre.

Así que acepto.

Acepto esperando no arrepentirme.

CAPÍTULO 7

ESPERO NO METER LA PATA

HUGO

De entre todos los planes posibles para pasar el puente de diciembre, nadie en su sano juicio elegiría trabajar vestido de elfo en una tienda de chocolates. Pero yo lo necesito. Necesito ganar el dinero suficiente para el viaje a Cancún y necesito demostrarle a Noel y a Enrique que soy suficiente para conservar mi puesto.

Así que por eso acepté.

Al principio, cuando propongo venir a encargarme del Natale's durante el sábado, pienso que Noel no me va a dejar ni harto de anís. Veo en sus ojos el pensamiento recurrente de que no sirvo para esto y que estaría mucho mejor trabajando solo. Lo sé porque pienso lo mismo. Pienso que, si bien se desenvuelve de perlas en la cocina, en la atención al público flaquea a más no poder. Quizás porque es un borde y los

clientes piensan que no saldrán escaldados de aquí si le preguntan algo.

Estoy dispuesto a demostrarle lo contrario y hacerle comerse sus propios pensamientos.

Por eso voy de camino a la tienda con el móvil en la mano y el disfraz en la mochila.

La única parte positiva que podía sacar de aquella situación sería que trabajaría solo, completamente solo. Iría a mis anchas y me libraría de la presión constante que me hacía sentir al vigilar cada movimiento deliberado que hacía en la cocina.

—Yo iré luego a comprarme bikinis para el viaje —anuncia Judith a través del teléfono.

—¿Dónde vas a encontrar bañadores en pleno diciembre?

—En la sección *outlet* de alguna tienda, no sé… Solo quiero ocupar mi tiempo libre en esta maldita ciudad.

Saco las llaves de mi bolsillo y abro la puerta.

—Creo que serás la única persona que compre a estas alturas del año un bañador…

Entro dentro de la tienda y el característico olor me recibe con familiaridad.

—Te sorprenderías de cuántas personas compran ahora cosas de verano. Salen más baratas y, aunque queden los trapos más feos, merece la pena… O, al menos eso espero. No sabes cuánto me ha costado convencer a mi padre de que me preste el coche. ¡Dice que lo voy a arañar! Eso solo fue una vez…

—Una sola vez y terminaste siendo remolcada por una grúa hasta tu casa.

Paso por detrás del ordenador y empujo la puerta de la cocina. Me topo de lleno con el cuerpo de Noel estirando con sus manos una gran cantidad de masa sobre la mesa metálica. ¿Qué narices hace aquí? ¿No se suponía que hoy iba a dejar de ser un ermitaño y se iba a dignar a salir de casa?

—Te tengo que dejar, Ju. Luego hablamos. —Cuelgo el teléfono y él cruza su mirada con la mía, tratando de entender los motivos de mi sorpresa—: ¿Ha ocurrido algo?

—No. Nada. Todo bien —contesta arisco como un gato.

Estaba más que seguro que se llevaría de perlas con Perseo, el gato de mi hermano que pulula de un lado para el otro de mi habitación como si fuera propia. Manso como él solo, también destaca por ser el animal más hosco que jamás he conocido. Noel tiene mucho de él. Incluso el pelo rubio color oro lacio y que cae en direcciones aleatorias.

—Pensaba que hoy no vendrías. —Dejo mis cosas sobre las cajas y me acercó a él con lentitud, sin saber muy bien cómo se va a tomar mi comentario.

—No podía quedarme tranquilo sabiendo que te tendrías que encargar de todo el horneado tú solo. Te echo una mano y me voy. —Señala el techo con el dedo, aunque supongo que se refiere a su casa.

—¿Es desconfianza o un acto altruista?

Lo siento seguir cada movimiento que hago, cada paso que sigo en la receta, cada tiempo que programo en el horno. Vigila todo lo que realizo como si fuera el guardián del

chocolate y yo un mero juglar dispuesto a llevarme todo lo que posee.

Pese a que sé la respuesta, pues es más que obvia, no puedo evitar aguardar unos segundos a que lo diga, a que confiese sus verdaderas intenciones aquella mañana de sábado.

—Aún no me fío de ti —escupe sin reparo alguno mientras echa doscientos gramos de mantequilla a la mezcla que está tratando de conseguir.

Me carcajeo y niego, agradecido por su sinceridad pero deseoso de continuar con aquella conversación, con responderle cuatro verdades bien dichas para hacerle ver que no tenía ningún interés en ganarme un despido inminente.

—Está bien —me limito a decir porque sé lo que me conviene y lo que no. Y soy más que consciente de que no me conviene continuar desafiándolo—: Me pondré a rallar el coco para las bolitas de chocolate.

Como de costumbre, ambos nos enfrascamos en nuestras tareas y nos aislamos del mundo y del otro. Él con lo suyo y yo con lo mío. Sin entorpecernos y sin inmiscuirnos, aunque sé que él no me quita el ojo de encima y, cada vez que me excedo en sal o en levadura, suspira con una fuerza exagerada para hacerme ver su oposición.

Termino mis dulces y, hoy soy yo el encargado de disponer la tienda a cara del público. Comienzo encendiendo las luces del techo y arrastro la escalera escondida en el almacén para alcanzar al interruptor de las guirnaldas de colores que cuelgan de una esquina a otra suspendidas en el aire; que si bien no

aportan nada de iluminación, sí que le dan ese toque navideño y hogareño que tanto destaca del Natale's.

—Ese no es —articula su voz en lo que se me antoja el susurro de un fantasma.

—¿Perdón? —Me giro para encontrarlo tras el mostrador con las manos sobre las caderas en forma de jarra y una expresión subyacente.

—Ese es el cuadro eléctrico del baño. El de las guirnaldas es el de al lado.

Reparo en que hay dos pegatinas en las que se puede leer con totalidad lo que él acaba de puntualizar. Abro la correcta y alzo el interruptor, haciendo que el local se inunde de miles de colores ahora tenues debido a la luz del día, pero contundentes al atardecer.

—Gracias —le agradezco la ayuda mientras bajo y vuelvo a guardar la escalera.

Preparo los dulces en los mostradores con su ayuda y, cuando coloco las últimas tabletas de chocolate, me coloco el disfraz.

—Bien, pues, eso es todo… Me marcho —anuncia, haciendo que una tranquilidad comience a embriagarme de arriba abajo. Por fin estaré solo y podré trabajar con total libertad, lejos de sus jurisdicciones—: Tienes mi número en la agenda bajo la caja registradora. Si ocurre algo, llámame sin dudarlo. Si tienes alguna duda, llámame y vendré lo antes posible. Por favor, ten cuidado y no la cagues.

Asiento ante sus palabras y, cuando su cuerpo desaparece por el umbral de la escalera, lo único que espero es no meter

la pata. Solo necesito el día de hoy para hacer que su ego baje a tierra y demostrarle que merezco este puesto tanto como él.

CAPÍTULO 8

DEBERÍA HABERLO IMAGINADO

NOEL

No me gusta la fiesta. Odio que la música pretenda romperme los tímpanos. Odio la garantía que se toma la gente de acercarse a mí hasta pegar su aliento contra mi cuello. Odio el dolor de cabeza que tengo al día siguiente a causa de la ingesta de alcohol. Odio tener que beber para poder al menos disfrutar algunos minutos en un sitio en el que no quiero estar, pero que, debido a la presión social y al pesado de mi mejor amigo, debo estar. Siempre voy con expectativas buenas pero termino mordiendo el polvo cuando Gaspar se pierde entre los callejones cercanos con alguna chica. Y me quedo tieso como un garrote en mitad del lugar, esperando que las horas pasen y que el fin se acerque.

Mamá solía decirme que tenía un espíritu viejo, que en mí encontraba todo lo que le sorprendía de mi abuelo y no mentía. Soy un anciano encerrado en el cuerpo de un chico de veinticinco. Un anciano que disfruta de ver la vida pasar desde la comodidad de su casa, desde aquello que considera cercano y que rechaza todo lo que suponga un cambio.

—Podrías moverte un poco, tío. Estás espantándome a mis potenciales ligues con esa cara de acelga mustia —me dice Gaspar por encima del villancico que se reproduce en bucle.

Hace tres horas que hemos llegado y no hemos hecho nada más allá que bebernos un par de copas bajo el sol del mediodía y tratar de mantener conversaciones vacías con unas cuantas mujeres que han pasado de nuestra cara por ser tan jóvenes.

Tampoco es como si a mí me interesara conocerlas o tener algo más que una mera interacción vacía con ellas. Algunas veces, solo actúo por mera cordialidad y respeto, aunque siempre peco de borde y eso es algo que he de reconocer.

—Las espantas tú solo con esos rollos que les sueltas… Que si el firmamento es tan infinito como su mirada. Que si son el rubí más preciado del mundo.

—Les encanta. Eso las vuelve locas, chaval.

—No, las deja listas para ser encerradas en un manicomio.

—Eres un envidioso, Noel —se precipita a decir con cierta diversión en su expresión.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Me señala, poniendo su dedo índice sobre mi pecho—: Tienes envidia de mi encanto natural y de mi talento

innato para ligar. Puedo darte algunas clases, si quieres.

—Preferiría seguir escuchando *It 's beginning to look a lot like Christmas* durante el resto de mi existencia —confieso, sabiendo que quizás esa penitencia es demasiado por cumplir y yo odio mucho la Navidad.

Gaspar sonríe con la típica chulería que tanto lo caracteriza y estira su cuello a un lado. Atusa las solapas de su chaqueta y me mira, dispuesto a mostrarme el mayor acto de vergüenza ajena que alguien pudiera hacer.

—Mira y aprende, novato. —Me tiende el vaso que tiene entre sus manos y me guiña un ojo antes de marcharse en dirección hacia la chica.

Pobre. No sabe dónde está a punto de verse envuelta.

Gaspar camina con suficiencia, seguro de lo que va a hacer. Recoge los mechones de pelo que se escapan de la condesa maraña de cabello que adorna su cabeza. Su barba, castaña y recortada a la perfección, rebosa alrededor de mentón.

Siempre he querido ser la mitad de valiente de lo que él es. Desde pequeños. Desde que lo conozco él siempre ha sido el echado para delante. El que me defendía de todos aquellos idiotas que se metían conmigo por no jugar al fútbol y preferir patinar sobre unos esquís ficticios.

Desde la distancia puedo intuir el rubor de la muchacha al darle dos besos a mi amigo. Él deja caer su brazo completamente laxo y despreocupado sobre la barra que se extiende junto a ellos. Con mucha cautela, consigue rodearla con la mitad de su cuerpo. Ella, obnubilada, sonríe y se vuelve

a sonrojar. Él le dice algo y se vuelve a acercar, cómplices de algo compartido.

En menos de dos minutos, Gaspar alza su mano y se despide de mí.

—Ahora vuelvo, Vanesa quiere que le enseñe la nueva tapicería de la parte de atrás de mi coche. —Golpea mi hombro con camaradería y yo muevo la cabeza.

Vaya idiota está hecho. Pero tiene razón. Se le da ligar mil veces mejor que a mí y no me preocupa. No me preocupa en absoluto. A mí nunca me han importado las relaciones afectivas. Siempre he sido más de polvos esporádicos que olvidaría a la mañana siguiente. Aunque tampoco en abundancia. Soy fiel partidario de que, cuando algo se hace muchas veces, pierde la magia. Así que, en pequeñas dosis, todo sabía mejor.

A causa del aburrimiento, mi mente comienza a dibujar posibles escenarios que pueden estar ocurriendo en el Natale's con Hugo a su cargo. Todos tienen un final trágico para la tienda. O bien se incendia, o termina acabando con las últimas reservas del chocolate más exclusivo de la alacena.

Sea como sea, estoy deseando que Hugo me llame y me pida ayuda. Al menos así tendré una excusa para pirarme de aquí y saber de una vez por todas qué está pasando allí durante mi ausencia.

Pero nada ocurre.

Los villancicos continúan. El sol se esconde, dando paso a la noche. La copa se me acaba y la relleno dos veces más. Y, por fin, con la camisa medio desabrochada, Gaspar aparece entre

el barullo que circunda la Plaza de la Inmaculada y se jacta de su hazaña:

—Y así, caballero, es como se conquista a una mujer. —Hace una especie de reverencia torpe que muere a medio camino cuando ladeo la cabeza.

—¿Nos podemos ir ya? Son las siete y la gente se está empezando a marchar.

—Admite que mis habilidades para ligar son dignas de un premio —reprocha.

Ruedo los ojos y lo miro de soslayo.

—Gaspar… eres un petardo.

—Y tú un sieso. —Mira en derredor y se da cuenta de lo que le he dicho. No queda casi nadie en el lugar—. Anda vámonos antes de que te transformes en Papá Noel.

Caminamos por la calle principal de Jengibre, la Avenida del Fondant, la cual concluye en el Natale's y Gaspar decide retirarse antes de que el sueño le venza. Se marcha y yo entro en el local, percatándome de que la verja está echada y todo a su alrededor está muy tranquilo.

Son las ocho así que es más que normal.

Abro con la llave y entro dentro. No espero toparme con Hugo, ya que hace dos horas que debería de haberse ido, pero lo hago. Se ha deshecho del disfraz y ahora, con unos pantalones vaqueros y una sudadera al estilo *oversized*, recoge los restos de chocolate del mostrador.

—Hola —saluda, alzando su mirada y deslizando el trapo de un lado hacia el otro.

—Ey, ¿qué tal? Es tarde, ¿qué haces aún aquí? —Me adelanto unos cuantos metros. Los suficientes como para darme cuenta de que tiene ligeros rasgos de cansancio en el rostro.

—Quería quedarme hasta que llegaras para decirte que todo ha ido sobre ruedas y que, como puedes ver —Extiende sus dos brazos y señala todo el local—, todo está tal y como lo dejaste.

Noto el rencor en su voz. Quiere que me trague mis propias palabras y, lo cierto, es que lo hago. Tiene razón. Ha podido sobrellevar su primer sábado en el Natale's de una manera magnífica estando completamente solo. Algo que me sorprende y me agrada.

—Enhorabuena, Hugo. Lo cierto es que está todo impecable. Puedes marcharte, yo terminaré de recoger lo que falta.

Me cuelo tras el mostrador e intento que me pase el trapo, pero él niega y continúa con su tarea, enfrascado en lo que está haciendo.

—No te preocupes. No queda ya casi nada, no tardaré más de dos minutos —expone, consciente y empeñado en continuar con la labor.

Me asombra su fuerza de voluntad y el hecho de que lleva aquí más de doce horas, me sorprende aún más. Yo no hubiera podido hacerlo. Me costaba aguantar el turno por completo como para echar horas extra en un lugar que tanto me recordaba a mis padres.

—Insisto. Vete a casa, yo terminaré. —Me siento en deuda con él por haberme cubierto y creo que lo mejor es que yo

finalice la limpieza del día de hoy.

—No… —La frase se queda inconclusa cuando, previendo una negativa, me adelanto y le arrebato el trapo con sigilo pero con fuerza. Hay un momento en el que mis dedos quedan sobre los suyos. Su mirada busca a la mía bajo la oscuridad del local e intenta desentramar mis pensamientos, queriendo saber mi verdadero motivo—. Está bien. Recojo mis cosas y me marcho.

Así lo hace. Suelta el agarre y me percato de que mi mano deja de percibir su calor de manera abrupta, haciéndome sentir extraño de alguna manera que no comprendo.

Se inmiscuye en la cocina y hurga entre las cajas hasta salir con su mochila sobre el hombro. Camina hasta llegar a la puerta y saca sus llaves antes de subir la verja. Mira hacia atrás y dice en mitad de la penumbra, con un leve reflejo impactando en su espalda:

—Nos vemos mañana.

Asiento y dejo que entre mis labios se cuele el amago de una sonrisa. Porque no soy capaz de sonreír. Estoy impregnado por el misticismo que lo rodea cuando la noche se derrite sobre él.

—Muchas gracias, Hugo —termino confesando cuando consigo recomponer mis sentidos—: De veras.

CAPÍTULO 9

EL ERROR HA SIDO TUYO

HUGO

Me levanto peor de lo que me acosté. Sintiendo como miles de toneladas han caído encima de mí sin remordimiento alguno. Joder. Me duele la cabeza y la luz que se cuela por la rendija de la ventana no ayuda a disminuir el tumulto.

Bajo a la cocina y me preparo el desayuno tratando de no hacer demasiado ruido. Es domingo y son las seis de la mañana. No se escucha ni un alma en los pasillos de mi casa pero yo me las ingenio para tirar la cafetera al suelo y conseguir armar una buena.

—Mierda —maldigo, recogiéndola del suelo y asegurándome de que no ha sufrido ningún daño. Todo está perfecto, como recién salido de fábrica.

Completamente disociado con la realidad y dormitando, comienzo a prepararme sin tan siquiera mirarme al espejo. Confío demasiado en mi instinto como para no echarme un vistazo antes de salir. Salgo en dirección al Natale's y me coloco los auriculares en los oídos. Como no escuche algo, terminaré cayendo dormido sobre el asfalto.

Podría haber pedido el día libre para descansar pero necesito el dinero. Con urgencia y rapidez. Lo único que me reconforta es que las horas festivas se pagan el doble y, por tanto, hoy cobraré más y podré adelantar una buena suma de dinero para el viaje.

—Buenos días —saludo cuando entro al local.

La expresión de Noel no avecina nada bueno. En lugar de ser mustia e insulsa como de costumbre, es tersa y sus labios forman una línea recta que contrapone a las facciones rudas que se agolpan en su ceño, fruncido y con una vena marcada. Está a punto de explotar.

—¿Me puedes explicar dónde narices están los nueve kilos de chocolate puro que debería de haber aquí, Hugo?

Vale, su tono de voz es alto y muestra cierta emoción. Esto es chungo.

Intento evadirme de su expresión y tratar de concederle una respuesta. Busco entre mis recuerdos dónde vi por última vez las provisiones de las que habla.

—Ayer tuve que hornear después del mediodía. Nos habíamos quedado sin la tableta tradicional y varios clientes me la pidieron —contesto sin entender bien por qué merecería ir arrestado por haber salvado las ventas del día anterior.

Se lleva las manos a la cabeza. Mierda, es muy chungo. Pero ¿qué se supone que es lo malo? ¿Por qué está actuando de esta manera tan enigmática?

—Solo tenemos cuatro kilos de chocolate puro para hacer la horneada de hoy, Hugo. —Su voz suena más tranquila que antes pero es una tranquilidad forzosa que emana de una rabia contenida.

Está muy enfadado.

—El proveedor estará a punto de llegar. —Miro el reloj de mi móvil. Son las seis y media. Ya debería de haber llegado. ¿Qué narices está pasando?

Frota su frente con dos de sus dedos y clava su mirada en el suelo, tratando de buscar la cordura o una respuesta que darme sin acudir a la violencia. Comienzo a preocuparme al no entender el porqué de su reacción.

—¡Los domingos no hay repartos, Hugo! ¡Maldita sea, con lo que tenemos no podemos ni hacer la mitad del horneado! ¿Qué coño se te pasó por la cabeza? —escupe sin llegar a gritar pero estoy seguro de que desea hacerlo.

Un sudor frío me recorre la espina dorsal. Si eso que dice es cierto, la he cagado. He metido la pata hasta el fondo y ni siquiera soy consciente de cuál es la magnitud del problema.

—Lo siento… Yo… pensé que hoy vendría el proveedor como el resto de los días. Los clientes se empeñaron en llevarse la tradicional y no pude hacer otra cosa más que hacer tres tandas más…

Nada de lo que pudiera decir resolvería el problema, pero al menos me haría sentir un poco mejor el saber que lo hice por

el bien de la tienda.

—Esto es un desastre… No debí haberte dejado solo. Mira la que has armado en tan solo un día. ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? No tenemos el ingrediente principal de nuestros productos más vendidos. —Camina hasta la puerta de la cocina y sale de ella, evitando mi mirada y mi cercanía.

No puedo evitar sentirme mal pero nadie me indicó nada. Nadie me advirtió que hoy no vendrían los repartos y que debía guardar chocolate.

—Lo siento, ¿vale? Siento mucho lo que ha ocurrido, pero no tenía ni idea. Deberías de habérmelo dicho ayer… No hubiera hecho más y ahora no tendríamos este problema —reprendo, siguiéndolo por la tienda.

Frena su andar y chasquea la lengua. La posición que adopta su cuerpo me hace saber que no vamos a terminar demasiado bien.

—Ahora, la culpa es mía, ¿no? —Se gira y me confronta. Su mirada es mordaz y, si no fuera por el enfado en su expresión, la luz tenue y la manera en la que sus mechones caen sobre su frente, se me estaría antojando tierno—. No he sido yo el que ha gastado las reservas de chocolate.

—Tampoco fui yo el que se tomó un día libre para poder salir de fiesta.

Me arrepiento casi al instante de decirlo pero sé que no me falta razón. Sé que nada de lo que he dicho es mentira, así que me mantengo firme y no flaqueo cuando intenta reprenderme.

Suspira con fuerza y se toma unos segundos antes de responder.

—Sabía que no era una buena idea dejarte a cargo del local…

Él también lo sabe. Es consciente de que no debería haberme dejado solo a la deriva, pero no lo va a admitir delante de mí. Es mucho mejor culparme que observar sus defectos.

—No, no lo fue, Noel.

Volvió a girarse y a vislumbrarme con unas vistas de su espalda oculta bajo una fina camiseta de manga corta. Aún no está la calefacción encendida, ¿cómo puede no tener frío? Seguro que la enervación tiene algo que ver con la temperatura de su cuerpo.

Camina mientras piensa. En silencio. Bajo la poca iluminación que nos vela durante aquellos minutos. Yo también pienso en una solución que resuelva parte del error y que me permita volver a respirar con normalidad sin continuar sintiendo un congojo en la boca del estómago.

—No se vendieron todas las tabletas. En el frigorífico están las que sobraron. Podremos ponerlas a la venta a un precio más reducido por no ser recién horneadas. El chocolate que tenemos podemos mezclarlo con el pan de oro comestible y hacer una edición especial que cueste un poco más para así solventar las pérdidas de las otras. Será limitada y, cuando se acabe, no habrá más —comienzo a decir, poco seguro de que funcione pero con una aserción fingida.

La idea viene a mi mente como un *flash*, como un reflejo tenue que se va haciendo más visible a medida que lo voy digiriendo.

Él me escucha sin mover ningún músculo. Está atento y expectante a que termine de contarle el plan y, cuando lo hago, se limita a asentir y a volver a entrar a la cocina sin decir nada. Sigo sus pasos hasta que lo veo abriendo la nevera y asegurándose de que lo que le he dicho es cierto.

No puedo evitar que las comisuras de mis labios se alcen al ver cómo duda de mí.

—Hay catorce tabletas —anuncia, cerrando la puerta del frigorífico.

—Sí, lo sé. No te he mentido.

—Debo asegurarme. No quiero llevarme más disgustos. Aún no ha empezado la mañana y yo ya he sufrido tres intentos de ataque al corazón por tu culpa.

Suspiro e intento rebajar las ganas que tengo de soltarle una pullita al igual que él ha hecho. Pero me relajo, miro hacia otro lado y me pongo manos a la obra.

Ahora, lo único que importa es sacar el horneado antes de que abra la tienda y, contando con todo el tiempo que hemos perdido, ahora tenemos cuarenta minutos menos para hacerlo. Así que, debemos tenerlo todo hecho en tiempo récord.



Para nuestra suerte, son las doce de la mañana y todo va viento en popa. Los dulces salieron a tiempo y pudimos abrir con habitualidad. La edición limitada de la tableta tradicional con toques dorados se está vendiendo genial bajo el nombre de **Golden Black** y no puedo evitar regodearme de cada venta con una pequeña sonrisa vengativa.

Jódete, Noel.

Una victoria para mí. Una derrota para él.

El cierre se aproxima a nosotros y, con un buen sabor de boca, cambio de revés el cartel. Otro día superado con algo de éxito y de ajetreo, pero siempre salvados.

Mi cuerpo se encuentra en un estado tan crítico en cuanto a cansancio que he pasado la última media hora haciendo las acciones de manera autómata, sin dejar que mi cerebro o mi raciocinio interfiriera en las decisiones.

—Al final todo ha salido bien… —masculla, sacando los billetes de la caja y contándolos—: Hubo un momento en el que pensé que hoy sería imposible abrir la tienda.

—Hay que tener una actitud positiva ante los problemas, Noel.

Chasquea su lengua y alza su mirada hasta encontrarse con la mía. Se ha sentado en una pequeña banca sobre la que termina de contar el dinero.

—Hay que joderse, Hugo… —dice con la boca entrecerrada.

—¿Qué pasa? ¿Siempre eres tan negativo? Desde luego eres el Grinch en todos los aspectos de tu vida.

Encoge sus hombros y ladea la cabeza. Ha perdido la cuenta como tres veces pero parece no importarle ya que vuelve a empezar otras tres veces más.

—Nunca me ha servido de nada ser positivo.

El tono de su voz es grave, gris y se está apagando poco a poco. Aunque estemos rodeados de miles de luces de Navidad que serpentean, él es como una sombra oscura en medio de la luz.

—Joder, eres peor que el Grinch… eres la mismísima Miércoles Addams —confirmo, pasando el trapo por encima de un expositor sin poner demasiado empeño.

Veo que mi comentario parece hacerle gracia. Otra victoria para el team Hugo. Hoy vamos en racha.

—¿Estás limpiando o haciendo como que lo haces? —se percata en mis movimientos e intento hacerlos con más ímpetu, con más esmero.

—Estoy limpiando, ¿no lo ves? Ese expositor estaba lleno de miguitas, míralo ahora, completamente despejado.

—Claro, porque lo he recogido yo. Mira el que estás limpiando, si está más sucio que antes.

Echo un vistazo rápido y me doy cuenta de que no es mentira y estoy haciendo del desorden, algo mucho más caótico. Debe ser causa del cansancio. De hecho, si no fuera porque no quiero perder los puntos que he ganado hoy, ya habría cerrado los ojos hace mucho. Pero he de mantenerme firme hasta que nos vayamos.

—Límpialo bien y vete —ordena, cogiendo todo el cambio de la caja y guardándolo en una bolsa transparente—: Voy a quitarme el maldito disfraz y a terminar la cocina.

Se marcha, dejándome solo en el local. Hago lo pedido con mayor rapidez y entusiasmo. Solo quiero irme a casa y conseguir que el día acabe ya.

Termino la tarea, me despido de él con un escueto «adiós» y salgo del Natale’s. Cuando por fin vuelvo a sentir el calor de mi hogar, ni tan siquiera me molesto en cenar. Subo a mi habitación, me cubro hasta el cuello con las sábanas y me

duermo, no sin antes pensar en cómo he rebatido a Noel pese a haberme equivocado yo. Sin duda ha sido un día fructífero.

CAPÍTULO 10

MANOS AL ÁRBOL, ESTO ES NAVIDAD

NOEL

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —saluda mi tío Enrique cuando acepto su llamada.

—Soy tu único sobrino —añado, mojando una magdalena en la leche.

Es muy temprano por la mañana y estoy intentando desayunar algo antes de marcharme a trabajar.

—Eso no quita que seas mi favorito… ¿Qué tal por el Natale's? ¿Todo bien? Los vecinos aún no me han llamado así que supongo que aún no ha salido ardiendo…

«No, de hecho, arder es lo único que no ha hecho» quiero decirle, pero sé que no debería preocuparlo de esa manera, así que me limito a contestar:

—Todo marcha correctamente.

—¿Y el chico nuevo? ¿Qué tal con Hugo? —pregunta sin demasiados estiramientos.

Dudo entre contarle la verdad o continuar ocultando parte de los sucesos. Sopeso ambas opciones. Decirle que nos quedamos sin reservas de chocolate para el domingo implicaría aceptar que me tomé libre el día de antes. Mi tío explotaría en rabia y me gritaría desde la distancia. ¿Cómo podía haber dejado al novato solo un día tan ajetreado como lo es el sábado? No, desde luego con la verdad no se llegaba a ningún buen puerto, así que opté por mentir.

—Se desenvuelve muy bien en la cocina y se le da genial el trato con el cliente. Es bueno y ha aprendido rápido. Puedes quedarte tranquilo, todo va viento en popa.

—Me alegra oír eso, chavalín, y también me alegra saber que te estás haciendo cargo de la tienda con tan buen esmero. Tus padres estarían orgullosos de ti, Noel.

Todos tenemos una *frase aguja*. Esa que al escucharla sientes como si tu corazón estuviera siendo perforado por una aguja pequeña, fina y casi impalpable. Pero la notas. Entrando en él, hurgándolo. Notas el dolor pero es una aflicción gustosa, amable y cercana. La consientes. Consientes que la aguja te cause molestia y que se enquiste en él, como parte de su anatomía. Pero te duele. Te duele y mucho. Aguantas las lágrimas, apretando el puño y luchando con tu conciencia para no llorar. Porque sientes el agua agolpada en los ojos, a punto de desparramarse y también sientes la aguja, completamente dentro de tu corazón a punto de deshincharse.

«Tus padres estarían orgullosos de ti» es mi frase aguja. Porque mis padres han muerto y yo nunca volveré a experimentar lo que es hacerlos sentir orgullosos. El orgullo es un sentimiento vital y ellos ya no tienen vida.

Por eso me encojo como un ovillo y trato de mantenerme sereno en la llamada, aunque me haya dolido escucharlo.

—Supongo que sí —mascullo, mirando al frente y jugueteando con el cordón del pantalón de chándal que llevo. Debo distraerme con algo.

—Una cosa, Noel, se me olvidó decirte que tienes que terminar de decorar la tienda. La tía y yo nos fuimos corriendo en noviembre y solo nos dio tiempo a colocar las luces de colores en el techo… Saca el árbol de Navidad y el Portal de Belén. Me parece que los adornos están en el desván y creo que también hay muérdagos. Ponlo todo. Cuanto más haya, mejor.

Claro, cuanto más pareciera el vómito de un reno, más repelús me daría trabajar allí. Rodeado de un videoclip de Mariah Carey.

—Vale. Ahora lo haré. Te tengo que dejar, voy a empezar a preparar las horneadas. Luego hablamos. —Intento excusarme, viendo la hora y sabiendo que Hugo estará al caer.

—Cuida bien del negocio y cuídate tú, Noel. Nos vemos. —Mi tío cuelga y yo lanzo el teléfono a alguna parte del sofá. Lo último que quiero es entretenerme con las notificaciones.

Bajo a la cocina y me encuentro con Hugo quitándose la mochila de la espalda y colocándola cuidadosamente sobre las

cajas que parecen no reducir en cantidad. ¿Qué habrá ahí dentro?

—Buenos días —saludo, colocándome el delantal antes de coger los ingredientes de los muffins de chocolate supreme que debo cocinar hoy—: Luego de preparar todas los productos, tenemos que terminar de decorar la tienda.

Creo que ha notado mi tono de penuria y se ha percatado de mi expresión de negación porque ha sonreído con cierta timidez.

—No te veo ilusionado con la tarea. —Se coloca su delantal y se posiciona a mi lado, cogiendo el recetario del Natale's y abriéndolo por la página correspondiente.

—No me gusta decorar, lo veo una pérdida de tiempo… Tarde o temprano terminarás quitándolo, ¿por qué ponerlo entonces?

Mi teoría es firme. Llevo toda una vida defendiéndola ante aquellos que se empeñan en hacerme entender que es necesario poner un maldito niño Jesús en el centro del pesebre. Porque es la gracia del Portal de Belén. Quizás yo soy un mustio, ¿pero qué gracia puede causar la figura de un bebé en una cuna muy mal conseguida? Exacto, ninguna.

—¿Por qué celebramos la Navidad si se va a acabar?

—Pues no sé. Si fuera por mí, hace muchos años que la hubiera abolido del calendario nacional… Son unas fechas de estrés que no sirven para nada.

Él entrecierra sus ojos. No esperaba esa respuesta y me sorprende que espere algo de mí, sea bueno o malo.

—Todo acaba, Noel. La magia de las cosas está ahí, en que nada dura para siempre por eso merece la pena vivirlo. ¿Por qué celebras tu cumpleaños si sabes que a las 00:00 del día siguiente va a terminar?

—No celebro mi cumpleaños —inquiero, alzando el dedo mientras me hago con la harina.

—Joder, maldita sea, ¿por qué no celebras tu cumpleaños? ¿Hay algo que sí festejes?

Lo pienso detenidamente. No el porqué de no armar un fiestón el día de mi cumpleaños, eso lo tengo bastante claro, sino qué celebraciones si me entusiasman. Me topo con que son pocas, pero existen. Bueno, más bien es solo una.

—Celebro el Día Mundial de la Nieve —concluyo, satisfecho con ello.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Hay un Día Mundial de la Nieve?

Su voz suena repleta de desconcierto y sorpresa. Por alguna razón que no entiendo, nadie se cree que ese día exista.

—Claro que sí. El tercer domingo de enero. Siempre se celebra ese fin de semana, da igual la fecha.

—¿Y por qué has elegido ese día tan particular? —Vierte 250 gramos de azúcar sobre el bol en el que luego quiebra dos huevos.

—Porque me gusta esquiar y ese día se hacen campeonatos chulísimos. Yo he sido ganador de las últimas tres ediciones…

—Vaya, no sabía que contaba con el honor de presenciar al galardonado esquiador del Día Mundial de la Nieve —murmura con diversión.

No soy capaz de identificar la burla o la ironía aunque estoy bastante seguro de que se está riendo de mí, por eso, me callo y me centro en mi tarea. Sin dirigirle la palabra, pongo un poco de música y doy la conversación por finalizada.



Bajo del desván con cinco cajas apiladas repletas de adornos, figuritas y guirnaldas de espumillón que se enhebran con los finos hilos de mi disfraz de Papá Noel.

—Mierda —mascullo cuando estoy a punto de tropezarme en las escaleras de vuelta al Natale's.

El horneado está casi listo y estamos a cuarenta minutos de abrir, es hora de que adornemos el local antes de que mi tío revise las cámaras de seguridad y vea que he decidido dejar esto sin vómito de reno.

—Déjame que te ayude —dice la voz de Hugo detrás de las cajas.

No puedo verlo porque las he amontonado de tal manera que mi campo de visión se reduce a la celulosa marrón de la que están compuestas y algunas etiquetas de envío que aún continúan pegadas en los laterales. Son recicladas y, si no se desmoronan por el camino, es gracias a que las estoy sujetando con todas las extremidades posibles.

Siento sus manos recorriendo el montón y, en una ocasión, siento sus dedos fisgoneando los míos, con rapidez y sin detenerse, pero haciendo un contacto notable. No sé el por qué, pero aquello me pone nervioso, me hace echarme a caminar y arrollarlo hacia delante.

—¡Cuidado! —me grita desde el otro lado cuando sujeta una de las bolas del árbol que ha estado a punto de caerse sobre su cara—: Trae esa última, anda. Vas a terminar causando una baja laboral y no sé si será la mía o la tuya.

Dejo el peso sobre el mostrador y suspiro, relajado y sintiendo mi espalda agarrotada. Perfecto, encima me he llevado un pinzamiento de regalo.

Hugo hurga en el interior de las cajas y saca el pie del árbol, acompañado del primer garrote con hojas, las cuales va abriendo poco a poco hasta que consigue hacer ver el amago de la base. Replico sus movimientos solo que con menos alegría. Aquello es una auténtica tortura, pero es una tortura que debo hacer si no quiero ser asesinado por mi tío.

Lo observo durante algunos segundos. Veo cierta ilusión resplandecer en sus ojos, como si aquello fuera el mejor de los pasatiempos. Le divierte colocar los adornos en el árbol. Se ríe al situar a los integrantes del Portal en sus correspondientes posiciones. Sonríe al colgar los muérdagos en el techo con mi ayuda. Y evita mirarme cuando terminamos los dos bajo uno de ellos, iluminados por los primeros rayos de la mañana.

Yo también esquivo sus ojos aunque me atrape la manera en la que se siente completo haciendo aquello y yo no puedo evitar sentirme vacío y culpable por haber perdido la magia de la Navidad.

CAPÍTULO 11

MEIDEI, NOS QUEDAMOS SIN AZÚCAR

HUGO

—Vas tarde, mocoso —me dice Pepe que se abrocha el botón de su chaquetón antes de salir—: ¿Quieres que te acerque al trabajo?

—Tendrías que dar mucha vuelta. No te pilla de paso. No te preocupes, ahora aviso a mi compañero de que me retrasaré.

Pepe no sabe que no tengo ninguna forma de comunicarme con Noel. Pese a que sí sabe que miento, no detecta en que. No quiero molestarlo ni hacer que sea él el que llegue tarde.

—Solo tardaré cinco minutos. Venga, coge tus cosas. Te espero en el coche. Pondré la calefacción mientras tanto —

termina diciendo sin darme tiempo a replicar.

Sé que sería en vano negarme al igual que también soy consciente de que me viene genial que alguien me acerque. Hay una tormenta de nieve a punto de caer sobre Jengibre y no quiero que me pille de camino, aún menos cuando voy tan tarde. Así que dejo mi negación a depender de alguien y le doy un mordisco a una tostada que abandono a medio comer sobre el plato.

—¡Adiós, mamá! —grito, cerrando la puerta detrás de mí.

Me encamino hacia el garaje y me monto en el coche de Pepe. Un pedazo de BMW al que quiere más que al resto de su vida; incluso más que a su propia prometida.

—¿Listo? —me pregunta antes de arrancar y salir en dirección al Natale's.

Asiento y me acomodo. El calor que discurre en el interior me hace parpadear más de lo necesario para intentar no dormirme por completo. He descansado bien pero nunca son suficientes las horas de sueño.

—Que tengas un buen día, mocoso.

—Adiós, incordio. Gracias por el viaje, que te lo paguen los Reyes Magos con muchos regalos este año. —Cierro la puerta y él se marcha.

Cuando entro en la tienda, noto un aire diferente. Un aire de angustia parecido al que se podía respirar tras mi accidente con el exceso de uso de las provisiones de chocolate. Aunque esta vez, juraría que yo no había tenido nada que ver con lo que estaba ocurriendo.

Efectivamente, como la confirmación de una teoría, Noel pulula con las manos sobre la cabeza tratando de descifrar algo que no consigo entender porque ni siquiera me saluda cuando entro. No es raro en él, suele ser bastante borde y antipático. Eso no es lo que me sorprende, lo que llama mi atención es que no me ha mirado. Y eso sí que suele hacerlo. Alza la cabeza, abnegado y dispuesto a pasar de mí, pero al menos cruza sus ojos con los míos.

—¿Qué pasa? —me dispongo a preguntar.

—El proveedor de azúcar… está atrapando en el puto tráfico de las narices. La gente se ha vuelto loca intentando irse antes de que llegue la tormenta de nieve. No tenemos azúcar para hoy —contesta con las palabras rápidas y las pronunciaciones escuetas.

Está nervioso y atacado, puedo notarlo.

Su teléfono suena y lo saca del bolsillo con desesperación. Observa la notificación y bufa. No es lo que esperaba. No, peor…, es mucho peor de lo que imaginaba.

—Joder, ahora dice que se le ha pinchado una de las ruedas traseras. ¿Qué cojones vamos a hacer? Todas las malditas recetas necesitan azúcar y nosotros no tenemos ni un mísero gramo —se queja, recreándose en el bote de azúcar que ahora mismo está vacío.

Miro a todos lados en busca de una respuesta, pero no se me ocurre nada que pueda solucionar esta situación. Estamos bien jodidos. Los supermercados y las tiendas de conveniencia están cerrados por la tormenta. En Jengibre, en cuanto nieva

un poco, todos se encierran en casa para pasar el resto del día resguardados en el fuego.

—Iré yo con la camioneta… Sí, eso voy a hacer. Voy a ir con la camioneta a recoger el pedido y a traerlo aquí tan pronto como pueda. Dejaré el coche en el comienzo de la carretera de acceso y así no me meteré en el tráfico.

Frunzo el ceño al no entender muy bien mi participación en el plan.

—¿Y qué hago yo? —me atrevo a decir a riesgo de que me conteste con la indiferencia o el silencio.

—¿Tú? —Coloca sus manos a ambos lados de su cintura y me observa, pensativo. Está claro que no ha transitado la idea con mi nombre a su lado—: Necesito que alguien se quede aquí a recibir la mercancía de leche que trae el señor Desnatado. Él trabaja solo en Jengibre y me ha confirmado que puede traer el pedido solo que lo hará una hora más tarde, es decir…, llegará en cuarenta minutos. Limpia la tienda a fondo mientras tanto… Hay restos de purpurina y espumillón en el suelo.

Asiento, conforme. No es que me entusiasmara en exceso la idea de tener que ir con él a cargar cajas de azúcar al maletero de su camioneta.

Me quedo tras el mostrador cuando él se despide, no muy convencido de dejarme solo pero sabiendo que es la única opción para que podamos abrir hoy. Lo único que faltaba es que tampoco pudieran entregar el pedido de leche… entonces ya sí que sería el fin del Natale’s.

Aprovecho mi soledad para poner música navideña mientras limpio. Noel la odia y cada vez que escucha un cascabeleo, gruñe, frunce el ceño y comienza a caminar con mayor ímpetu, queriendo huir del lugar.

He querido preguntarle en varias ocasiones el porqué es tan Grinch. Aunque intuyo la posible respuesta, me gustaría saber un poco más de él. Creo que, debajo de esa fachada de gruñón y borde, hay un tipo sensible que escucha a Ariana Grande. Estoy seguro porque más de una vez se ha colado en su playlist alguna canción de *Dangerous Woman* y yo he tenido que calmar mi fanático interior y limitarme a tararear la letra en mi mente.

Por eso, ahora, mientras *Santa doesn't know you like I do* de Sabrina Carpenter se reproduce por el pequeño altavoz del local, me doy la libertad de vociferar las letras con total libertad.

—¿Está Noel por aquí?

La escoba que sostengo entre mis manos cae al suelo cuando una voz suena en la puerta. Me digno a tomarme unos segundos antes de girarme porque suficiente ridículo es ya que me haya podido ver en pleno delirio musical.

—Hola. —Sonrió, amable y atento al hombre. Tiene una barba desgreñada y el pelo canoso. En su camiseta observo el logo de un tetrabrik. No me lleva más de dos segundos saber que es el proveedor de leche, el señor Desnatado—. No, Noel no está aquí.

—Vaya… —Se gira levemente y mira a la furgoneta que espera fuera—: Traigo el pedido que me hizo ayer.

Asiento y me acerco a él.

—Lo sé, puede dejarlo donde quiera, yo me encargo de llevarlo al almacén. Soy Hugo, por cierto… El otro dependiente del Natale's durante la ausencia de Enrique. —Estiro la mano y él la acepta algo desconfiado.

Me doy cuenta de que está en pleno debate interno, decidiendo si confiar en mí o pirarse de ahí sin darme el pedido. Si decide optar por la última opción, la tienda no podrá abrir hoy. Sin leche y sin azúcar no podemos hacer nada. Por ello, pienso con rapidez y me hago un plan simple en el que intento convencerlo de hacerme firmar la hoja de entrega.

—Vino usted hace dos días, ¿verdad? —pregunto, estando casi seguro de que sí que lo hizo.

—Sí, suelo venir cada dos o tres días a entregar la mercancía. ¿No debería recordarlo si trabaja aquí, Hugo?

—Lo recuerdo. Estaba detrás del mostrador, disfrazado de elfo, ¿me recuerda usted a mí?

Soy consciente de que es casi imposible pasar desapercibido cuando voy con el uniforme. El gorro, la camiseta y las orejas puntiagudas no son difíciles de disimular. Mucho menos si voy acompañado de un Papá Noel con expresión amargada.

—Así que es usted el elfo que acompaña a Noel. —Asiente, entendiendo las circunstancias y haciéndome saber que ya ha tomado una decisión—: Está bien. Iré a descargar el pedido. Espérese aquí.

Cuando sale de la tienda, expulso todo el aire que he acumulado en los pulmones durante la conversación. He podido salvarnos una vez más.

El señor Desnatado comienza a dejar las cajas de plástico con las botellas de leche en el suelo y yo las arrastro hasta la cocina. Confío en el frío que hace, y que aún no ha amenizado la calefacción, para que se conserven hasta que las meta en la nevera.

—Esto es todo… —exaspera, inclinando su cuerpo hacia el frente y recolocándose la gorra. Saca la hoja de firmas y me mira antes de tenderla—: Son 625,99€.

Abro los ojos con asombro. Joder, ¿de dónde narices saco ahora el dinero? Noel no me había dicho nada de que debía de pagarle.

—Esto… Espere un segundo, voy a llamar a mi compañero para… Un momento. —Alzo el dedo antes de desvanecerme detrás del mostrador.

Recuerdo que el día que decidió marcharse de fiesta y dejarme solo en el Natale's me explicó que su número de teléfono debía de estar en algún lugar bajo la máquina registradora. Así que, cuando estoy frente a ella, resbuco entre los miles de recovecos y restos de un papel roto en pedazos desiguales. Mi mano topa con una agenda y tiro de ella hasta colocarla en el mostrador. Sigo el orden alfabético y me topo con él:

Noel: 658231857

—¿Dígame? —contesta al otro lado su voz grave con un deje agrio.

—Soy Hugo…

—No conozco a ningún Hugo.

Chasqueo la lengua y he de contar varios segundos antes de contestar, porque si no lo hago, le soltaré una palabrota que no solucionaría nada. Me mantengo sereno antes de seguir:

—Trabajo contigo en el Natale's —añado, como si eso sirviera de algo. Claro que sabe quién soy… pero, por alguna razón, prefiere seguir siendo un antipático antes que hacerme la vida más fácil.

—¡Ah, sí…! Dime, Hugo.

La mirada del señor Desnatado choca con la mía y, por su expresión, puedo descifrar que no le hace ninguna gracia tener que esperar lo que es suyo.

—Hay que pagar el reparto de la leche… y no sé de dónde sacar el dinero. —Eso último lo digo en un fino hilo de voz, tratando de no alertar al hombre.

—Mierda, es verdad…

—Dime dónde está.

El silencio se hace durante algunos segundos en los que reflexiona lo que hacer. Aún no confía en mí y puedo llegar a entender que, luego de arrasar con las reservas de chocolate, ande alerta a cualquier otro error. Pero un fallo lo tiene cualquiera y el suyo fue dejarme solo sin explicar absolutamente nada.

Por eso, ahora tuerce su mano y decide decirme dónde coger el dinero. Porque es consciente de que el fallo es mutuo y ambos debemos acarrear con las consecuencias.

—En la caja fuerte de la cocina —afirma, pasado un minuto y con cierta reticencia en su voz.

Le ruego al señor Desnatado que me espere y vuelvo a la cocina, busco la caja fuerte y me detengo frente a ella.

—¿Cuál es la contraseña?

Escucho el carraspeo de su garganta y lo que me parece apreciar como una sonrisilla.

—Sé que no es *miscojonestreintaytres*, Noel. Dime cuál es la verdadera o se irá con la leche y no podremos abrir hoy el Natale's —explico la situación y eso parece hacerlo entrar en razón.

—Es mi cumpleaños: 2512 —afirma, entonces.

Giro la ruedecita y la puerta se abre. Me hago con el sobre en el que puedo leer «leche» y suspiro aliviado. Otra vez salvado.

—¿Tu cumpleaños es el día de Navidad? —me atrevo a mascullar cuando ya noto como mi sangre fluye a un ritmo normal y constante.

—Sí. ¿Se lo has entregado ya? Yo estoy a punto de llegar. Ya tengo el azúcar para los dulces. —No quiere hablar del tema. Bien, yo tampoco voy a indagar.

—A ello voy. Muchas gracias. Ahora nos vemos, entonces.

Cuelga sin decir ninguna palabra más y yo tampoco me molesto en hacerlo.

Vuelvo al local y le doy el dinero al señor Desnatado que me tiende la hoja de firmas para poder constatar la entrega del encargo. Le pido perdón por la espera y él le resta importancia.

Se marcha y vuelvo a quedarme solo en el Natale's. Cojo mi móvil y busco el historial de llamadas. Me topo con su número

de teléfono y lo grabo en mis contactos como «(Papá) Noel». Si me vuelve a hacer falta, lo tendré guardado.

CAPÍTULO 12

LO HE HECHO POR LAS BIRRAS GRATIS

NOEL

La tarde estaba llegando a su fin después de dos horas en las que el cobro no había parado debido a la gran turba que se había agolpado en el interior del Natale's. Aquellos días en los que la tienda estaba a rebosar y afuera la nieve continuaba cayendo, no podía evitar sentirme un crío de nuevo. Volver a sentirme el Noel que creía en los Reyes Magos y en la magia de las estrellas fugaces. En todas aquellas veces en las que me dormí temprano para que Papá Noel pudiera colarse por la chimenea y dejarme los regalos.

Pero ya no quedaba ni rastro de él. Del pequeño que en algún punto fui junto a mis padres. Del que sonreía al verlos bailar villancicos bajo el muérdago y terminar besándose con

ternura, cariño y compresión. No había nada de ellos y tampoco había nada de mí.

—Muchas gracias por comprar en Natale's. Felices Fiestas, señora.

Envidio la manera en la que Hugo siempre parece estar alegre y contento. En la que recobra cualquier sentido perdido y lo hace suyo, propio e intraspasable. Quiero recuperar mi ilusión pero mi cuerpo y mi memoria no parecen estar muy por la labor.

La puerta se abre una vez más y el cabello de Gaspar se desliza hasta llegar frente a mí. No puedo evitar sorprenderme al verlo con un moratón en el ojo aunque, conociéndolo, no es para nada algo por lo que preocuparse.

—¿Qué pasa, Noel? ¿Has visto un reno descarrilando de camino a Laponia? —vacila con una sonrisilla divertida en sus labios.

—¿Qué te ha ocurrido ahí? —Lo señalo con la cabeza mientras termino de colocar las últimas tabletas sobre el expositor.

—Un tipo que estaba empeñado en que me había liado con su piva y me pegó un puñetazo para vengarse —contesta sin darle importancia. Para él, nada parece tener importancia.

—¿Y era cierto? ¿Te habías enrollado con su novia?

Se mueve hacia un lado permitiendo que una familia se pasee por el local y, metiendo las manos en sus bolsillos, se adelanta a decir:

—Bueno, sí… Me líe con ella varias veces pero me dijo que estaba soltera. Yo qué sé. Cuando me gusta una chica no suelo

hacerle un examen sobre su vida privada. Hacemos lo que tengamos que hacer y punto. El tío tenía muy malas pulgas y cuando nos vio saliendo de mi coche…, no tardó ni un segundo en sumar dos más dos.

Carcajeo al escucharlo.

Gaspar no va a aprender nunca a asentar la cabeza. Lleva desde los dieciséis acostándose con cualquier ser femenino con vida en Jengibre. Creo que, absolutamente todo el mundo, ha pasado por el asiento trasero de su coche.

—Eres un caso, tío —digo, moviendo la cabeza, consiguiendo que el pompón del gorro del disfraz me golpee la mejilla.

Menos mal que solo quedan dos minutos para cerrar. Por suerte para nosotros, solo quedan en el interior las dos chicas que está atendiendo Hugo. Me aproximo hasta la puerta y giro el letrero hasta que se pueda leer «cerrado». Cuando deciden llevarse las magdalenas al estilo jengibre, las pagan y se marchan.

—Qué día más largo —exaspera Hugo, quitándose las orejas puntiagudas.

Yo decido hacer lo mismo con la barba, el gorro y la peluca. Mi piel se ha acostumbrado tan rápido a tenerlos puestos que, ahora, cuando no los llevo, el escozor llega y, con él, también lo hace el sarpullido y las ganas de ducharme con agua helada con 2ºC en la calle.

—Venía a ver si quieres tomarte algo en el Tecla —anuncia Gaspar, entrando a la cocina detrás de mí—: Únete tú también, Hugo. Te vendrá bien una birra después del trabajo.

Hugo hace el ademán de decir algo pero se queda parado a medio camino hacia su mochila. Toquetea la punta de las orejas falsas y su mirada danza desde la mía hasta la de mi amigo. Intenta buscar una respuesta pero parece no saber qué decir.

No le diría que no a una buena cerveza negra especialidad del Tecla, aunque no me hacía demasiada gracia que Hugo nos acompañara. Soy consciente de que negarme en voz alta resultaría descortés y tajante y, aunque normalmente no me importa serlo, el cansancio, las ganas de beber algo fresquito (aunque estemos a temperaturas polares) y la baza de que Hugo está siendo simpático conmigo aunque yo no se lo esté poniendo fácil… me hacen encogerme de hombros y asentir.

—Me cambio y nos vamos.

Subo hasta casa, me adentro hasta mi habitación y me deshago del maldito disfraz de Papá Noel, el cual me aprieta en lugares insospechados y muy incómodos. Me aplasta las piernas y creo que parte de mi escroto ya está sufriendo las consecuencias. Siento la liberación de andar en calzoncillos durante algunos segundos y pronto me coloco unos vaqueros, un jersey y tiro del chaquetón. Mojo mi pelo para deshacer el aplaste del gorro y, cuando las dirección a dos aguas de mis mechones vuelve a ser lisa y lacia, bajo de nuevo al local.

Hugo también se ha cambiado y lleva una sudadera rosa que contrasta a la perfección con la oscuridad de su pelo. Se ha cargado la mochila sobre los hombros listo para irse.

—Venga. Tengo la boca seca por beberme una rubia —brama Gaspar, afirmando mi teoría de que poco a poco se está

convirtiendo en un cuñado más.

Salimos del Natale's y cierro la verja con llave, asegurándome mentalemte de que todo está apagado y nada puede volar por los aires durante mi ausencia.

El Tecla no está muy lejos de aquí, aunque, con el frío, la nieve y las pocas ganas que tengo de andar, decidimos tomar la decisión de ir en mi camioneta.

—Está allí aparcada. A la vuelta de la esquina. —Señalo el callejón y nos encaminamos hacia él.

La estructura de mi vieja camioneta es simple y algo destartalada: un gran maletero rectangular en el que poder cargar la mercancía y una zona cubierta por techo en la que se discurren tres asientos, uno de ellos el del conductor.

Nos montamos y Gaspar queda en el medio entre Hugo y yo. Mejor, pasamos todo el día el uno junto al otro, nunca viene mal un poco de distancia.

Cuando llegamos, estaciono cerca de la puerta y entramos en el local, que nos recibe con griteríos, vítores, un calor sobrehumano y un olor intenso a cebada. El Tecla es especialista en una cerveza negra que está de muerte y en televisar los mejores partidos de fútbol.

—Juega el Jengibre… ¡De puta madre, vamos a estar entretenidos! —se alegra Gaspar mientras se quita el abrigo y lo acoge entre sus manos. Camina hacia la barra y le pide a la dueña del local—: Tres negritas, guapa.

Tecla, una señora de pelo grisáceo, siempre rizado a la perfección, de caderas anchas y sonrisa permanente. Una mujer casada y con dos hijas, con las cuales Gaspar se ha

enrollado en distintos puntos de su tardía adolescencia y temprana adultez.

—Aquí tienes, casanova. Te traigo los frutos secos antes de que sigas troleándome y yo deba evitar soltarte una buena torta en la cara. —Tecla deja el pequeño bol de cristal con kikos y demás frutos secos sobre la mesa.

—Eres un cielo, Tecla. ¿No te he dicho hoy lo guapísima que estás?

Sonríe, comedida y algo avergonzada, pero se las ingenia para no hacerlo evidente.

—Ay, cariño, si no tuvieras treinta años menos que yo…

—Para mi la edad no es un problema, preciosa. —Gaspar le guiña un ojo mientras se acerca el botellín de cerveza a los labios.

—Ya, Don Juan, pero creo que para mi marido sí que lo es.

—Él no se tiene por qué enterar. —Baja la voz y yo ruedo los ojos, completamente abnegado. No me puedo creer que esté ligando con Tecla.

—Gaspar, pírate de aquí si no quieres que te parta los dientes. —El marido de Tecla, cuyo nombre nunca recuerdo, aparece detrás de nosotros y rompe el momento de flirteo que se ha creado entre ambos. Y menos mal que lo hace, porque no sé cuánto más hubiera aguantado escuchando aquello.

Nos sentamos en una de las mesas lejos de la barra mientras los aficionados al fútbol se convierten en comentaristas y comienzan a relatar cada paso del partido.

—¿Se te ha pirado la olla o qué? ¿Cómo te pones a ligar con ella? —pregunto, sintiéndome completamente a salvo lejos del

marido de Tecla que nos ha seguido con la mirada hasta la mesa.

—Solo quería birras gratis… y mira—Baja la mirada hasta los botellines—, no he pagado ni un euro. Se llama amor como economía.

Hugo se carcajea y, aunque admito que Gaspar pueda resultar cómico y gracioso, también puede convertirse en un auténtico descerebrado cuando se pone una mujer por delante.

—Se llama ser un pesado. Al final te terminarán vetando la entrada…

—No lo hará. Sé controlar los límites… Deja de actuar como mi padre, Noel. Me cortas las alas.

—Lo que te voy a cortar es otra cosa como no te centres.

Arruga su nariz y dirige sus manos hasta la entrepierna, sintiendo el dolor de mis palabras atravesando su más preciado tesoro.

—Está bien. Entendido. Prometo centrarme… después de Navidad. Déjame que sea feliz durante diciembre, al menos. Los muñecos de nieve, los renos, las galletas, el frío… todo me hace querer estar abrazado a alguien.

—Abraza a la almohada —indico, bebiendo un poco de cerveza para intentar calmar mis ganas de asesinarlo.

—La almohada no me escucha.

—Mejor, así no puede huir.

Hugo vuelve a reír y me vanaglorio de ello. Disfruto del momento y de resultarle divertido durante algunos segundos. Aunque, ¿por qué me importa lo que piense de mí? Supongo

que el cansancio y la cerveza negra está haciendo demasiada mella en mis pensamientos.

—¿Ves lo que tengo que soportar, Hugo? Este tío es peor que un abuelo… No sonríe, no baila, no sale de fiesta. Lo único que hace es trabajar, esquiar y quejarse de que la ropa se le ha descolorido en el programa ECO de la lavadora.

—Eso no es cierto… —intento defenderme aunque no es difícil adivinar que nada de lo que ha dicho es mentira—. Lo del programa ECO fue solo una vez… Normalmente uso el de treinta minutos a temperatura estándar.

Gaspar, que está bebiendo de su cerveza, la suelta en la mesa señalándome con el dedo.

—¡Lo ves! Un auténtico muermo.

—Vale… Sí, lo que tú digas, Gaspar. Soy un abuelo, pero soy feliz siéndolo. —Me encojo de hombros y repaso mis últimas palabras.

¿De verdad soy feliz o simplemente me he concienciado de ello para no afrontar la realidad de que siento mi vida estancada y anclada a un pasado en el que mis padres aún están conmigo?

Hugo bosteza y se disculpa al segundo.

—Perdón… Estoy muy cansado. Yo… yo creo que me voy a marchar ya. —Busca su mochila en el suelo y la coge entre sus manos.

—Sí, creo que es hora de que todos nos vayamos —añado, levántandome y alzando mis cejas para que Gaspar haga lo mismo.

Y lo hace, a regañadientes y con un gesto que grita «aguafiestas» por todas partes. Pero me da igual. Ha sido un día muy largo en el trabajo y necesito dormir. El despertador sonará mañana a la misma hora de siempre.

Dejo el dinero correspondiente a las tres cervezas sobre la mesa y nos encaminamos hacia la camioneta, no sin antes percatarnos en la cara de pocos amigos que tiene el marido de Tecla mientras nos observa desde la otra punta del lugar.

Salimos al exterior y nos recibe el frío y la nieve cayendo sobre las iluminaciones en forma de bola de Navidad y de campanas entramadas por un lazo.

—Os llevo a casa. Hugo móntate tú ahora en el medio, la casa de Gaspar es la primera —le explico al chico que no pone ninguna pega ni intenta replicar algo.

Mi amigo vuelve a bajar de la camioneta mientras busca las llaves de la puerta. Su casa tiene cuatro plantas y es igual de grande que cinco veces la mía. Se despide de nosotros y se adentra por el sendero pedregoso de piedras ficticias que precede al gran portón.

Ahora, nos hemos quedado solos en mi camioneta.

El calor de la calefacción nos abraza. Hugo se aleja de mí y se coloca junto a la ventana. Repiquetea los dedos contra su rodilla y, de vez en cuando, lo pillo mirándome.

—¿Dónde vives? —dudo, girando hacia la carretera de vuelta.

—Al final de la calle del Natale's. No hace falta que me dejes en casa, yo caminaré cuando aparques en la tienda.

—No te preocupes. No me importa conducir cinco metros más que menos…

Él asiente y dirige su mirada hacia el frente, evitando chocarse con la mía.

—Tu amigo Gaspar es… curioso —expone, honesto y elevando la comisura de sus labios. Lo sé porque yo sí que lo estoy observando. Siempre lo hago.

—Es una buena forma de decir que es un personaje. —Sonrío ante mi broma y noto que el ambiente entre nosotros es muy diferente al que era el primer día.

La música que suena tenuemente por la radio inunda el silencio. Son villancicos pero no me molesto en cambiarlos. Me da igual lo que suene, por alguna razón solo quiero escucharlo a él.

—Nunca había estado en el sitio ese… Me ha gustado la cerveza que tienen —dice, algo tímido.

—Sí, está buena. A mí no me gusta en exceso la cerveza pero debo admitir que esa me apetece de vez en cuando. Cuando quieras, podemos volver.

Y no sé por qué cojones lo he dicho. Pero lo he hecho. Lo he invitado a volver al Tecla conmigo.

Algunas veces, mi mente toma decisiones por mí sin tan siquiera discutirlo con mi razón o con la cordura y a mí solo me queda avergonzarme ante todo lo que digo sin pensar, sin digerir.

—Aquí es. —Señala la puerta de su casa y evita contestarme. Algo que agradezco enormemente porque no sabría cómo continuar la conversación ahora que he decidido

soltar esa sandez—: Muchas gracias por traerme y por la invitación. Noel. Nos vemos mañana.

—No hay de qué.

Me marcho de allí iniciando un paseo de la vergüenza en el que me ahogo el resto de la noche. Porque no entiendo bien la explicación, pero con Hugo, mi raciocinio parece no querer hacer su trabajo.

Nunca.

CAPÍTULO 13

CINDY LOU, ¿QUIÉN?

HUGO

Voy de camino al trabajo cuando me sale su foto en Instagram. Lo veo feliz y sonriente pasando su brazo por encima de los hombros del otro chico. Hoy hace un año que me dejó por él. Supongo que es ley de vida. Unos van y otros vienen pero, desde luego, nunca pensé que pudiera reemplazarme con tanta rapidez y facilidad. Cuando yo aún intentaba deshacerme de su recuerdo, él ya paseaba por el parque de Jengibre de su mano.

Me he curado. He sanado a través del amor y no a través del odio, o, al menos eso creo. Aunque sí que le guardo rencor. Es curioso como sigo planteándolo como mi novio en lugar de como mi ex. Siempre que me preguntan por *él*, mi cerebro acude con rapidez a esa palabra. La arropa durante algunos

segundos hasta que se da cuenta de que no es así, de que esa realidad cambió y ahora estoy soltero. Nunca he sabido el nombre del otro chico pero siempre me he referido a él como Cindy Lou Quién.

¿Quién fue el que me arrebató su amor? Cindy Lou. ¿Quién es el que lo besa ahora? Cindy Lou. Solo espero que sea capaz de quererlo y hacerlo feliz casi tanto como yo lo hice, o, al menos, creo haber hecho.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta la voz de Noel desde la lejanía, trepando por mis pensamientos.

Cuando me recompongo, me doy cuenta de que no estamos tan distanciados, de hecho, él está tan cerca de mí como para poder sentir su respiración sobre mi cara. Su mano cae al lado de su cuerpo y su mirada se posa en mí, inspeccionando al detalle.

—Llevo un rato hablándote y tú pasando de lo que te digo.

—Tú tampoco es que me hagas demasiado caso —reprendo, recordando todos los saludos que han muerto en la mitad sin ser correspondidos.

Hoy no tengo el día para que me toque las narices. La foto. La maldita foto que ha subido a su Instagram celebrando que llevan un año juntos. ¿Cómo que un año? Eso significa que empezaron el mismo día que nosotros cortamos…

Cuando más lejos creía haber huído de su recuerdo, el muy cabrón siempre se las apañaba para volver a arrastrarme hasta *él*.

—¿Has sacado del horno los donuts de chocolate puro? —vuelve a decir. Esta vez hace más hincapié en la frase.

—Que sí, joder. Sí los he sacado, Noel. Me lo has preguntado tres veces. Están sobre la mesa de la cocina, reposando.

Me doy cuenta por la sorpresa en sus ojos que no esperaba este tono de voz. Lo cierto es que ha sonado más grotesco de lo que pretendía pero no puedo evitar sentirme manipulado y engañado. Si estaba enamorado de otro, ¿por qué no me dejó antes? ¿Por qué me hizo pasar por el mal trago de saber que, en algún punto de nuestra relación, estuvo conmigo pensando en Cindy Lou?

—Solo han sido dos veces…

—¿Qué? —Frunzo el ceño y lo miro, vencido.

—Tan solo te lo he preguntado dos veces y la primera no me has contestado… No soy adivino pero gracias por la respuesta.

Gira el cartel de la tienda y la turba comienza a plegarse por la tienda hasta hacerse con todas las esquinas del local. Escucho las voces, las preguntas y las conversaciones ajenas a mí, como si ninguna fuera en mi dirección.

Una mujer golpea mi brazo y yo salgo de mi ensimismamiento.

—¿Me puedes dar dos tabletas golden y una tradicional? Las quiero para regalo, ¿envolvéis en papel de regalo? —me dice con una sonrisa de lo más forzada.

—Sí, tenemos de renos y de cascanueces, ¿cuál prefiere?

—El de los renos… Y, si puede ser, rapidito, me tengo que marchar ya.

Ni siquiera la confronto. No es la primera vez que un cliente me encara y me exige algo casi imposible. No puedo envolver

tres tabletas en diez segundos, mucho menos si ni siquiera están empaquetadas.

—Lo haré tan rápido como pueda, descuide.

Entro en la cocina y meto las tabletas en la máquina de empaquetado. Mi mente vuelve a volar a las nubes cuando el sonido del cartón rasgándose comienza a sonar.

Me siento como una marioneta. Como si me hubiera usado a su parecer y me hubiera arrojado como un juguete estropeado a la basura. Cuando dejé de servirle, prescindió de mi compañía. Y aquello me ardía, incluso un año después. Porque no lo odié mientras lo olvidaba. Lo alabé y pensé que había hecho todo lo que había estado en su mano para mantener la magia. A la mierda la magia, me estaba siendo infiel, aunque fuera en su mente. Pensaba en otro mientras me besaba a mí. ¡A dónde narices íbamos a llegar!

—¡Hugo, cuidado! —exclama Noel.

Doy un respingo y me giro. Parte de la manga de mi disfraz está dentro del rodillo de la máquina de empaquetado. Tira de mí y, como un peso laxo, me dejo llevar, tratando de buscar una solución.

Noel se acerca a mí e inmiscuye su manos bajo mi cadera, toca un botón y la máquina cesa su trabajo. Abre el rodillo con mucha fuerza y mi manga sale liberada, algo estirada y amorfa, pero libre.

—¿En qué cojones estás pensando, Hugo? Te podría haber pasado algo, joder… Te podría haber cogido el brazo entero y… —balbucea algo que ni siquiera entiendo. No puedo fijarme en otra cosa que no sea la preocupación con la que me mira, la

misma con la que me miraba *él* cuando aún creía en mí. Y de alguna manera extraña me siento reconfortado porque Noel no es *él* y yo no soy Cindy Lou.

Y de repente me doy cuenta de algo, de que Noel no me ha soltado y de que sus manos siguen sobre mi cuerpo. A él no le importa y a mí, extrañamente, no me hace sentir incómodo, así que no opongo resistencia.

—Lo siento… yo…

—Estás bien, ¿no? —Me vuelve a escudriñar de arriba abajo y se cerciora de que estoy entero, de una sola pieza. Me limito a asentir—. Vale. Termina de atender a esa mujer porque está apunto de terminar con el Natale's si no sales ya. Luego hablamos.



Es la hora del almuerzo y hemos cerrado la tienda durante media hora. Hoy me he traído una ensalada variada con pollo. Me siento donde siempre y espero a que Noel regrese de su casa con la comida. No solemos mantener una conversación. Él está a su aire y yo pienso en mis cosas. Aunque sé que hoy va a ser diferente. Lo sé porque él se sienta cerca de mí, aunque mantiene una distancia prudente.

—¿Espinacas? —decido romper el hielo preguntándole sobre su comida, la cual tiene muy mala pinta pero estoy seguro de que le parece el mayor manjar del mundo.

—No tenía mucho más en la nevera… Tengo que hacer la compra. —Se encoge de hombros y separa sus piernas para poder sentarse con mayor comodidad.

Sé que debate las formas de preguntarlo. Se repantiga varias veces como si no pudiera encontrar la postura correcta para hablar conmigo. Cuando parece estar agusto y tras pensar miles de preguntas posibles, se adelanta:

—¿Has dormido bien hoy?

Aquello me toma desprevenido porque, de entre todo lo que podría haber dicho, ha decidido ir a por lo más banal. Quizás porque no le importa demasiado la respuesta. Quizás porque no quiere entrometerse demasiado. Sea como sea, elevo las comisuras de mis labios y muevo la cabeza, abnegado a que aquello sea cierto. Pero sé que lo es, sé que es real.

—No, la verdad… pero no es por eso por lo que hoy no doy ni pie con bola.

—¿Entonces? Me preocupa que te hagas daño mientras miras las musarañas… Tendríamos que pagarte el seguro médico y la baja laboral. No nos viene bien ahora en plena campaña de Navidad.

Ruedo los ojos porque obviamente ese era el motivo por el que quería saber qué me sucedía. Solo le importa el curso de un buen trabajo. No puedo culparle, tampoco es como si fuéramos los mejores amigos del mundo y nos preocupáramos el uno por el otro. Esto no funciona así, pero… no sé, esperaba un poco más de humanidad por su parte.

—Hoy hace un año que terminé con mi ex —escupo por alguna razón.

Aunque no muestra ningún atisbo de interés, siempre suelen decir que contarle tus preocupaciones a los desconocidos suele resultar más fácil que hacerlo con alguien de tu entorno. Y

Noel quizás no sea la mejor opción, pero sé que me hará bien hablar del tema, soltarlo todo.

—Y me he enterado de que hoy hace un año con su actual pareja —termino por añadir y me llevo un poco de ensalada con pollo a la boca, la cual trago con dificultad porque las palabras han formando un embrollo en mi garganta.

Noel pone la boca en forma de círculo y mueve su mano.

—Vaya… ¿eso significa que…?

Sí, que me dejó y se enrolló con otro. Todo el mismo día.

—Pues vaya cabronazo.

Asentí y dibujé una sonrisa lateral. En su mirada pude ver un ápice de empatía que me sorprendió y que casaba a la perfección con la intensidad de sus ojos y la naturalidad con la que su pelo caía sobre su frente como siendo impulsado por una cascada.

—¿Sabes qué es lo peor? —Alcé una ceja—: Yo siempre lo supe, siempre supe que había alguien más en sus pensamientos pero *él* se encargó de negarlo, de hacerme sentir como si estuviera loco. Yo lo sabía. Sabía que tenía pareja pero nunca imaginé que nuestra ruptura hubiera sido seguida por su inicio de relación. Supongo que siempre quiso más a Cindy Lou que a mí…

—Nunca dudes de tu instinto, Hugo, es el único que te dirá la verdad. Las palabras se las lleva el viento, pero el pálpito se mantiene contigo, consumiendo tu mente hasta que le haces un hueco.

Recuerdo las noches en las que desaparecía en mitad de la madrugada. «Una urgencia en el hospital» solía decir. Yo lo

creía. Todas las veces. Todas las mentiras que me dijo me las comí con chocolate. Era residente de primer año en el hospital de Jengibre y todo lo que me decía para excusarse tenía sentido. Hasta que el sentido se convirtió en un nombre y luego en un amor roto.

—Una cosa… —advierte, pensativo—, ¿su nueva pareja se llama igual que la niña del *Grinch*?

Vuelvo a sonreír y niego.

—No, no sé cómo se llama, así que he decidido apodarlo así… —Suelto una carcajada que cesa cuando me percato de algo—: ¡Eh, sabes lo que es el *Grinch*! ¿No sueles decir que odias la Navidad?

—Pues claro que lo sé, es mi espíritu navideño. ¿Terminar con la Navidad y robar todos los regalos…? No se me puede ocurrir un plan más perfecto. —Repiquetea los dedos de sus manos entre sí con una sonrisa malévola que me arrebata mucho más que una mirada divertida.

Me arrebata un pensamiento, lo arranca de cuajo y se lo lleva lejos de mí, lejos del Natale's. Cindy Lou Quién y *él* ya no existen en mi mente cuando Noel me guiña un ojo antes de levantarse y dar por finalizada la hora del almuerzo.

—Gracias por escucharme, por cierto —digo, honesto y agradecido.

—No hay de qué, Hugo. Alguien tendrá que evitar que mueras hoy… Seré yo el que te proteja, tranquilo. No quiero que mi tío sea el que se encargue de meterme a mí entre los rodillos de la empaquetadora por tener que pagar tu baja… —Se señala así mismo y yo no puedo evitar pensar en lo mucho

que me apetece abrazarlo, porque ha sabido escarbar en mi malestar y hacer que la luz vuelva a brillar, aún siendo un gruñón.

CAPÍTULO 14

NAVIDAD, 2024

FANTASMA DE LAS NAVIDADES PASADAS

Lo observaba desde la lejanía, sabiendo que todo lo que carcomía su cabeza no era fruto de sus ideas, era fruto de todas las mentiras que se habían agolpado en sus pensamientos. Porque sabía que no eran más que excusas para no afrontar la verdad. Había alguien más. Alguien que arropaba a la persona que más quería entre unas sábanas ajenas. Había un perfume distinto en su ropa y Hugo sabía que no era el suyo, que pertenecía a otro, aunque no solo era el aroma lo que le pertenecía a Cindy Lou, también tenía entre sus manos el corazón de *él*.

Él siempre tan perfecto, siempre impoluto, siempre con una sonrisa.

Hugo siempre tan inseguro, siempre tan temeroso de perderlo, siempre rumiando la idea.

Sabía que pasaría tarde o temprano, que todo acabaría con flores inundadas en petróleo, con promesas deshechas, con una Navidad sin sentido.

Hacía falta coraje para dejarlo ir, pero Hugo era un cobarde cuando se trataba de todo lo que alguna vez habían soñado. Era experto en aferrarse en todos los detalles que fueran un clavo ardiendo, como si no hubiera nada más de lo que sostenerse.

Debería dejarlo ir antes de que todo se rompiera.

Pero no lo hizo. Aunque lo sabía. Hugo lo sabía y yo también lo sabía. Éramos conscientes pero ninguno tuvo la fuerza para decirlo. Hasta que acabó. Hasta que la verdad salió a relucir.

Cindy Lou se quedó con *él* y Hugo se quedó solo, entre las sombras y una Navidad pasada.

CAPÍTULO 15

DEJA DE LAMENTARTE TODO EL DÍA

NOEL

Cogo la taza de café y me acerco a la ventana del salón. Aún quedan treinta minutos para marcharme al trabajo así que me deleito con la imagen de los copos de nieve cayendo del suelo y agolpándose sobre los tejados de la ciudad. Veo un gran tumulto de gente en la calle central que queda a unos diez metros de mi casa. No me sorprende ver caras desconocidas y sonrientes mirando a una cámara porque durante estas fechas es muy extraño no ver a turistas queriendo sacar los mejores ángulos de la Plaza de la Inmaculada que suponía el epicentro de Jengibre.

Este ambiente me agota. Tanta gente intentando fingir que la Navidad es una época increíble en la que todos sonreímos y

nos alegramos de que Papá Noel nos traiga unos calzoncillos y un par de calcetines.

Mi teléfono suena en mi habitación y me encamino hacia ella. Lo veo vibrando sobre la mesita de noche y lo desconecto del cargador antes de contestar. Es Arturo, mi jefe, el CEO de la empresa de finanzas para la que en realidad trabajo. Ese mismo que me obligó a tomarme todo el mes de vacaciones para no tener que pagarme las cuatro semanas que me debían.

—Buenos días, Noel, espero no pillarte durmiendo… —masculla con un tono muy típico en él.

—No, que va, Arturo. Estaba a punto de marcharme al gimnasio. —No había pisado un centro deportivo en casi tres años. Me doblé el tobillo en pleno entrenamiento y, desde entonces, le había hecho la cruz a cualquier edificio que albergara alguna máquina de deporte en su interior.

Aprecio el hecho de que no pueda ver mi atuendo porque entonces la mentira no serviría para nada. Llevo un jersey feísimo con la nariz de un reno en el centro (que me ha comprado mi tía), unos calcetines verdes con motivos navideños (que me regaló mi tía) y un bóxer bastante decente en comparación con el resto que guardo en el cajón con dibujitos de los Minions.

—Perfecto, entonces. No te entretengo mucho. Solo quería saber qué tal estaban yendo esas vacaciones en casa de tu familia, por aquí te echamos mucho de menos—. Esta es una forma sutil de decirme que están deseando que vuelva para

encauzar el departamento y seguir explotándome durante once meses más.

Lo cierto es que no estoy descansando nada. Por las noches, cuando concilio el sueño, las horas parecen ir a velocidad de la luz y la alarma suena cada vez antes. Tengo unas ojeras increíbles y unas ganas de echarme una siesta constantes, pero no dejo que el cansancio me venza y adecento mi voz antes de responder:

—Bien, recargando las pilas y deseando volver después de Año Nuevo.

Si estuviéramos jugando a una verdad y dos mentiras, me habría proclamado como el máximo vencedor ya que, de entre todo lo que le había dicho, no había nada que fuera completamente cierto.

—Me alegro de oír eso, Noel. Bueno…, te dejo que tengo una reunión en veinte minutos. Espero verte pronto por aquí. Felices Fiestas.

—Igualmente, Arturo. Nos vemos. —Cuelgo el teléfono y lo lanzo sobre la cama antes de taparme los ojos con las manos y frotar mi cara.



Bajo al Natale's vestido y acicalado dispuesto a comenzar con el horneado del día. Hugo no tarda demasiado en llegar y yo no puedo evitar sentir cómo el vello de mi nuca se eriza al oírlo decir mi nombre.

Llevo varios días sintiéndome extraño a su alrededor, especialmente después de que saliera por mi boca una

invitación que, sin precedentes algunos, terminó resultando una proposición un tanto extraña. No porque mis intenciones fueran turbias ni nada de eso, sino más bien porque ni él se esperaba algo así ni yo quería darle a entender algo más.

—¿Qué tal? —me pregunta con una sonrisa mientras se coloca el delantal alrededor del cuerpo. Y yo me fijo en cada detalle de manera involuntaria. Ahora no puedo despegar mis ojos de la forma en la que el lazo cae casi deshecho por su glúteo.

Sacudo la cabeza cuando me doy cuenta de que le estoy mirando el culo a mi compañero de trabajo y, además de ser raro de cojones, es incómodo. Aunque él no se de cuenta, mi cuerpo sí reacciona ante lo que mis ojos han visto y comienzo a sentir un calor ascendente desde mi entrepierna.

—Bien —contesto, algo seco.

Estoy tan enfocado en disuadir la imagen de mis pensamientos que no me percato de lo mal que ha sonado mi respuesta, pero no la retiro. Ya no tendría sentido hacerlo.

—Encargarte de las obleas. Hazlo con cuidado e intenta no romperlas cuando las montes. —Señalo los paquetes y le advierto los riesgos—: Son muy sensibles y, con un mal movimiento, se desmoronan en pedazos.

Hugo asiente, comprensivo y no dice nada más. Por la manera en la que evita acercarse a mí más de lo necesario sé que el comentario le ha sentado mal. Después de pasar doce horas juntos todos los días, soy capaz de analizarlo y sacar conclusiones de una manera más exhaustiva. No sé muy bien cómo enmendar el problema o si seré capaz de solucionarlo,

por lo que me centro en mis tareas y dejo que el tiempo pase y el momento de tensión se diluya.

—Han dejado un cartel bajo la puerta. Cuando he entrado lo he cogido y lo he dejado sobre el mostrador —suelta, sin desviar la atención de la sutileza con la que coloca las obleas.

—¿De qué era? —Intento aprovechar el momento para suavizar mi voz y relajo mi ceño que se ha mantenido fruncido durante todos estos minutos.

—De un concierto, creo. Ponía que lo celebrarían el quince de diciembre pero no me he fijado en qué más había…

—Seguro que será del coro de niños de la Iglesia de San Jengibre, como todos los años —me atrevo a añadir, recordando los conciertos de Navidades anteriores.

Hugo se gira y alcanza un cuchillo de punta redonda con el que extender la crema de chocolate sobre las últimas capas de obleas.

—¿Alguna vez has ido a alguno? —pregunta, agachándose y acercándose aún más al pastel.

—Sí, de pequeño. A mi madre le encantaba. Comprábamos castañas por el camino y nos la comíamos allí, durante el concierto.

No soy capaz de verme la cara pero siento como una expresión amarga se expande por mis labios y mi narizse arruga como si hubiera tocado agua. Hugo parece notarlo porque me mira con preocupación.

—Siento mucho haberte…

—No pasa nada. Fue hace muchos años y yo ya ni recuerdo esos conciertos. —Es mentira. Guardo cada detalle de todos los

planes que alguna vez hice con mis padres, especialmente los del último año.

—Yo creo que iré. Me apetece ver lo que hacen y escuchar a los niños del coro. Mi madre quiso apuntarme cuando tenía seis años pero no tengo ningún tipo de talento para cantar. Creo que me hubieran echado a los pocos días —expone con cierta sorna que no pasa desapercibida por mis oídos.

—Todo Jengibre acude.

—Quizás lo haga. ¿Tú vas a ir? —La pregunta sale con agilidad por su boca, haciéndome creer que no la ha pensado, porque, de haberlo hecho, él mismo se habría respondido.

Alzo mis hombros y ladeo la cabeza.

—No me van ese tipo de eventos. No soy creyente.

—Yo tampoco lo soy.

—No me gustan los tumultos de gente.

—A mí me agobian bastante.

—¿Y entonces por qué te planteas ir?

—Porque a veces es necesario vivir —puntualiza, queriendo hacerme ver su punto de vista. De hecho, creo que lo dice en un tono bastante personal, como si me estuviera advirtiendo.

Hace mucho que no siento la necesidad de vivir, hace mucho que simplemente me dejo llevar por el cauce del tiempo, como si fuera una hoja movida por el viento, venciéndome de aquí para allá pero sin plantar los pies con firmeza. Aunque intente recordar el motivo exacto, no sería capaz porque, aunque sé que todo se desencadenó con la muerte de mis padres, esta forma de ver la vida ya es simplemente parte de mi rutina. Y es muy difícil romper un hábito.

—¿Vienes conmigo? —Esta pregunta sí que le ha llevado algunos segundos, de hecho, creo que ha transcurrido cerca de un minuto hasta que la pronunciado.

—¿Yo?

—Sí, tú, Noel. A ver, toda la ciudad estará allí, si finalmente tu amigo Gaspar consigue enredarte para acudir, nos encontraremos de igual manera. Yendo juntos podremos obligarnos el uno al otro. Yo necesito salir de casa y hacer algo más que trabajar; y tú tienes que hacer algo más que lamentarte.

—Yo no… —trato de reprenderlo pero la verdad es que tiene razón.

Me asombra que se atreva a proponerme esto, especialmente después de haber rehuído de mi primer propuesta de salida como compañeros de trabajo.

—Está bien. —Acepto, sabiendo que si no es él, será Gaspar el que me lo proponga.

Además, en algún punto de mi cuerpo, me apetece hacerlo. Me apetece ir con él a ese concierto y recuperar algo de lo que perdí hace muchos años. Aunque sea solo una pequeña y diminuta parte que se encuentra escondida en algún punto de mis recuerdos.

CAPÍTULO 16

VIVO POR Y PARA LAS DECISIONES NEFASTAS

HUGO

¿Nunca habéis tomado la decisión más nefasta de vuestra vida y no habéis sabido muy bien por qué, cuál ha sido el fundamento esencial que te ha llevado a hacerlo, a seguir el impulso? Bien, pues eso es justo lo que pasó en la cocina cuando una de mis neuronas decidió conectarse con otra y proponerle a Noel (el mismísimo Noel Natale, conocido por ser el tío más borde de toda la ciudad) que me acompañara al concierto de los niños del coro de la Iglesia de Jengibre. Desde luego, no lo recordaré como mi mayor momento de lucidez; aunque tampoco es que sea capaz de recordar otra circunstancia en la que me haya sentido tan ridículo y me haya arrepentido con tanta rapidez de algo.

—¿Y qué te dijo? —pregunta Judith a través de la videollamada.

—Que sí, que vendría conmigo.

—¿Y cuál es el problema aquí? O sea, un tío bueno ha aceptado tener una cita contigo… ¿Por qué tienes esa cara de mustio? —Señala la imagen de mi rostro reflejándose en el móvil.

No puedo evitar exagerar aún más la mueca cuando me doy cuenta de las palabras que ha usado para describir a Noel y nuestro encuentro no-romántico en el concierto del coro.

—Lo primero, Noel no es un tío bueno, es bastante borde y antipático. Lo segundo, no tenemos una cita, es un encuentro de compañeros de trabajo. ¡Todo Jengibre va a ir! —intento salvaguardar mi decisión porque, tal y como ella lo ha planteado, nuestra quedada pintaba muy pero que muy cercana y no había nada de cercanía entre nosotros.

Judith chasquea su lengua y rueda los ojos. Coge un mechón de su pelo y lo enreda entre sus dedos.

—Noel está buenísimo, si no te lías tú con él, lo haré yo.

—No le gustan los chicos —puntualizo—: Así que todo para ti…

—Estuvo enrollado con John, el hijo de la alfarera. —Abre la boca con sorpresa y luego la cierra, formando una sonrisa pícara—. ¿Ese «todo para ti» significa que sí que te planteas liarte con tu compañero de trabajo y además compartes la opinión de que está buenísimo?

Sacudo la cabeza cuando mi mente comienza a imaginar escenarios en los que Noel está sin camiseta y me mira con esa

manera en la que me hace temblar las piernas. Y su pelo… joder su pelo está húmedo y se discurre como pequeñas guirnaldas sobre su cabeza. ¡Basta, Hugo, deja de pensar en eso!

—No, eso significa que no quiero nada con él.

—Pues bien que lo has invitado a una cita.

Suspiro al escuchar sus palabras. ¿Cómo narices tenía que explicarle que mi propósito con aquello no era terminar subiendo a su habitación encima del Natale's (aunque no negaré que me causa curiosidad saber si es ordenado o no) sino simplemente hacer algo más allá que dulces durante el mes de diciembre?

—Solo quería ir a ese concierto, ¿vale? Estoy solo en Jengibre, tú te has pirado a Canela y el resto están estudiando en otras puntas remotas de España, me he visto obligado a tirar de un plan Z para poder encauzar mi vida social.

—Y qué casualidad que la persona con la que decides hacerlo está como un tren y además cumple todos los requisitos de tu prototipo ideal —reitera Judith.

Qué cabrona es. En ocasiones así, odiaba que tuviera tan buena memoria. Hace unos meses, poco después de haberlo dejado con *él*, le detallé en el papel rancio de una hoja arrancada de un cuaderno cómo sería el hombre perfecto para mí.

—No es mi prototipo… El mío es mucho más… —Pienso en alguna cualidad que no hiciera destacar a Noel— simpático y menos hosco.

Mi amiga expulsa una carcajada que me deja más que claro que no está de acuerdo conmigo, de hecho, remata la faena verbalizando:

—Es muy alto, escuálido, rubio, tiene una personalidad arrolladora y única, tiene el pelo a dos aguas y una mirada que grita desde la distancia «te voy a follar». ¡Es literalmente tu tipo!

El mero hecho de insinuarlo me hace entrar en pánico. Joder, ¿y si se piensa que esas son mis verdaderas intenciones con él? ¿Y si el día del concierto decide besarme y yo me quedo quieto, recto y paralizado? No quiero enrollarme con mi compañero de trabajo.

—¿Crees que él pensará que yo quiero…?

Judith asiente sin tan siquiera pensarlo.

—¿Y qué hago?

—Pues comerte su manga pastelera.. —Comienza a reírse como si lo que hubiera dicho fuera una mofa desternillante. Y quizás sí lo es, pero estoy tan centrado en la falsa percepción que Noel puede tener de mí, que ni siquiera hago el ademán de sonreír—. Joder, vale que haya sido mala la broma, pero podrías al menos fingir un poquito.

—No es eso, Ju… Es que yo no quiero que Noel piense algo que no es. No quiero acostarme con él, es mi compañero de trabajo y tampoco es que me caiga excesivamente bien.

Un enredo amoroso de ese calibre es lo que menos necesito en este punto de mi vida en el que estoy llegando al final de mis estudios y en el que lo único que me apetece es empezar a descubrirme a mí mismo.

—Esto es sencillo, Hugo. Si surge el momento y ves que… bueno pues que va a pasar algo, díselo y punto —planifica ella como si fuera tan sencillo hacerlo como decirlo—. Aunque está como un quesito… te lo repito para conseguir que dejes esa cara amargada que se te pone cuando tienes a un tío delante. ¡Fóllatelo!

En esta hipótesis planteada estamos suponiendo que, si Noel ha malinterpretado mi plan y piensa que es una cita de índole romántico-sexual, él va a estar dispuesto a besarme.

—Quizás solo haya aceptado el plan por no hacerme un feo. Tampoco le di muchas más opciones… —digo en un intento por recobrar el sentido y no seguir martirizándome.

Ella chasquea la lengua al otro lado del móvil y suspira antes de decir:

—También puede ser. Quizás se haya apiadado de tu soledad y haya decidido ser un buen compañero de trabajo… De igual manera, yo intentaría tantear el otro terreno, Hugo. Hace mucho que no estás con nadie después de lo de *él*, necesitas desinhibirte un poco.

Pienso en lo que me ha dicho y caigo en cuenta de que es verdad. No he besado a nadie en el año que llevo soltero, tampoco he hecho el amago de conocer a otro chico. Nunca me ha interesado demasiado eso… No me siento cómodo ligando y tampoco soy tan atractivo como para que no me haga falta tirar los tejos.

Aunque Judith tiene razón, no creo que Noel sea el hombre con el que deba romper mi celibato. Pese a que es guapo y vale, sí, es bastante semejante a mi prototipo, no quiero

crispar el ambiente laboral (más de lo que está ahora) si algo sale mal. A todo eso hay que sumarle el hecho de que no es que sea la persona más simpática y abierta del mundo, de hecho creo que es bastante parecido a las típicas conchas que no se abren ni con el calor ni con las gotas de limón. Está cerrado herméticamente como una ameba.

Y, por si eso no fuera suficiente, no le gusta la Navidad.

No, desde luego, Noel no era una buena opción.

—¡Hugo a cenar! —grita mi madre desde la planta de abajo.

—¡Voy! —le contesto, volviendo mi mirada al rostro pixelado de mi mejor amiga—: Me tengo que marchar, Ju. Luego hablamos.

—Adiós, corazón. —Me lanza un beso y cuelga la llamada.

Bajo las escaleras y me topo con Pepe entrando a casa enfundado en su traje.

—¿Ahora sales de trabajar? —me atrevo a preguntarle aunque el olor a whisky que emana su cuerpo me resuelve la pregunta casi al momento.

—Vengo de tomar algo con mis compañeros… —balbucea, trastabillando con sus propias palabras.

La situación es bastante divertida. Pepe no suele beber demasiado y, cuando lo hace, coge unas pedazos de borracheras dignas de recuerdo. La última vez, mi madre tuvo que casi sedarlo a base de paracetamol para que dejara de quejarse del tremendo y agudo dolor de cabeza que tenía.

—Hola, cariño —le dice mi madre que viene a ver qué narices está pasando para que no acudamos a la mesa—: Uy,

por Dios, como apestas a alcohol. Anda, ve a darte una ducha que te despeje un poco la mente y baja a comer.

—Estoy bien, mamá.

Todo pasa con una lentitud increíble. Uno de sus pies se enreda con la alfombra del suelo y, a medida que va cayendo, la cara de mi madre describe miles de emociones en pocos segundos.

—Joder —se queja cuando roza la tarima flotante con su mejilla derecha—: ¡¿Quién cojones puso ahí la puta alfombra!? —La señala con odio, como si ella tuviera la culpa de que él no supiera ni siquiera dónde está.

—Anda, cariño, por qué no subes al baño para que se duche… Desde luego así no vas a sentarte en la mesa a cenar —le reprende mamá como si fuera un niño chico.

Yo no puedo evitar reírme de nuevo.

—Que estoy bien, cojones. Solo ha sido un tropiezo tonto. Se me ha resbalado el pie. Y tú deja de reírte ya, mocoso…

Lo ayudo a levantarse y lo arrastro hasta el pie de las escaleras y, pese a que él opone resistencia, pronto deja que yo mismo lo guíe por la casa hasta llegar al baño. Le tiendo una toalla cuando se sienta en el retrete y él me dice:

—Me han ofrecido un ascenso, mocoso… Por eso me he ido con ellos a ese bar en el Empire Ginger. —Es el edificio más lujoso de todo Jengibre, en él se han hospedado celebridades y empresarios muy tochos—: Quiero comprar un apartamento para después de la boda. Quiero vivir con ella toda la vida. Nunca he estado tan seguro de algo como de elegirla. Estar

con ella es como estar siempre en Navidad, mocoso. Siempre hay ilusión a su alrededor.

Reparo en que una sustancia cristalina comienza a iluminarse en sus ojos. Son lágrimas ansiosas por desparramarse y hacer de su cara una cascada. Se me encoge el corazón al escuchar la confesión de Pepe porque yo nunca he sentido eso con nadie, ni siquiera con *él*, ni siquiera cuando me empeñaba en sentirlo.

Para mí no siempre es Navidad.

—¿Podrás llegar a la ducha tú solo? —le pregunto al ver cómo sus ojos han pasado de estar a punto de estallar en llanto a comenzar a cerrarse lentamente.

—Sí, no te preocupes. Vete a cenar. Ahora bajo yo.

Asiento y, aunque no estoy muy convencido de que sea capaz, sí que estoy seguro de que conseguirá ducharse de alguna manera o de otra. Pepe siempre encuentra una forma de hacer lo que se propone, es algo que ambos hemos heredado de mamá.

CAPÍTULO 17

NAVIDAD, 2008

FANTASMA DE LAS NAVIDADES PASADAS

Volvía a ser Navidad y, aunque para Jengibre parecía no existir otra festividad, para sus habitantes cada diciembre era un nuevo mes lleno de ilusiones, especialmente para los niños. Noel tenía siete años y bailaba *It 's the most wonderful time of the year* al ritmo de las campanas que sonaban de fondo. Medía poco más de un metro veinte y su padre siempre encontraba un motivo de risa en los pequeñísimos abrigos en los que su madre lo envolvía para resguardarse del frío.

—Cariño, nos vamos ya, ¿estás listo? —le preguntó su madre mientras se acomodaba los zapatos.

—Sí, mami, pero párate a que se acabe la canción, si no da mala suerte… —contestó él que había creído aquello que su tío Enrique le había dicho sobre la importancia de escuchar todas las canciones navideñas de principio a fin porque, si no se hacía

de esa manera, podría acarrear mala suerte y, con ella, pocos regalos bajo el árbol. Él no se podía arriesgar a que no le trajeran el circuito de coches que había pedido en su lista de deseos.

Cuando la canción terminó y las últimas notas quedaron suspendidas en el aire, Noel apagó la radio y se dispuso a salir de casa en dirección a la plaza central de Jengibre donde disfrutarían del concierto del coro de los niños de la iglesia.

El niño siempre buscaba el amparo de la mano ruda y llena de magulladuras de su padre para caminar por la calle, al cual le hacía sentir especial cada vez que encontraba sus pequeños deditos entrelazados con su palma.

—¿Habrá este año muñecos de nieve? El año pasado había uno súper guay. Gaspar quería romperlo pero yo le dije que no estaba bien deshacer lo que otros niños habían creado… Aunque a nosotros nos rompieron el otro día el balón de nieve que hicimos en la puerta del Natale's. —Hizo un puchero al recordar como un tipo con un pie enorme lo pisó sin darse cuenta.

—Pues no lo sé pero… si no hay ninguno hecho, podemos hacerlo nosotros. Le pondremos tu bufanda roja y compraremos una zanahhoria del puesto de verduras de la plaza, ¿qué te parece? —Su padre, que era como un niño en el cuerpo de un hombre, había ideado ese plan en cuestión de segundos.

—Me parece genial —afirmó Noel, sonriente y satisfecho.

El gran barullo de gente que, agolpada en la plaza, hacía que fuera casi imposible llegar al pequeño tinglado en el que don Antonio montaba su puesto de castañas todos los años.

—No sueltes la mano de papá, Noel —le advirtió su madre.

Él apretó aún más el agarre y siguió las pisadas de su padre, las cuales se quedaban guardadas en la nieve que condensaba el suelo del lugar.

—¡Pero bueno, qué niño más grande! ¿Cuántos años tienes ya, campeón? —Don Antonio era un hombre de pelo grisáceo ceniza con un bigote que a Noel se le antojaba de lo más divertido. Todos los años compraban castañas de su pequeño puesto.

—Siete… casi ocho. —Noel, aunque tímido, contestó enseñándole el número con sus propios dedos.

—¡Vaya, pero si hace nada eras solo un bebé! —Sonrió el hombre que removía con un palo la olla metálica en la que asaba el producto—: ¿Cuándo es tu cumpleaños, pequeño?

Noel que no estaba acostumbrado a hablar con adultos se escondió tras la pierna de su padre.

—Díselo, cariño —le animó su madre, comprensiva. Se agachó sobre sus rodillas y se colocó a su altura.

—El veinticinco de diciembre… —masculló él, mirando a su madre para asegurarse de que la respuesta era la correcta.

—¡Pero si eso es ya mismo! —El hombre acarició su mentón, pensativo—: Mira, hagamos un trato, te voy a regalar ahora un cartucho de castañas pero, a cambio, tú me tienes que prometer que todos los años volverás para que te pueda regalar uno…¿vale?

Don Antonio extendió su mano y la colocó frente al niño que, dudoso y algo divertido, la estrechó con fuerza. Sellaron una promesa que duraría todas las Navidades mientras la Plaza de

la Inmaculada fuera el centro del concierto de los niños del coro de la Iglesia de San Jengibre.

Aunque la promesa si perduró, Noel no volvió a ir al puesto de castañas. Para él la Navidad perdió sentido cuando sus padres murieron y, con ellos, todos los villancicos dejaron de sonar en casa.

CAPÍTULO 18

DOS CARTUCHOS DE CASTAÑAS

NOEL

Llevo todo el maldito día intentando encontrar la manera de descolgarme del plan que Hugo me había propuesto. No era capaz. ¿Cómo debía actuar en el concierto al que había evitado ir durante quince años? ¿Cómo debía de hacerlo si no iban ellos? Ahora, danzo por el Natale's como un fantasma: de cuerpo presente pero de mente ausente.

Si no me he echado para atrás aún es porque no quiero decepcionar a Hugo. Lo noto ilusionado con el concierto y, por raro que parezca, no quiero ser yo el que amargue su diversión. Yo nunca he querido ser el aguafiestas, por eso, durante los últimos años, he decidido no acudir a muchas de las reuniones sociales a las que todo el mundo iba. Porque no

las disfruto. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Prefiero quedarme solo en casa antes que estar allí deseando irme.

—¿Cerramos ya? Queda muy poca gente en la tienda. Creo que es el momento perfecto, Noel —duda su voz. Está junto a mí, tras el mostrador, con las manos sobre la mesa y los brazos estirados.

—Sí, claro.

Abro la caja registradora y le doy su vuelta al hombre mayor al que acabo de atender, el cual se despide con un simple bufido que no se asemeja a ninguna palabra reconocible.

Hugo gira el cartel y eso pone en alerta a todos los clientes que están deambulado por la tienda en búsqueda del regalo perfecto para regalar estas Navidades. Todos ponen expresiones de sorpresa como si la oscuridad de la calle no fuera un indicativo de que la noche había llegado.

Dos niñas con trenzas infinitas hasta la cadera, con pines de ángeles, árboles de Navidad, muérdagos y lucecitas se colocan frente a mí, suponiendo el inicio de una fila que es seguida por un matrimonio que discute entre que dos tabletas llevarse, una mujer con un bebé en un carrito que juguetea con una de las bolas de nieve de chocolate que mi tío inventó como Huevo Linder’s y una señora mayor que descansa sobre el andador en el que ha colgado su bolso.

Entre los dos, conseguimos finiquitar la cola en apenas diez minutos y, cuando estamos solos, apagamos todas las luces que decoran el techo y las paredes.

—Iré al baño a cambiarme. —Coge la mochila entre sus manos y se dirige hacia el pequeño cubículo junto al

mostrador.

Yo me decanto por subir a casa y quitarme el disfraz de Papá Noel. No me preocupo por cambiarme los vaqueros blancos que llevo debajo ni la camiseta de AC DC con la que llevo desde los dieciséis. Simplemente, me enfundo en un jersey de lana gris el cual tapo con mi abrigo y una bufanda para resguardarme del frío.

Bajo de nuevo y cierro la cocina tras de mí. No hay ni rastro de Hugo, supongo que estará aún en el baño, así que recojo un poco la tienda y me quedo mirando el muérdago que cuelga de la puerta principal. Hugo lo colocó ahí cuando desmantelamos todo el desván y decidimos hacer del Natale's un hervidero de composición para Mariah Carey y sus elfos navideños.

—Perdón por la tardanza pero se me habían quedado los pantalones del disfraz atascados con el zapato.

Oigo sus pasos acercarse a mí y, no es hasta que está cerca, cuando me giro para verlo. Y lo que veo me deja sin palabras y también sin respiración. No es la ropa que lleva ni la manera en la que su boca entreabierta se curva en la silueta de una sonrisa, sino la manera en la que leves gotas de agua se desprenden de su pelo y caen al vacío.

Él ni se inmuta, no mueve ningún ápice de su cuerpo, pero el mío sí que lo hace, sí que reacciona a lo que ve. Le gusta lo que ve. El vello de mi nuca se eriza y me causa una sensación extraña pero placentera, como si hubiera deseado verlo durante mucho tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta, alzando su mano. Quiere colocarla sobre mi brazo, pero duda y la vuelve a colocar junto a su cadera, manteniendo las distancias.

Muevo la cabeza y salgo del ensimismamiento. Joder, ¿qué cojones ha ocurrido? ¿Por qué tengo la garganta seca y siento una presión aguda recorriéndome el pecho? Y para qué mentir, mi entrepierna también parece muy despierta.

—Sí, he recordado que me he dejado las llaves de la tienda en la cocina… Esto.. ahora vengo, ¿vale? —Miento y vuelvo a entrar en la cocina. Necesito unos segundos a solas para calmar mis pensamientos y ralentizar el palpitar de mi corazón.

Saco las llaves de mi bolsillo y finjo cogerlas de algún lado. Vuelvo casi al instante pero ha sido más que suficiente como para que mi cerebro borre el recuerdo de haberlo visto tan sumamente sexy. ¿Es lícito que mi compañero de trabajo me parezca atractivo?

—Vamos. Ya las tengo —digo, saliendo del Natale's.

El viento no tarda en azotarnos a ambos cuando nos topamos con el exterior. Él tiembla y yo disfruto del tacto arisco del frío. Me hacía falta un poquito de hélidez para rebajar la calentura de mi piel.

—El cielo está despejado. Dijeron que en unos días volvería a haber una tormenta de nieve. Por lo visto, mucho más fuerte que la última —confiesa, tratando de romper el hielo.

Alzo mi mirada y miro el firmamento de entre el que se puede entrever un puñado de estrellas dispersas.

—Sí, algo he oído. Aunque a mí me gusta la nieve. Cuanta más haya, mejores días de esquí tenemos.

Desde que volví a Jengibre, aún no había pisado la estación de esquí de la ciudad. No he tenido tiempo como para hacerlo y tampoco es que hubiera demasiado hueco para agendar un día. Todo está petado por el turismo y los extranjeros que se pasean por las calles.

—Yo nunca he esquiado.

—¿Enserio? ¿Siendo de Jengibre nunca lo has hecho?

Hugo se sorprende ante mi respuesta.

—No. Fui una vez de pequeño con mis padres y terminé empotrado contra un pino de siete metros. Desde entonces, no he vuelto a pisar la estación.

—Eso es porque no has tenido a un buen maestro —lo digo sin pensar demasiado en ello, pero, cuando pasan los segundos y Hugo no contesta, comprendo la connotación que mis palabras pueden llevar con ellas.

Debería corregirme y retractarme, pero lo cierto es que quiero que piense en la otra opción, en aquella en la que yo le enseño a hacerlo.

—Mi padre era profesor de esquí y no consiguió impedir que me estrellara. Es algo inevitable. Soy muy patoso. —Me doy cuenta de lo bien que ha evadido el tema.

—Caerse es parte de aprender.

—Lo sé, pero partirme la tibia no me va a hacer esquiar bien. —Mete sus manos en los bolsillos de su chaqueta y me fijo en que lleva la mochila en su espalda.

Llegamos a la Plaza de la Inmaculada y la música navideña llega con las conversaciones alternas, las luces coloridas y serpenteantes y un severo olor a castañas. Siento las yemas de mis dedos escocer buscando el amparo de la mano de mi padre. Intento que no se me note, porque no quiero coger la mano de Hugo por equivocación. Pero no puedo evitarlo. No puedo evitar sentirme un niño de nuevo.

Y duele.

Duele mucho saber que nunca volveré a ser ser el niño que dormía entre su dos cuerpos las noches de tormenta ni las mañanas del Día de Reyes.

—Uy, qué bien. Hay castañas, ¿quieres? —Hugo se inmiscuye entre los cuerpos de la plaza, caminando de un lado hacia el otro y pasando junto a ceños fruncidos.

No me da tiempo a responder cuando ya estamos a apenas unos pasos del puesto. Lo reconozco como si no hubiera dejado de venir. Siento la última vez que estuve aquí como si hubiera sido hace un par de días. Es familiar y se respira el mismo ambiente que hace años. Solo que no es el mismo.

—¿Puede darnos dos cartuchos de castañas, por favor? —Hugo se pone de puntillas, curioso como un niño pequeño, para ver cómo las prepara.

El hombre las mueve con esmero. Sigue igual y, pese a que ha transcurrido el tiempo, aún puedo ver la diversión del bigote que adorna el hueco entre su nariz y la boca.

—¿Noel? —No me he dado cuenta pero ha posado sus ojos sobre mí—. ¿Eres el pequeño de los Natale, ¿no?

Don Antonio esboza una ligera sonrisa y deja el palo con el que remueve las castañas apartado a un lado. Sale del pequeño puestecillo y abre sus brazos. No sé muy bien que hacer, así que me quedo laxo y tieso como un palo hasta que me da un abrazo cálido que se siente como un dulce navideño en una tarde junto a la chimenea.

—Qué alegría, hijo. Hace años que no te veo. Y tus padres… qué pena lo que les ocurrió. No he dejado de pensar en ellos en todo este tiempo. Y también he pensando en tí, campeón, en nuestra promesa. Te esperé el año siguiente, aunque sabía que no vendrías, te reservé un cartucho con las castañas más grandes que tenía. —Acaricia mi hombro con un movimiento ligero y repetitivo.

Hacía mucho tiempo que yo ya había olvidado la promesa. De hecho, no ha sido hasta que la ha mencionado, que he caído en lo que pactamos hace tiempo.

—Me alegro mucho de verte… Estás hecho todo un hombre ya. —Aprieta mi brazo con cariño y vuelve al puesto. Remueve las castañas de nuevo—: El pequeño de los Natale's… qué bien volver a verte, de verás.

—Igualmente, Don Antonio.

Sonríe nuevamente y coge un papel que enrolla en forma de cono.

—Por aquí marchando dos cartuchos de castañas… —Se los entrega a Hugo que, hasta el momento, permanece callado pero atento—. Espero que las disfrutéis durante el concierto.

—¿Cuánto es, señor? —Hugo hurga en su bolsillo y saca su cartera. Replico sus movimientos porque no quiero dejarlo que

me invite.

—Nada. Soy un hombre de palabra y, tras tantos años, me alegra que hayamos podido cumplir la promesa, Noel. —Alarga su mano y no dudo en estrechársela—. Disfruta mucho de las Navidades y recuerda venir a verme el año que viene.

—Muchas gracias. Lo haré. —Me muestro amable y vuelvo a decirle que el año que viene volveremos a vernos.

Nos distanciamos un poco y nos quedamos cerca de una esquina de la plaza. El concierto empieza en quince minutos pero nos damos un poco de tregua para poder disfrutar de las castañas sin que nadie nos pegue codazos o nos pise hasta dejarnos el dedo morado.

—Están buenísimas. —Hugo muerde el interior mientras asiente, saboreando el producto—: ¿Qué es eso de la promesa?

Si hubiera sido otra persona, hubiera sentido que se está introduciendo en un terreno pantanoso que no es de su incumbencia. Pero algo en la manera en la que lo ha preguntado y en la que me mira me hace decantarme por contarle lo que ha sucedido.

—Te dije que cuando era pequeño solía venir al concierto del coro y compraba castañas con… con mis padres. —Aún me costaba decir esa palabra; especialmente, cuando involucraba un recuerdo bonito, al cual debía tratar como lo que es, un recuerdo.

Tuerce el gesto y sé que ha comprendido que es un tema delicado. Sé que intenta frenarme y, no sé, quizás decirme que no es necesario, pero…, después de haberme enfrentado a

venir y a recordar nuestras últimas noches juntos, me siento preparado para hablar de ello.

—El último año le prometí que vendría a verlo todos las Navidades para que pudiera regalarme un cartucho de castañas por mi cumpleaños. Algo así como un regalo adelantado. —Tomo una gran bocanada de aire antes de decirlo—. Mis padres murieron pocos días después y no volví a venir. Bueno, de hecho, no volví a hacer nada relacionado con la Navidad. Dejé de decorar mi casa, decidí estudiar Contabilidad y coger un trabajo en una empresa de mierda para no quedarme aquí, en el Natale's, recordando a mis padres todo el santo día.

—Por eso odias la Navidad…

—No tiene sentido celebrar algo que conmemora a la familia cuando yo ya no tengo.

Siento como el nudo de mi estómago se ensancha y se contrae a medida que hablo. No quería haberle dado tanta información pero mi mente necesita un respiro y, expresarlo, es una manera de dejarlo ir; al menos aunque sea durante unos minutos.

—Tienes a tus tíos y a Gaspar. No estás solo, Noel.

—Ya sé que no lo estoy, pero, cuando faltan huecos en la mesa, la Navidad ya no tiene tanta gracia. —Como una castaña porque sé que, de lo contrario, dejare que las lágrimas que se han agolpado en mis ojos, salgan a borbotones. Y no quiero llorar, no delante de él, no en medio de una plaza, no durante un momento que debe ser especial.

—Lo siento mucho. —Replica el mismo movimiento que ha intentado hacer en el Natale's. Alza su mano y trata de tocarme, solo que esta vez, sí que lo hace. Deja su mano sobre mi brazo y, pese a que me tenso, son pocos los segundos que tardo en relajarme y en apreciar su contacto, su manera de reconfortarme.

El concierto empieza de fondo con *Blanca Navidad*, pero yo solo soy capaz de escucharlo a él, de verlo a él, de sentirlo a él.

—Estoy seguro de que ellos estarán a tu lado, el día de Navidad, el de Año Nuevo y todos los días del año.

Aprecio sus palabras y asiento. En mi cartucho de castañas, ya no queda ninguna, así que lo arrugo en mi puño, pero no lo tiro. Me quedo inmóvil. No quiero que quite su mano, no quiero que vuelva a alejarse. De alguna manera, me siento bien a su lado, como si tuviera superpoderes y pudiera traspasarme su luz y vitalidad a través de un mero contacto.

—Gracias, Hugo.

—No hay de qué. —Esboza una sonrisa y sus ojos se me antojan más brillantes que nunca. La luz de una luna despejada rebota en su piel y lo hace verse como un ángel, como los que haces en la nieve con la silueta de tu cuerpo, como una manzana caramelizada.

Retira su mano pero no se aleja. Y me conformo con eso.

Me conformo con poder mirarlo de soslayo y verlo disfrutar del concierto, y de la gente en la plaza, y del espumillón, y de la Navidad.

Y yo disfruto de él.

De que me haga sentir como un niño sin saberlo.

CAPÍTULO 19

QUIERO AL OTRO NOEL DE VUELTA

HUGO

Noel estaciona la camioneta no muy lejos de la puerta de mi casa. He de reconocer que no lo he pasado nada mal durante el concierto. Al principio, cuando aún no sabíamos muy bien cómo hacer de aquel momento algo cómodo, ambos estábamos tímidos, pero todo ha ido mejorando con el paso de las horas.

Pese a que hubiera pasado gran parte del día pensando en los posibles escenarios que Noel estaría imaginando en su cabeza sobre la dirección que tomaría nuestra cita, eso no me ha impedido disfrutar del rato que hemos pasado juntos.

Y no ha ocurrido nada. O, bueno, eso lo sabréis ya que él habrá contado su versión en el capítulo de antes, pero yo lo reitero. No hay ocurrido nada de nada. Solo un par de miradas

y algunas confesiones sobre su pasado que me han ablandado el corazón y me han hecho entender ciertas actitudes y pensamientos. Aunque eso no quita que actúe como un auténtico patán cuando se lo propone. Al menos hoy ha sido todo un adulto funcional con altas tasas de amabilidad y ha dejado su trabajo a tiempo completo como imbécil.

—Me lo he pasado muy bien hoy, Hugo —masculla antes de que pueda salir del coche y enfrentarme a la frialdad de la intemperie.

Me quedo quieto mientras escudriño los detalles de su cara. Las cejas pobladas, algo rubias y algo castañas, su nariz chata y sus labios brillantes, carnosos y rosados. Mantiene una sonrisa honesta mientras se conciencia de mi análisis.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Su voz me despista y me recupero de mi momento de flaqueza.

—Nada… Yo también me he divertido mucho, Noel. Gracias por el viaje y por las castañas…

—Nos vemos mañana en el Natale's. —Vuelve a coger el volante con determinación antes de que yo me decante por bajar—. Adiós.

—Adiós.

Y se marcha. Me deja en la puerta de la casa con mi mochila entre las manos y el retazo de uno de los cartuchos de castañas en el bolsillo de la chaqueta. Será el único recuerdo latente que tenga de este día.



Cuando a la mañana siguiente me encamino hacia la tienda, dudo en si debo continuar actuando como si fueramos dos compañeros de trabajo que se odian o, si por el contrario, debería de mostrar un poco más de aprecio por él. Es decir, hemos salido juntos y nos hemos divertido lejos del trabajo… Eso nos convierte en algo más que unos meros compañeros, quizás no en amigos pero, desde luego sí que deberíamos tener un trato más cercano.

Pero se ve que para él nada ha cambiado. Ni un ápice, de hecho. Abro la puerta de la cocina y mi saludo vuelve a morir en el aire cerca del horno. Él no contesta y yo no me molesto en decirle nada, siguiendo nuestro modus operandi.

—Hay más azúcar en la alacena —apunta, comedidamente.

—Vale —contesto, seco. Porque no sé lo que esperaba, pero desde luego esto no.

—¿Has dormido bien? —Se atreve a dudar al escuchar el hosco tono de mi voz.

—Sí.

Y por qué actúas así? —Coloca una figura de nata sobre uno de los pocos pasteles que servimos en el Natale's. Se agacha para hacerlo.

No puedo evitar rodar los ojos y apoyarme sobre la mesa. Hundo mis dedos en el metal, intentando calmar el pequeño instinto que me advierte que nada bueno de lo que pueda decir cambiará el rumbo de nuestra relación.

—No me has saludado, Noel.

—¿Ah no?

—No, nunca lo haces.

—No me doy cuenta. Estoy concentrado en que todo salga a tiempo. No vamos bien y tenemos que agilizar lo que podamos —repite como un mantra.

—Solo es una palabra, tardas un segundo en decirla.

—No me he dado cuenta, Hugo, joder. ¿Qué narices te pasa? —Se reincorpora y elimina el resto de nata montada de entre sus dedos.

Orbito entre todo lo que me pasa para detectar por qué me ha molestado que hoy no me haya saludado cuando llevo aquí varias semanas y no se ha dignado a hacerlo ninguna. Supongo que después de que ayer esperaba que actuase como una persona normal. No sé, quizás notar cierto cambio en su carácter.

—Me pasa que eres un borde, Noel. Un puto arisco que no es capaz ni de pararse a saludar —bramo, enfadado. Es que lo estoy, estoy muy cabreado, porque he venido reflexionando cuál sería la forma correcta de tratarlo y él parece tan… tan poco interesado en que nos llevemos bien.

—No puedo ser simpático a las ocho de la mañana. Lo siento, no me sale.

—A las doce tampoco lo eres, ni a la hora del almuerzo…, si me apuras, ni siquiera en la hora del cierre cuando estamos a punto de marcharnos a casa.

—Pero…, ¿a qué viene esto ahora? —Encoge sus hombros y frunce su ceño.

Por supuesto él no parece entender nada.

—Ayer estuvimos genial.

Una de sus cejas se arquea de una manera que se me antoja divertida pero no me río. Estoy demasiado frustrado como para hacerlo.

—Sí, lo sé. Te lo dije antes de que te bajaras de mi coche, fue muy divertido.

—¿Y qué ha cambiado ahora? ¿Por qué te has vuelto un antipático de nuevo? Joder, Noel, es que no sé con cuáles de todas tus versiones voy a hablar hoy.

—Estás hablando con la única que tengo, Hugo… No sé qué quieres que te diga. —Lo noto perdido. Es un reno descarrilado tratando de encontrar el camino de vuelta a casa, pero se sigue topando una y otra vez con el mismo callejón sin salida.

—Da igual, déjalo.

Comprendo que no podrá ver aquello que no sabe que está mal, aquello a lo que está acostumbrado. Tampoco soy nadie para exigirle mucho más, al fin y al cabo solo somos compañeros de trabajo y, aunque un buen trato por su parte facilitaría la convivencia, no voy a rogarle nada.

Un villancico comienza a sonar de fondo. No reconozco la voz pero sí la melodía. A él parece darle igual, algo que llama mi atención ya que normalmente suele quitarlos, pasar a otra canción más lúgubre y menos navideña.

—No, no lo dejo… Yo, no sé…, hace mucho tiempo que a nadie le importa cómo actúo a su lado. Supongo que todos están acostumbrados a que sea así, un antipático de manual. —Se encoge de hombros a medida que lo dice y, cuando repite mis palabras, se tensa—. Y entiendo que tú no quieras aguantarme —Noto como mi cuerpo comienza a sudar al

pensar en que lo siguiente que diga sea que me echa a la calle para que no tenga que soportarlo— pero no quiero que pienses que es algo personal, es solo que…

No dice nada más.

Alza su cabeza y sus ojos encuentran los míos en algún punto en el que él se siente perdido y yo trato de entender lo que quiere decirme.

—Intentaré dejar de ser tan arisco y empezaré a ser un poco más simpático. —Fuerza una sonrisa divertida que me hace esbozar una entre mis labios. Eso no pasa desapercibido para él que cambia de expresión, haciéndola más benevolente y alegre—: Aunque, si me sale una úlcera en el estómago por tanta alegría, será culpa tuya, Hugo.

Asiento, asumiendo las consecuencias.

Me doy por satisfecho con lo que me ha prometido y me aventuro a comenzar las tareas de hoy, simples y sencillas. Tengo memorizados todos mis movimientos por lo que me muevo por la cocina casi como un robot monitorizado, intentando hacer de mis acciones la perfección máxima. Hugo ha vuelto a sus tareas y ahora, con las rodillas flexionadas y una expresión de concentración, termina el cubierto del pastel.

Los dos nos sumimos en el silencio tan característico que nos envuelve durante el proceso de horneado y, bueno, más bien en casi todo el proceso. No necesitamos nada más que esto. Disfruto de su compañía y creo que él también lo hace de la mía, o, al menos, no pretende prescindir de ella en cuestión de días.

Ese es el tipo de relación que tenemos Hugo y yo. Una llena de silencios cómodos y tabletas de chocolate a medio hacer.

CAPÍTULO 20

DOS BASTONES Y UN PAR DE NARICES

NOEL

Son las ocho de la tarde cuando aparco la camioneta en el estacionamiento de coches. Hoy es el único día de la temporada en la que la Estación de Esquí de Jengibre estará abierta durante la noche, alumbrada por grandes focos; y, pese a que tenga algunas pistas y tramos cerrados, aprovecharé cada segundo de patinaje que pueda. La morriña está a punto de absorveme por completo.

Gaspar
¿Dónde estás?
No veo ni tres en un burro.

No sé yo si es muy buena idea que esquiémos hoy.

Como no podía ser de otra manera, Gaspar me acompaña y es que, desde que comenzamos a esquiar, siempre lo hemos hecho juntos. Esta es una de las pocas actividades que no puedo disfrutar sin su presencia. Aunque a veces me despiste con chistes absurdos o prefiera pasar tiempo con alguna monitora encargada de la estación.

Noel
En el aparcamiento.
¿Traes unos guantes de sobra?
Se me han olvidado los míos en casa.

He revisado el macuto que traigo conmigo, la guantera del coche, los bolsillos de la chaqueta y hasta la ropa interior que traigo puesta. No hay ni rastro de los malditos guantes. ¿Dónde narices los habré metido?

Cierro el coche y me encamino hacia la entrada de la estación donde una gran cabaña supone la taquilla de acceso.

Gaspar
Yo en la cafetería tomándome una birra con una de las monitoras.
Aurora, ¿la recuerdas? Nos acostamos el año pasado.
Traigo unos de repuesto, no te preocupes.
Date prisa o terminaré yéndome con ella al asiento de atrás del coche.
Hace demasiado frío como para desperdiciar el momento.

Ruedo los ojos a medida que subo la pequeña pendiente que lleva hasta la cafetería, donde mi mejor amigo me espera con el brazo rodeando a Aurora y una mirada seductiva que embelesa a cualquier ser humano de género femenino al que él intente agasajar.

—¡Noel, tío! —Se levanta y me abraza con fuerza. Pega sus labios a mi oído y me dice—: Tiene novio. Sálvame de alguna manera. —Se separa de mí y abre los ojos con esmero—. Aurora, ¿recuerdas a mi mejor amigo, Noel?

—Sí, cómo no. ¿Qué tal todo por el Natale's? Hace mucho que no me paso a ver a tu tío Enrique. —La muchacha es como todas a las que Gaspar le pone el ojo. Rubia, esbelta, alta y con un carisma embelesador.

—Estará encantado de verte por allí, Aurora. —Carraspeo y retiro mi mirada—: ¿Nos vamos, Gaspar? No quiero marcharme muy tarde, mañana trabajo.

Mi amigo chista, fingiendo una falsa desilusión y se despide de la chica con un beso en la mejilla y una promesa de verse pronto. Cuando estamos fuera y somos víctimas del frío polar que se levanta desde la nieve agolpada en el suelo, respira con profundidad.

—Menos mal. No quiero otro conflicto con más novios. El último terminó el cupo del año… —Se recoloca el gorro de la lana y saca los guantes de repuesto de la mochila que trae consigo—. Aquí tienes. ¿Cómo es que Noel Natale ha olvidado algo cuando se trata del esquí?

Desoigo el deje divertido con el que ha formulado la pregunta e intento buscar una respuesta coherente que

resuma el día de hoy y la noche de ayer.

—Tengo la cabeza en otro lugar. He tenido mucho lío en la tienda… Ya sabes, la Nochebuena está a la vuelta de la esquina —trato de sonar lo más convencido posible.

Gaspar enarca una ceja y sonríe de forma traviesa.

—¿Se supone que tengo que creerme eso? ¿Qué tal ayer tu cita con Hugo? ¿Hubo o no hubo *petting*? —Para él es tan normal preguntar este tipo de cosas que no entiendo porque, después de tantos años conociéndonos, siguen consiguiendo sorprenderme.

Intento no tropezarme con mis propios pies al escuchar la insinuación que hace mi amigo. Será cabrón. Sorteo a los pocos esquiadores que transitan la estación y llegamos a las taquillas que la familia de Gaspar tiene alquiladas durante todo el año para que podamos guardar todo el material: el casco, las gafas, los bastones, los propios esquís…

—Es mi compañero de trabajo, Gaspar. Y no era una cita. Fue muy bien.

—Bien, ¿pero…?

—Pero hoy ha habido un ambiente distinto en el trabajo. —Abro una de las taquillas y saco mis pertenencias para poder guardar el macuto.

Mi amigo hace lo mismo solo que espera algunos segundos antes de que yo termine para poder escucharme con total libertad.

—Explícate mejor, Noel —me alenta para que siga narrando lo sucedido.

Hago memoria y, pese a que ha ocurrido hace poco más de doce horas, necesito recordar cada paso y palabra que nos han llevado hasta ese punto.

—Cuando ha llegado al Natale's y ha entrado a la cocina no lo he saludado. Nunca lo hago y, sinceramente, no sé muy por qué…

—Porque eres un puto borde —añade Gaspar sin tan siquiera dudarlo.

Cierra su taquilla y, con todo bajo los brazos, nos disponemos a caminar hasta la pista habilitada para la noche de hoy. No está muy lejos pero caminamos a un paso ligero que me hace tener que tomar varias bocanadas de aire para evitar ahogarme. Estoy muy desentrenado.

—¿Tú también? —dudo, sintiéndome algo ofendido.

Si dos personas me lo han advertido, quiere decir que algo de razón tienen; y, aunque no se la quito, me permito dudarlo.

—Es verdad, tío. No eres la persona más amable del mundo, de hecho, yo no sé cómo tu tío te ha dejado a cargo de una tienda en la que el servicio al público es lo fundamental.

—Oye, yo mi trabajo lo hago a la perfección. Quizás, luego en el terreno personal, pues no soy muy agradable… no sé. El caso es que se ha enfadado porque esperaba un poco más de amabilidad por mi parte después de ayer.

—¿Qué ocurrió ayer? No hubo *petting,* pero sí beso, ¿no?

Sacudo la cabeza en negación y evado la idea de mis pensamientos. Porque, aunque no me desagrade del todo, no creo que sea una buena opción pensar en eso cuando estoy a punto de esquiar en mitad de la oscuridad.

—No hubo nada de lo que te puedas imaginar, Noel… Le conté lo que hacía con mis padres cuando llegaba el día del concierto del coro.

Podría parecer una tontería, pero nadie más que Gaspar conocía ese tipo de recuerdos. Fue especial para mí poder confiárselos a otra persona, especialmente a Hugo con el que sentía una extraña confianza que no sabría cómo explicar.

—Joder, es que el chiquillo estará hecho un lío, Noel. Primero no quieres que trabaje contigo, luego lo invitas a tomaros unas cervezas, después te haces el loco, como si nunca se lo hubieras propuesto. Él te habla de su ex y tú le das consejos. Luego vuelves a pasar de su cara durante el trabajo y, cuando te invita a ir al concierto, le dices que sí para confesarle algo que no mucha gente sabe. ¿Y qué vuelves a hacer de nuevo? Exacto, pasar de él.

De repente, siento como un peso cae sobre mis hombros y empieza a hundirme en la nieve. Acabamos de llegar al inicio de la pista. Hay cola, así que esperamos antes de calzarnos los esquís.

—No tienes responsabilidad afectiva, chaval. Y mira que yo tampoco es que presuma de tener mucha, pero al menos sé reconocerla —inquiere Gaspar con un tono de voz que pocas veces usa, el serio—. Lo que te pasa es que sientes algo por Hugo y no sabes cómo afrontarlo. Tienes miedo, Noel, y con miedo no se llega a ninguna parte.

—¿Qué…? Yo no… —balbuceo y me trabo. Me tropiezo con mis propias palabras fruto del peso sobre mis hombros, el frío del lugar y el que no comienzo a sentirme la nariz.

Los pensamientos se agolpan en mi mente a velocidades ingentes. Buscan la verdad y la razón de las palabras de Gaspar. Intentan hacerme entender por qué mi amigo piensa eso y por qué yo trato de negarlo. Porque no tiene sentido. Nada tiene sentido. Y no sé si la realidad a la que me enfrento me gusta o me aterra.

Porque sí que tengo miedo, joder. Tengo miedo de que le abra mi corazón a alguien y que todo en lo que he trabajado estos años se vaya al garete. Tengo miedo de darme cuenta de que no puedo seguir negándolo todo y odiándolo todo. Tengo miedo a darme cuenta de que mis padres nunca más volverán y de que Hugo revuelve algo diferente en mí.

—Trata a ese chico bien, Noel. Has vuelto a brillar desde que lo conociste. —Gaspar echa los esquís al suelo y los abrocha alrededor de su bota—: Además, no te vendría mal un buen meneo. Hace falta darle uso a la minga de vez en cuando.

—¿Tú crees que me gusta?

—Yo creo que te hace sentir algo que llevabas muchos años sin sentir. No sé si es amor, cariño, nostalgia o simplemente un calentón. Pero hay algo. Algo que tienes que descubrir. Deja de ser un borde y atrévete a mostrarte como eres. Molas mucho cuando eres tú mismo, Noel. —Se pone las gafas y asiente—: Ahora, si me disculpas, he visto a una pelirroja bajando y creo que puede necesitar un boca a boca.

Se impulsa con los bastones y me deja allí hecho un lío. Después de soltarme toda la chapa que me ha dado, se escapa en busca de otra chica con la que enrollarse. Y, pese a que me deja con dudas, sí que esclarece algo entre mis pensamientos.

Necesito dejar de ver la oscuridad y comenzar a ver la luz. Y no sé muy bien cómo hacerlo. Quizás es hora de volver al psicólogo. De lo que sí que estoy seguro es de que Hugo es una luz de colores en medio de la noche y un muérdago en mitad de una puerta.

PRONÓSTICO DEL TIEMPO

AVISO A TODA LA CIUDADANÍA DE JENGIBRE

¡ALERTA!

Avisamos a todos los habitantes y forasteros de la ciudad de Jengibre que durante los próximos días dieciocho y diecinueve de diciembre nos veremos bajo una fuerte borrasca de nieve que azotará cada calle. Recomendamos que hagan la compra y continúen con su vida normal hasta nuevo aviso. Sin embargo, las carreteras de acceso y salida a Mermelada, Vainilla y Canela quedarán cortadas por riesgo de avalanchas.

CAPÍTULO 21

DARTE CUENTA DE QUE QUIZÁS SÍ

HUGO

Me levanto con una sensación extraña instaurada en el cuerpo y no solo es causa del frío que ha plagado mi habitación, el cual ahora me hace coger las sábanas y taparme hasta la oreja para evitar así que siga tiritando. Da igual cuántas mantas lleve o a cuántos grados esté la calefacción, hoy hace un frío de mil pares de narices. La sensación es diferente.

La alarma está a punto de sonar pero no me voy a molestar en sacar el brazo de mi refugio hasta que lo haga. Así que disfruto de los últimos minutos de paz y tranquilidad que me quedan en los rincones tan acogedores de mi cama y, cuando el sonido estridente comienza a molestarme, decido incorporarme sobre el colchón.

Aún tengo los ojos pegados y me acompaña una sensación de estar soñando bastante importante pero eso no me impide leer los mensajes que tengo en el centro de notificaciones.

(Papá) Noel
Buenos días, Hugo.
No sé si has visto el aviso del temporal.
No es necesario que vengas a trabajar hoy.
Si quieres hacerlo, no te lo impediré.
Dime qué harás en cuanto lo decidas.
¿Has visto cómo te he saludado al inicio?

Aunque lo haya leído a trompicones y aún sienta que no me he enterado de nada, el último mensaje me hace sonreír.

Pienso en la suculenta opción de no ir a trabajar hoy y quedarme todo el día en la cama, pero la imagen de Cancún y los miles de piñas coladas que tanto deslumbran de su página web me empujan a salir de mi habitación para comenzar a prepararme.

Hugo
Buenos días, Noel.
Sí, ví ayer el aviso que enviaron desde el Ayuntamiento.
No se entendería el disfraz de Papá Noel
sin un elfo que lo ayude en sus tareas, así que iré a trabajar.
Ya veo cómo intentas enmendar tus errores ;)

Lo envío antes de echarme agua en la cara con el fin de espabilarme por completo y ser capaz de ver la pantalla de mi móvil con total nitidez. Su mensaje no tarda demasiado en llegar.

(Papá) Noel
Está bien, pero ten cuidado.
Sé que son solo apenas unos metros
pero mantente atento hasta que llegues.
Si te ocurre algo por el camino, llámame sin dudarlo
y saldré al rescate. Tengo experiencia como quitanieves.

Me carcajeo porque no puedo imaginarme a Noel subido encima de una de esas máquinas de envergadura gigantesca eliminando la nieve agolpada en el suelo, pero, si él dice que tiene experiencia, no seré yo quien lo niegue.

Hugo
Descuida.
Tendré cuidado.
Evitaré la baja laboral a toda costa, tranquilo.

Bajo a la cocina y desayuno con rapidez. Pepe es el único habitante de mi casa despierto a estas horas ya que la empresa de papá ha decidido cerrar durante los días de temporal para prevenir daños.

—¿Te llevo al curro, mocoso? —Me sirve un poco de café en la taza que no dudo en beberme de una sola sentada.

En circunstancias normales, me negaría, pero, teniendo en cuenta que hay una tormenta de nieve llamada Kevin descargando toda su ira contra Jengibre, creo que la mejor opción va a ser aceptar su ayuda y dejar que me lleve hasta el Natale's.

—Si te viene bien…

—Me voy a poner la corbata. En cinco minutos te espero en la cochera. —Deja su plato y su taza en el interior del lavavajillas y, cuando pasa por mi lado, me despeina con un deje cariñoso.



Llego a la tienda y, antes de entrar, debo luchar varias veces con la criogenización de mi mano para que no caiga en picado completamente helada en el suelo. Qué frío. Abro la reja y la puerta como puedo y me cuelo en el interior, donde me arropa con rapidez la calidez del lugar. Me percato de que huele a dulce recién horneado y sigo el aroma hasta la cocina, donde Noel está junto a la máquina de conchado del chocolate añadiéndole manteca y vainilla para eliminar la acidez.

No solo me topo con un buen humor que dista bastante de la mala costumbre, sino que además lo que suenan por los altavoces, a un volumen muy tenue pero audible, son villancicos. Y él mueve su cabeza de un lado hacia el otro siguiendo el ritmo. ¿Qué está ocurriendo?

—Ey, buenos días. No te he oído llegar —dice, girándose con una sonrisilla mientras supervisa la máquina de soslayo.

Su cabeza ha cesado el movimiento por lo que intuyo que más bien era algo inconsciente y que de repente él no se había convertido en el nuevo David Bisbal, abanderado de la magia de la Navidad; simplemente se ha dejado llevar.

Cuando me adelanto para dejar mi mochila sobre el amasijo de cajas, él orbita sus dedos alrededor de su móvil y cambia la canción con agilidad. Bien, ahora no es un villancico lo que

suena. Quizás eso también hubiese salido de forma aleatoria y él se hubiera dejado llevar por la melodía sinuosa.

Sea como sea, noto un aire cambiado en él. No solo porque me ha saludado antes de que yo pudiera mascullar siquiera una palabra, sino porque lo ha hecho con una semi-sonrisa que, si bien se asemeja más a un rostro de enfado, en él es una expresión de alegría.

—Ho… Hola, ¿qué tal? —Me coloco el delantal alrededor de la cadera y me acerco a él—: ¿Qué hago?

—No creo que venga mucha gente hoy, así que voy a hacer una tanda pequeña de tabletas y tú si quieres puedes ponerte a completar las bolsillas de polvo mágico navideño que dejamos ayer a medias.

Esas bolsitas son la perdición de cualquier adicto al chocolate. Son pequeñas redecillas que albergan en su interior 60 gramos de pequitas de chocolate blanco que saben a nubes recién cogidas del cielo y que se derriten a la perfección dentro de un vaso de leche calentita. El plan perfecto para una tarde de Navidad en la que lo único que te apetece es ver *Holidays*.

—Perfecto. Me pongo a ello.

Hago el amago de girarme pero su voz me detiene:

—Ah, Hugo, una cosa… —Me vuelvo y lo confronto. Está intentando buscar las palabras o la valentía para decirme algo —, muchas gracias por haber venido. Le diré a mi tío que te pague el doble los días de tormenta por el riesgo.

—No hace falta. —Mi madre siempre dice que peco de buenazo. ¿Por qué he dicho que no a un aumento de sueldo

que me vendría genial para adelantar aún más dinero para el viaje?

—Ya lo he hecho. Antes de que llegaras se lo he dejado caer y él me ha dicho que ni lo dude.

—Vaya…, pues, gracias. No… no sé qué decir.

¿Tanta mella habían hecho mis palabras en su subconsciente que de repente es el hada madrina de la honestidad y la amabilidad? Aunque me sorprenda, debo decir que no me disgusta esta faceta de Noel.

—No es necesario que me des las gracias. Llevas todo diciembre aquí amargado y no está de más que mi tío te recompense por aguantar tanto.

—Es mi trabajo.

—Sí, pero siempre entras veintiocho minutos antes y te vas cuarenta y tres minutos después, todo con tal de estar a mi lado hasta que yo me marcho a casa.

Hasta ayer hubiera dudado que estas palabras salieran de la boca de Noel y es que, joder, ahora es una persona completamente distinta. O, bueno, quizás estoy exagerando y el cambio no es tan grotesco pero, parece tan… amable y tan… poco imbécil.

—Pensé que no te dabas cuenta.

Sonríe de medio lado y elimina los restos de chocolate de su mano deslizándola por el delantal.

—Pues claro que me doy cuenta y te lo agradezco, Hugo, de veras que lo hago. Joder, otro me hubiera mandado a la mierda mucho antes de lo que tú lo has hecho —sentencia, sabiendo que no hay ni un ápice de mentira en sus palabras.

—Bueno, eso es que tengo mucho aguante con cretinos… Me he rodeado de muchos a lo largo de mi vida.

—Me alegro de que yo esté en tu lista negra de hombres a los que maldecir por las noches.

Se me escapa una carcajada.

No es cierto que en la noche piense en todos aquellos idiotas con lo que me he tenido que topar, pero sí que es verdad que él suele rondar mis pensamientos cuando me acuesto. Casi siempre tiene connotaciones negativas, pero, cuando recuerdo el movimiento perfecto en el que se mueve su pelo, siento algo mucho más diferente que un mero odio.

—No os maldigo, simplemente intento que la vela negra no se apague cuando haga corriente… —continúo con la broma porque, a estas alturas, en lo único en lo que puedo pensar es en cómo sus ojos se deslizan por mi cuerpo en busca de algo. Siempre lo hace pero, especialmente hoy, quiero descubrir qué es lo que desea encontrar.

Carraspea su garganta porque el silencio nos ha abducido a ambos y nos hemos quedado obnubilados por la presencia del otro.

—Bueno, será… será mejor que nos pongamos a trabajar. Hay que abrir en una hora.

Asiento y me encamino hacia la otra esquina de la cocina, lejos de él que se queda con la conchadora removiendo el chocolate.

Cuando me acerco a las pequitas de chocolate blanco no puedo parar de pensar en el momento que hemos experimentado. En el que llevamos viviendo todos estos días.

Noto que mi cuerpo se ha templado con facilidad, como si él tuviera el efecto inmediato para convertir el frío en calor. Noto mis orejas rojas y mis mejillas ruborizadas y recuerdo la forma de sus labios al reírse. Y noto que mi corazón late con mayor velocidad. También me percato de que mis manos se mueven torpes por la mesa.

Y de que el pensamiento recurrente que me ocurre durante las noches se repite de nuevo en mi mente pero esta vez no me desagrada. No me incomoda. No me hace querer arrancarme la cabeza de cuajo.

Joder, creo que quiero besarlo.

CAPÍTULO 22

AVALANCHA DE NIEVE

NOEL

La conversación con Gaspar cambió mucho en mí y, pese a que para poder transformarme por completo aún me quedaban un poco (y varias sesiones con el psicólogo), decidí empezar por lo más sencillo y lo que más me importaba en el momento: Hugo. Podría preguntarme la base en la que se instauraba esa preocupación pero lo cierto es que ni yo mismo sabría identificarala. Por eso, he decidido dejar de ser un auténtico capullo y comenzar a actuar con mayor simpatía.

Le dí las gracias a Gaspar por abrirme los ojos y le dije que lo mantendría al tanto del progreso. Él se ha limitado a sonreír y a tratar de justificar mi cambio con que estoy harto de

«hacerme pajas solo» y con que es una buenísima opción aceptar que quiero «follar como un animal» con Hugo.

Y no puede estar más lejos de la realidad en todo lo que ha dicho, pero no me he molestado en hacerle cambiar de parecer. Él pensará lo que quiera y yo estoy seguro de que esas no son mis intenciones. O, al menos, no es el incentivo de que quiera afrontar la vida de una manera diferente.

Ahora, vestido de Papá Noel y evitando colar mi mano por el interior de mi pantalón para rascarme el muslo, el cual comienza a mostrar un leve sarpullido por la tela del disfraz, me dejo caer en el mostrador, aburrido y deseando que las horas pasen para poder cerrar la tienda.

—Tenías razón. No ha entrado casi nadie en todo el día —afirma Hugo que se ha sentado sobre uno de los bancos de patas largas.

—Los habitantes de Jengibre no salen cuando hay tormenta de nieve y, al cortar las carreteras de acceso a la ciudad, es prácticamente imposible que los forasteros puedan venir a comprar un souvenir.

—Qué pena. Con la buena pinta que tienen las bolsas de polvo mágico navideño. —Suspira y mira en dirección al mostrador donde varias descansan en una bandeja.

—Coge una —le sugiero—. Total, no creo que se vendan todas hoy.

Hugo me mira con duda, queriendo asegurarse de que aquello está bien y no está a punto de cometer un acto vandálico que lo lleve a la cárcel.

Asiento, dándole permiso de nuevo y él sonríe como un niño que ha conseguido su chuche favorita. Me doy cuenta de que me encanta eso, la manera en la que se ilusiona con el detalle más absurdo del planeta. Y me gusta. Me gusta porque yo no soy así y me siento atraído por la forma en la que ve las cosas.

—Qué buenos están. ¿Quieres? —Ofrece sin pensarlo.

Acepto y vierte unas cuantas pequitas de chocolate sobre la palma de mi mano. En cuanto la textura del chocolate toca mi piel, no puedo evitar recordar uno de los momentos más divertidos de mi infancia.

—A mi madre le encantaba este chocolate. Ella le propuso a mi padre la idea de vender estas bolsas. Cuando hacíamos galletas en casa, ella y yo siempre nos comíamos las pepitas antes de echarlas y hubo un día que gastamos el paquete entero. Tuvimos que usar una tableta triturada del Natale's para poder hacerlas. —Sonrío con amargura.

Después de mucho tiempo, he conseguido no emocionarme con los recuerdos que aún mantengo de mis padres y, aunque el árbol de Navidad de la esquina aún tenga la bola con sus iniciales grabadas, ninguna lágrima sale de mis ojos al rememorarlos.

—Tu madre debía ser una mujer maravillosa…

—Lo era. Era todo lo bueno que existe en el mundo. —Reprimo las ganas de decir: «tenía la misma ilusión por las cosas que tienes tú», pero no lo hago. Me limito a comerme las pequitas—: Joder, pues sí que están buenas. Hace tanto que

no las como, que se me había olvidado la facilidad con la que se derriten en la lengua.

—¿Verdad?

En la comisura de sus labios, justo en el lado derecho, un poco de chocolate blanco se extiende sin resentimiento alguno.

—Tienes…

Antes de que pueda terminar la frase, mi mano ya ha ascendido hasta su cara, ya se ha deslizado por su mejilla, dibujando con mi dedo un círculo alrededor de sus labios. Le quito el resto de chocolate y me recreo en regresar, en apartar mi mano y romper el contacto. Porque no me apetece rehuir de él, de hecho, me apetece acercarme aún más. Pero no lo hago.



Estamos recogiendo el local cuando se escucha un gran estruendo en el exterior. Ambos nos giramos hacia la cristalera y vemos de dónde proviene el ruido. Un gran mazacote de nieve se ha desprendido de la copa de un árbol y se ha quedado enquistado en la entrada del Natale's.

—Mierda —me quejo, acercándome a la vidriera—. ¿Cómo narices se ha caído eso?

Elevo la mirada al árbol y me doy cuenta de que, o se caía la nieve, o se partiría el tronco en dos mitades. Hay mucha cantidad agolpada en sus ramas y es casi imposible que algo no ceda.

—¿Cómo se supone que voy a salir ahora? No hay forma de atravesarlo y tampoco se puede dar la vuelta.

Analizo la situación y tiene razón. No hay ninguna manera de poder marcharse. Estamos atrapados en la tienda hasta que… no sé, hasta que la nieve se derrita lo suficiente como para poder romperse.

—¿No tenías experiencia en ser quitanieves?

—Sí, la tengo, pero con la ayuda de una maquina. Ese pedazo de mazacote no puede moverse de ninguna manera, por Dios, si pesará como doscientos kilos.

—¿Y cómo vuelvo a casa? —vuelve a repetir, esta vez más alarmado.

Intento no reírme de la situación pero, joder, es graciosa.

Las orejas puntiagudas se menean cada vez que habla y el resto del disfraz tampoco le aporta una visión demasiado creíble como para no hacerlo.

Mi mente idea algo rápido y sencillo.

—Puedes quedarte a dormir aquí. Mañana, con algo de suerte, ya se habrá derretido.

No quedan muchas más opciones.

Él no puede salir con la masa de nieve, y, aunque lo hiciera, tampoco es que la tormenta le fuera a dar mucha tregua para caminar hasta su casa. Y en coche… en coche es imposible, se quedaría atascado entre las nuevas montañas que se han formado a lo largo de la mañana.

—No tengo pijama, ni cepillo de dientes, ni… —murmulla, consciente de que es lo único que le queda.

—Yo te prestaré lo que te haga falta, Hugo. No te preocupes por eso.

Lo duda durante varios segundos hasta que termina asintiendo sin otro remedio posible.

Recogemos la tienda, apagamos las luces y él se echa su mochila al hombro cuando pasamos por la cocina en dirección a las escaleras. Intento hacer memoria sobre el estado en el que he dejado la casa antes de marcharme a trabajar. No quiero morirme de la vergüenza si Hugo ve algunos calzoncillos en el suelo o calcetines sucios sobre el sofá. A veces, cuando llego del trabajo, simplemente me desnudo y me tumbo en la cama, exhausto por el cansancio.

Gracias a Dios, este no es el caso.

Cuando abro la puerta, hago un barrido visual rápido y me aseguro de que todo está en su sitio. Me hago a un lado y le doy paso a Hugo. Ahora que me doy cuenta es la primera vez que entra a mi casa, bueno, más bien a casa de mis tíos, la cual se convirtió en un hogar cuando mis padres fallecieron. No me disgusta que pulule por el salón y escudriñe cada cuadro y cada trofeo de esquí.

—Te enseñaré la casa antes de ducharnos —propongo, quitándome el gorro del disfraz de un solo movimiento. A tomar por el culo el maldito escozor.

—Está bien. —Suelta la mochila sobre el sofá y me sigue por toda la estancia.

Es una casa de dos plantas, sencilla y acogedora.

—Esto, como intuirás, es la cocina-comedor al estilo americano. La puerta junto a las escaleras es el baño de abajo

y la puerta contigua, la salita que solemos usar para almacenar ropa y para planchar. —Me giro hacia la cristalera y la señalo con la mano—: Esta es la ventana que da a la terraza de abajo desde la que se puede ver todo Jengibre.

Subimos las escaleras hasta llegar al gran pasillo que divide la segunda planta que tiene seis puertas.

—Esta es la habitación de mis tíos, aquello es mi baño, la habitación de fondo es el despacho de mi tío Enrique, la puerta de al lado de mi habitación y, por último, esta, es la habitación de invitados donde tú dormirás hoy.

Todas son del mismo tamaño exceptuando la de mis tíos que cuenta con un baño extra en uno de los lados. Quitando esa no hay diferencia entre el resto.

Él, complacido y agradecido, asiente.

—Veo que hay decoración de Navidad —Toca con sus manos una de las guirnaldas de espumillón que cuelga en el pasillo—. ¿Cómo puede el Grinch vivir aquí?

—Con mucho sarpullido.

Se ríe y yo lo hago con él porque su risa es contagiosa. No sé si es el cansancio, los nervios de que duerma en la habitación de al lado o el hecho de que le estoy enseñando mi casa, una parte de mí, que comienzo a otear su rostro al detalle. Suelo hacerlo de vez en cuando, pero no con la misma finalidad que lo estoy haciendo ahora. Joder, sus labios brillan bajo la luz artificial del pasillo y son tan… apetecibles.

¿Por qué narices quiero besarlo?

CAPÍTULO 23

CON SABOR A CHOCOLATE

HUGO

—Déjame que te de un pijama y algo para cambiarte. —Hace una pausa y piensa durante varios segundos lo que va a decir—. Quizás es un poco extraña esta pregunta y quiero aclarar que no es ningún tipo de fetiche raro… pero, ¿quieres que te deje un calzoncillo? Bóxer, yo utilizo de tipo bóxer. Estará impoluto, casi nuevo, claro. Es para que puedas ducharte y estés limpio. No creo que traigas un calzoncillo de repuesto, ¿no?

Sin pensarlo, se deja caer en el marco de la puerta en un movimiento que a mí se me antoja increíblemente sexy. Tiene los brazos largos y recubiertos de un vello rubio casi imperceptible. Son fuertes pero no por haberlos entrenado en un gimnasio, son de complexión natural y le aportan un pecho ancho que se intuye a través de la camiseta del disfraz.

—Está bien, tomaré tu calzoncillo tipo bóxer impoluto, casi nuevo. —Sonrío ante su ligero nerviosismo.

Ahora que caigo en cuenta, puede que esta sea la primera vez que veo a Noel nervioso por algo que no tiene que ver con los pedidos que se retrasan o las señoras que tardan demasiado en decantarse por un producto.

—Dame un minuto y vuelvo.

Su cuerpo alargado como un rascacielos se pierde por el pasillo en la habitación que ha dicho ser suya. Yo me quedo junto a la de invitados y dudo en si debería o no abrir la puerta. Me decanto por esperar a que vuelva. Lo hace con un pijama y la ropa interior doblada a la perfección entre sus brazos.

—Aquí tienes. Dúchate tú en este baño y yo lo haré en el de abajo. Este es más espacioso que el otro —me confiesa, tendiéndome la ropa.

—Vale. Muchas gracias.

—Deja la mochila en la habitación. Hay toallas limpias en la estantería del baño.

Me libero del peso de la mochila y suspiro aliviado. No traigo casi nada pero, después de estar todo el día trabajando, cualquier exceso me parece un mundo.

Me dirijo al baño cuando él baja las escaleras y me deja solo en la planta superior. Cierro la puerta detrás de mí y me topo con una imagen muy típica, azulejos blancos e impolutos, una bañera de dimensiones normales y tres toallas dobladas en un pequeño mueble grisáceo que rompe la sincronía de los colores.

Comienzo a desnudarme y le doy al agua, cuando la noto caliente, me meto en la bañera y agradezco que el vapor se extienda por mi cuerpo, eliminando los restos del frío que azota la ciudad junto con la gran tormenta de nieve.

Antes de cerrar la tienda, he avisado a mamá sobre la circunstancia del derribamiento y de que era imposible que pudiera llegar a casa esta noche. También la he puesto al tanto sobre la invitación de Noel para quedarme aquí a dormir. Me ha hecho prometerle que estaría bien y que, si tenía algún problema, la llamaría sin dudarlo.

Salgo de la ducha con los músculos destensados y comienzo a secarme mientras analizo todos los elementos que puedo encontrarme a mi alrededor. Champú de la marca H&S que huele a limón, gel de canela y chocolate y espuma de afeitar en forma de crema. También me topo con su perfume avainillado con toques dulces. Ahora entiendo por qué siempre huele a Navidad cuando estoy a su lado.

Me pongo su ropa y me veo ridículo. Soy un saco de patatas. Sus piernas son muchísimo más largas que las mías por lo que intento caminar sin tropezarme con la tela que sobra del pantalón. La parte de arriba me viene algo mejor pero aun así debo doblar ligeramente las mangas de la sudadera para poder sacar las manos.

Abro la puerta del baño y camino hasta la habitación de invitados, observando cómo se mueven los renos que decoran los calcetines que Noel me ha dejado. Sin darme cuenta me choco contra algo macizo y húmedo. Me separo por el impacto

y me toco la nariz. Reparo en que lo que veo es piel, piel desnuda, blanquecina y con gotitas deslizándose por ella.

—¿Estás bien? —pregunta su voz.

—Esto, sí… Perdón iba mirando las musarañas.

Noel sonríe y yo deslizo mi mirada por su cuerpo. Sus piernas están tapadas por una toalla blanca que lo recubre desde la cadera, dejando solo su torso al descubierto. Me fijo en sus pectorales levemente definidos y en el lunar que tiene en el costado, justo bajo la axila. Me percato del vello que se pierde por el inicio de la toalla y trago con dureza, apartando mis ojos de él.

Joder, qué bueno está.

Tiene el pelo mojado y alborotado, como si hubiera pasado su mano descuidada por el embrollo de cabello.

La comisura de sus labios se eleva con picardía cuando se da cuenta de que lo estoy oteando con tanta precisión.

—Te queda bien mi ropa, en especial los calcetines. Van acorde con tu espíritu navideño —replica, consiguiendo que mi temperatura corporal se eleve ante su voz.

Mi respiración se acelera y debo morder mi labio inferior para no decir las miles de guarrerías que estoy pensando en este momento. Porque me da igual los renos, el trabajo y todo lo que pudiera acarrear, me muero por arrancarle la toalla de cuajo y besarle con intensidad contra la pared del pasillo.

—Me he olvidado el pijama en la habitación. —Señala detrás de mí—. Voy a vestirme antes de que me resfríe.

—Yo… voy a —Trato buscar alguna excusa para no decir que tengo un calentón enorme que me recorre el cuerpo de

principio a fin— soltar esto en mi mochila.

Noel asiente y me adelanta. Su brazo aún mojado por el agua de la ducha roza con el mío.

—¿Qué quieres cenar? Creo que hay dos pizzas en el congelador, ¿te apetecen?

—Depende, ¿tienen piña? —Enarco una ceja y acudo al hemisferio contrario de mi cerebro. Busco la diversión y el chiste para rebajar el calor.

—No, por Dios, ¿por quién me tomas? Nunca haría algo así, qué asco. Son de cuatro quesos y barbacoa.

Vuelve a girarse y yo lo vuelvo a analizar de nuevo. Y joder, me reitero. Qué buenas vistas tengo delante de mí. Él se da cuenta de que lo hago pero no dice nada, simplemente me deja imaginar escenarios ficticios en mi mente.

—Es imposible estar así contigo, Hugo… —masculla con un tono de voz que se me antoja rasposo y grave.

—¿Estar cómo…? ¿A qué te refieres?

Toma una bocanada de aire, lo sé porque su pecho se hincha y luego se relaja antes de hablar.

—Estar aquí tan cerca de mi habitación mientras me miras de esa manera. Y no sé si me merezco decir esto o si a ti te importa, pero creo que por la rojez de tus mejillas, tú también estás imaginándote lo mismo que yo.

Comienza a encaminarse hacia mí y noto cómo mi corazón comienza a bombear sangre con mayor agilidad. Soy como una olla a presión que está a punto de estallar.

—¿Qué te estás imaginando? —barbullo, haciéndome el loco, mintiendo y sintiendo como mis orejas se acaloran más y

más.

—Algo que nos dejaría muy lejos de ser compañeros de trabajo… —Parece que va a callar pero añade algo más—: Y no sé si estaría bien hacerlo, Hugo. La verdad es que contigo nunca sé lo que está bien o lo que está mal.

—Noel… —susurro cuando se detiene a penas unos centímetros de ti—, tú y yo nunca hemos sido compañeros de trabajo.

Sonríe y coge entre sus dedos los cordones que rodean el gorro de mi sudadera. Una leve gota discurre de su pelo y cae sobre mi nariz, dejando un rastro parecido al de la baba de un caracol. Huelo su perfume a canela y él huele su gel sobre mi cuerpo.

—Estás mucho más guapo sin el disfraz de elfo.

—Tú estás mucho más guapo sin ropa…

Esta vez soy yo el que me acerco. Dejo caer mi frente sobre la suya y nuestros labios quedan a escasos palmos de tocarse. Lo estoy deseando. Estoy deseando hacerlo y deshacer el nudo que tengo atorado en el centro del estómago.

—Aún llevo algo que me cubre.

Bajo mi mirada hasta la toalla blanca de la que se puede intuir una erección contundente. Llevo mis manos hasta el nudo y lo deshago con cuidado y con algo de miedo de cagarla.

—Eso ya no es un problema —anuncio, dejándola caer sobre el suelo.

Noel está desnudo delante de mí y no le incomoda para nada que pueda percibir cada arista y recoveco de su cuerpo.

De hecho, se jacta de ello, riéndose con una prepotencia que no me importaría quitarle de la cara.

—¿Qué vas a hacer ahora, Hugo?

—Estoy esperando a que hagas algo tú —lo desafío.

Él no tarda en aceptarlo y repiquetea sus dedos contra el dobladillo de mi sudadera. En un movimiento rápido la saca de mi torso y me observa, sintiéndose orgulloso de lo que ve. Solo quedan mis pantalones y una fina línea de cordura a la que me sostengo para no lanzarme contra sus labios.

—Nunca pensé que el traje de elfo pudiera esconder todo esto. —Esboza una sonrisa ladina que me supo a lujuria pero también a delicadez.

—Idiota. —Acudo a taparme pero él me frena antes de que pueda hacerlo.

Coloca sus manos en mi pantalón y juguetea con el botón. Quiere recrearse pero su erección, palpitante y grotesca, no le deja desnudarme con lentitud. Porque aunque quiere hacerlo y estudiarme de arriba abajo, el deseo arde en nuestras pieles, buscando consumirse lo antes posible.

Elimina lo único que me impedía mostrarme tan vulnerable ante él y aunque pueda resultar un poco chocante, Noel cubre mi espalda con sus brazos, atrayéndome a su cuerpo. Nuestros miembros se rozan cuando nuestros labios quedan a milímetros el uno del otro. Siento su respiración acompasándose con la mía y eso me pone aún más nervioso.

—Creo que si no te beso ahora mismo, me voy a volver loco —confiesa, clavando su iris sobre el mío.

Su pelo, aún mojado, se mueve a un ritmo parsimonioso.

—Hazlo, Noel. Eso y todo lo que venga después. Házmelo ya.

Si algo he podido observar de Noel es que le encantan los retos. Los toma como terrenos personales y lucha por conseguirlos con todo lo que tiene. Por eso, cuando merma la lejanía entre nuestras bocas no me sorprendo. Lo hace con rapidez, buscando mi sabor y mucho más de lo que oculto. Su lengua se entrelaza con la mía en un juego lascivo que me está poniendo cada vez más cachondo.

Caminamos a trompicones por el pasillo. Nuestras pieles se enreda y mis dedos se aferran a las hebras de su pelo para impedir que pare de besarme. Porque ahora que le he encontrado el sentido a sus labios, siento que no quiero que esto acabe.

Llegamos a su habitación a un paso ansioso y un tanto irregular. En la senda que dirige hasta su cama, mis pies se encuentran con sus zapatos y caigo al suelo. Debido a que su mano danza por mi cadera y las mías se agarran a su nuca, él también cae encima de mí.

—Joder —se queja cuando rozamos la frialdad del suelo—. Todo estaba siendo demasiado perfecto.

—¿No podías haber dejado los zapatos en otro lado?

Enarca una ceja a la par que sube su mano por mi abdomen hasta colocarla junto a mi cara sobre el suelo para poder elevar su cuerpo y observarme con plenitud.

—Lo siento pero no entraba en mis planes traerte a mi habitación.

—¿Ah, no? Pues te ha salido el tiro por la culata.

Expulsa una carcajada divertida que destensa el deseo de nuestros cuerpos.

—A veces, los planes salen mal… y yo no puedo quejarme de tenerte así. Ni en mil vidas te hubiera imaginado desnudo en este lugar.

Su voz suena con tanta honestidad que, si no fuera porque siento su miembro aún duro restregándose contra el mío, me habría ablandando el corazón.

—¿Dónde me hubieras imaginado, Noel?

Noto que su corazón late con rapidez, al igual que el mío; está nervioso, ansioso y sigue bombeando sangre que eleva las temperaturas de nuestros cuerpos.

—En un lugar lejos de mi casa y de mis zapatillas del trabajo. En un lugar entre el invierno y la primavera. No sé, Hugo, desde que te conozco siempre te he imaginado lejos de todo lo que tienes aquí, incluso de mí.

—No voy a marcharme a ningún lugar, Noel. —No sabría explicar el porqué, pero siento que eso es justo lo que necesitaba escuchar. Necesitaba aferrarse a algo antes de dejarse llevar.

Sonríe y vuelve a besarme, esta vez con mayor lentitud. Siento una descarga eléctrica en la entrepierna justo cuando me coge entre su cuerpo. Rodeo su cadera con mis piernas y sigo devorando su boca cuando me lanza sobre la cama y se coloca sobre mí.

Juraría estar a punto de explotar. Mi dureza está a punto de dejar salir todo lo que cohíbe. Él mueve su cadera, sabiendo lo

que eso crea, una fricción entre nosotros que me arranca unos cuantos gemidos.

—¿Qué te gusta, Hugo?

«Tú» quiero responder pero me limito a morderle el cuello y a inhalar los restos del gel con el que ha embadurnado su cuerpo. Me gusta como sabe.

—Todo lo que me hagas, Noel.

Eso es suficiente para que su cabeza baje hasta mi miembro y entrelace su lengua con el glande. Se deleita con todo antes de devorarme. Arqueo mi espalda cuando siento una punzada de placer expandirse por mi cuerpo. Jo-der. Sube y baja sus labios alrededor del tronco y yo me vuelvo a agarrar a su pelo dorado, mojado, desordenado y a dos aguas. Aumenta la velocidad y se ayuda con su mano y yo jadeo su nombre entre susurros.

—Me voy a… —Antes de que pueda terminar de decirlo, frena su movimiento y alza su mirada para deleitarse con lo que ha conseguido. Llevarme hasta ese punto.

—Aún no. No hemos empezado.

Repta por mí torso y me besa, acogiendo entre sus manos mis piernas y dándome la vuelta sobre la cama. El calor me inunda y me sofoca cuando siento su lengua dando tumbos por mis glúteos, preparándome y abriéndome para todo lo que va a ocurrir. Siento su saliva adentrándose y muerdo la sábana con mis dientes para evitar jadear una y otra vez. Me siento tan preparado, tan abierto, tan cachondo que ni siquiera la fricción del colchón contra mi polla es capaz de saciarme.

Lo necesito ya dentro de mí.

—¿Estás preparado, Hugo? —susurra en mi oído mientras extiende la mano y alcanza algo del primer cajón de la mesita de noche. Es un bote de lubricante y un preservativo que se pone con una destreza asombrosa—: Voy a ir poco a poco. Avísame si te duele y paramos.

Asiento y dejo que su dedo siga el sendero de mi médula hasta llegar a mi apertura. La punta de su dureza ejerce presión sobre mi glúteo y se va adentrando poco a poco en mí. Siento un dolor que pronto se transforma en una sensación placentera aun cuando está a mitad del camino.

—Noel…

—¿Sí? ¿Estás bien?

Termina de introducirse en mí y expulso un gemido que reverbera en las cuatro paredes de la habitación.

—Fóllame. Fóllame ya.

Empieza a un ritmo lento, copioso y que se me hace tortuoso. Lo necesito rápido y fuerte o de lo contrario explotaré por los aires. Parece que su mente lee mis pensamientos y acelera las embestidas. Estoy boca abajo en la cama pero pronto eleva mis caderas con sus manos, haciéndome flexionar las rodillas sobre el colchón. Nuestras pieles suenan a la perfección y sus gemidos se entrelazan con los míos. Dirige su mano hasta mi miembro y me acaricia.

—Date la vuelta —me ordena—. Quiero verte la cara.

Pese a que me lo ordena, es él el que controla mis piernas. Es Noel el que pone mis tobillos sobre sus hombros cuando vuelve a introducirse en mí. Esta vez ya nada duele. Es solo

placer lo que siento cuando despega mis rodillas y escupe sobre su mano antes de deslizarla por mi masculinidad.

Y no sé quién llega antes. Si él o yo. No sé si afuera alguien se enteró. Si la tormenta de nieve fue la única partícipe de lo que ocurrió aquella noche.

Noel se tiende sobre mi pecho y el cansancio nos agita a los dos hasta que caemos rendidos ante la lujuria, las respiraciones aceleradas y pensando en algo que acaba de comenzar y que ninguno entiende a la perfección. Algo en la manera en la que me siento en casa cuando su piel cálida entra en contacto con la mía me tranquiliza.

CAPÍTULO 24

UNA VISITA PROGRAMADA

NOEL

La luz se cuela en la habitación filtrada por la ventana. Mi brazo está alrededor de su cuerpo y es que, en algún momento de la noche, él se ha girado y mis manos no han parado de buscarlo hasta que han conseguido abrazarlo. Estamos desnudos y su espalda pega contra mi pecho, encaja a la perfección, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Me muevo con sutileza para no despertarlo y abro el armario en silencio. Saco una camiseta blanca de manga corta y unos pantalones vaqueros simples con una correa en las hebillas. Salgo de la habitación y me visto en el baño. Aclaro mi cara con agua para poder deshacer el embrollo que se ha creado en mi cabeza.

Nos encontramos en el pasillo durante la tarde, justo después de ducharnos. El plan era sencillo: cenaríamos dos pizzas y nos acostaríamos, cada uno en una cama. En ninguna brecha de lo que planeaba entraba el enrollarnos como dos animales salvajes y terminar durmiendo abrazados.

Pero no me quejo. No puedo quejarme porque hemos tenido un sexo buenísimo y, si no fuera porque el Natale's debe abrirse, me quedaría bajo las sábanas con él buscando un segundo ataque. Porque me apetece más de él, con lo de anoche no tuve suficiente. Porque durante las horas que estuvimos besándonos, en mi mente volvió a colarse la luz y se esfumaron los fantasmas y las preocupaciones.

Bajo las escaleras y llego a la planta principal. Nunca lo hago pero, estoy tan contento y me siento tan bien, que hoy sí que lo haré. Enciendo las luces del árbol de Navidad que tenemos en casa y también le doy luz a los integrantes del Portal de Belén que descansan en la entrada.

Quizás Gaspar tuviera razón y lo único que necesitaba era dejarme de pajas y echar un polvo. Pero nada de lo que Hugo y yo hicimos ayer por la noche se puede resumir a eso. No fue solo un polvo. Fue mucho más. Como una redención llegando a su fin. Como un pacto sellándose.

Para mí fue como volver a sentir algo más que pena y lamento. Volver a experimentar el deseo, la pasión, el nerviosismo, la empatía. Volver a sentirme vivo de nuevo.

Me aseguro de que la cafetera esté llena antes de ponerla en la vitrocerámica. Saco un poco de pan y lo empiezo a tostar mientras cada fotograma del día anterior vuelve a mi mente. Y

no son las imágenes en las que me sentía parte de él las que se discurren por mis pensamientos. Son sus sonrisas nerviosas, el vello de mi brazo erizándose cuando sus dedos se perdían por mi pelo, es su respiración lenta, sus miradas, la forma en la que mis manos sabían dónde colocarse en la anatomía de su cuerpo. Recuerdo el caminar de su dedo en mi espalda dibujando formas infinitas indescifrables.

—Buenos días —saluda antes de bostezar.

Está en los pies de la escalera con mi ropa y los ojos aún pegados por el sueño.

Las tostadas saltan y la cafetera comienza a chillar pero yo solo puedo fijarme en él. En él y en lo bien que le queda la Navidad a su alrededor, en el espumillón de la barandilla, en las bolas del árbol, en las luces que lo rodean.

Hugo es una obra de arte y yo no puedo dejar de admirarlo. ¿Desde cuándo soy tan romántico? ¿Desde cuándo no observo a alguien? ¿Desde cuándo es él el que se pasea por mi mente?

—Hola. ¿Qué tal has dormido?

Se acerca a la isla de la cocina con cierta timidez que a mí consigue hacerme sonreír.

—Muy bien. ¿Y tú?

Quiero destensar el ambiente y no hacer de esta mañana un paseo de la vergüenza. Así que, mientras saco las tostadas y sirvo dos tazas de café, me adelanto a responderle:

—Bueno…, cuando has dejado de moverte y has encontrado la postura, he podido descansar. —No es mentira que haya tardado más de una hora en encontrar su lugar en mi cama, pero tampoco es cierto que eso me haya impedido dormir.

Me percato de cómo se enrojece y hace una mueca de culpabilidad.

—Aunque he estado muy calentito abrazado a ti —añado, restándole importancia al resto.

Las comisuras de sus labios se alzan y yo reprimo el pensamiento de besarlo, de saborear su sonrisa. La situación aún es tensa y extraña, no quiero empeorarla con besos no deseados.

—Gracias por dejarme dormir aquí, Noel. —Se sienta en el banco junto a mí y acepta mi taza de café.

—La tormenta ya ha amainado y han podido quitar la nieve de la entrada hace una hora.

—Menos mal. Enrique nos mataría si el Natale's permaneciera cerrado durante un día entero. —Bebe un sorbo de su taza y yo replico su movimiento, dándole la razón.

Al levantarme, mi móvil tenía una notificación permanente del calendario.

—Hoy tenemos algo especial en la tienda. Los niños de un colegio de Canela vendrán a visitarnos. Estaremos cerrados toda la tarde para poder enseñarle el proceso de preparación de las tabletas de chocolate —le digo, untando un poco de mantequilla sobre mi tostada.

—¿Una excursión?

—Sí, algo así… Había pensado que tú podrías ayudarme a enseñárselo todo.

—Claro, te echaré una mano aunque no conozco muy bien el proceso. Creo que nunca me he encargado yo de hacerlo.

Tiene razón. Suelo bajarme un poco antes de que llegue para ponerme yo con él. Las tabletas de chocolate son el *bestseller* del Natale's y siguen unos procesos muy concretos que no se pueden saltar. Por eso siempre las hago yo.

—Podrás ser mi co-guía. Confío en que sabrás hacerlo bien. —Mi mano toca su rodilla en un intento de aportarle seguridad, pero lo único que consigo es que él dé un respingo, nervioso e inesperado.

Carraspea y bebe un poco más de su taza.

Soy consciente de que deberíamos de hablar sobre lo que ocurrió anoche pero no soy capaz de hacerlo ahora, no lo haría con claridad, aún sigo obnubilado por todas las caricias y los besos y…, por qué no decirlo, los gemidos.

—¿Te parece si me marcho yo? Quiero empezar cuanto antes a hornear. —Cojo mis platos y los dejo en el fregadero—: Tú desayuna tranquilo y, cuando termines, bajas. Te espero.

Me marcho de casa con ganas de darle un beso en la mejilla.



—Pasad todos —les dice la profesora mientras mueve su mano hacia el interior de la tienda. Los cuenta cuando Hugo cierra la puerta y se asegura de que no falte ninguno—. Cuando quieras. —Me alenta para comenzar con mi discurso.

Choco mis palmas para embravecerme y miro a Hugo que, expectante, aguarda mis palabras.

—Buenas tardes y bienvenidos al Natale's. En esta tienda se hacen las mejores tabletas de chocolate de toda España y hoy

os enseñaremos mi compañero Hugo y yo, todo su proceso. Me llamo Noel y soy el encargado de guiáros por la tienda el día de hoy. Pero, antes de todo, os daré un poco de historia para que entendáis nuestro recorrido… El Natale's se fundó en el 1980 fruto de una pasión por el chocolate y el dulce. Esto comenzó siendo una simple fábrica familiar de chocolate pero poco a poco se fue transformando en una tienda de compra. Esto que véis aquí es la zona del cliente, donde exponemos los productos, las tabletas, los muffins, los pasteles y todo lo que vendemos.

Un niño pelirrojo alza la mano.

—Dime.

—¿Conoces a Willy Wonka? Él también tiene una fábrica de chocolate… aunque no sé muy bien dónde está.

Por la seriedad de su expresión puedo adivinar que no es una gracia, sino que lo dice totalmente en serio. Y, si no me gustaran tan poco los críos, admitiría que me ha provocado mucha ternura escucharlo.

Mis ojos buscan la mirada de Hugo que sonríe complaciente con una dulzura que me ablanda aún más el corazón.

—No, no tengo el placer de conocerlo pero aquí hacemos más o menos lo mismo… Tabletas de chocolate y secuestrar a niños que se han portado mal durante el año. ¿Tú has sido bueno?

Arruga su ceño y mira a su profesora con terror. Ella lo anima a contestar y él se limita a encoger sus hombros y a decirme:

—Creo que sí. He compartido todas las gominolas con mi hermana y no me he hecho casi pipí en la cama este año.

Eso me arrebata una sonrisa y es que la sinceridad de los niños será algo que siempre me asombrará. ¿En qué momento de la adolescencia comenzamos a tener tanta conciencia de nuestras palabras? ¿Será ese el precio que debemos pagar a cambio de crecer?

Asiento y continúo con la visita.

Recuerdo cada una de las palabras que mi tío Enrique suele decir en pequeñas excursiones como estas y saco a relucir una de las pocas cosas que heredé de papá: la labia. No suelo exponerla al resto muy a menudo pero, en ocasiones así, soy el primero en sorprenderme al escucharme emplear tantos conectores.

Llegamos a la cocina y me echo hacia un lado para que puedan ver toda la maquinaria.

—En primer lugar tenemos la prensadora en la que unimos la manteca de cacao y el polvo de cacao en cubos separados, impidiendo así que se junten durante el proceso. Luego, lo pasamos a la amasadora donde los mezclamos con el licor de cacao, la manteca, el azúcar, la leche en polvo y los aditivos pertinentes. La refinadora se encarga de reducir el tamaño de las partículas y le da una textura suave y sedosa típica del chocolate que consumimos. El siguiente paso es la conchadora en la que eliminamos la acidez y le añadimos la vainilla. Las templadoras son fundamentales y es que en ellas enfriamos la sustancia y estabilizamos los pequeños cristales de chocolate. Una vez lo tenemos todos, el moldeado y el empaquetado es el

último paso. Como bien podéis ver, tenemos varias formas: las simples y las de Papá Noel y su elfo.

Todos se han quedado ensimismados con las máquinas y, lo cierto es que no es para menos. Una tableta de chocolate es la cosa más banal que podemos encontrarnos en una despensa, sin embargo, tiene un proceso de fabricación largo y tedioso, el cual odio con toda mi alma, aunque soy consciente de lo que significa el chocolate Natale. Sé que es la huella de mi familia, un eco aún vivo de mis padres. Por eso sigo aquí, en la tienda enseñándole los hornos a este grupo de niños.

—Y bien, hasta aquí todo… —anuncia Hugo cuando termina de explicarles la diferencia entre una magdalena y un muffin—, ¿alguien tiene alguna duda?

Mira hacia ambos lados y se topa con otra mano tímida. No es el chico pelirrojo, es una chica con unas coletas rubias infinitas.

—¿Os coméis el chocolate que sobra? —murmura, vergonzosa.

—No, pero… como sabíamos que íbais a venir, os hemos preparado unos regalos recién salidos de la fábrica. —Se gira y les enseña las bolsitas que solemos regalar a las visitas escolares con una tableta tradicional, un muffin de chocolate blanco y unas bolsitas de polvo mágico de chocolate.

La ilusión se ilumina en las miradas de todos cuando comenzamos a repartirlas. No esperan a llegar a casa y algunos catan los productos antes de irse.

—¡Qué bueno está todo! Le diré a mami que me compre más chocolate de aquí —murmura uno de ellos.

La profesora se acerca a nosotros y nos agradece la paciencia durante la excursión. Han sido bastante tranquilos en comparación con otros niños que no han parado de chillar y revolcarse por el suelo durante las visitas.

Cuando se marchan, la tienda se sumerge en un silencio sepulcral que decidimos no romper, al menos, durante algunos minutos.

—Se te dan bien los niños. Serás un buen padre, Noel.

Hugo coge su mochila y se la cuelga a sus espaldas, asegurándose de que lleva todo lo necesario en su interior.

—Odio a los críos.

—Parecía todo lo contrario. Tienes mucho material de padrazo.

—Qué horror.

—¿No te gustaría tener un mini Noel correteando por aquí? —Se acerca un poco más a mí y huelo los dejes de mi gel aún impregnados en su piel.

No escucho lo que me dice porque estoy muy concentrado en el movimiento de sus labios y como de apetecibles se me comienzan a antojar.

—Si ese mini Noel viene ya criado, sí. No quiero aguantar llantos a las tres de la madrugada —afirmo, analizando su expresión. Parece entretenido aunque tampoco podría decir la diferencia entre la burla y el desconcierto.

—Se lo puedes pedir a Papá Noel… quizás te conceda el deseo.

Sonrío y tiro el papel con el que he secado el menaje a la papelera que tengo a mi lado.

Hugo parece esperar mi respuesta pero sé que, si se la doy, se marchará a casa y lo único que me apetece ahora mismo es volver a dormir con él. Volver a sentir las luces de colores brillando en mi estómago.

—No he pedido nada por Navidad. Llevo muchos años sin hacerlo —confieso, desviando el tema a otro lugar en el que podamos prolongar este momento.

—¿En serio? ¿Qué gracia tiene la Navidad entonces si no pides ningún regalo? —Algo parece acudir a su mente con rapidez.

—Ninguna. La Navidad no tiene ninguna gracia.

—Tú tampoco es que seas el payaso de circo en cuanto a animación.

—Touché.

Recoloca su mochila y mira hacia la puerta de nuevo.

—Venga, marcharte ya antes de que oscurezca aún más. —Me cuesta mil vidas poder decir lo contrario a lo que piensa mi cabeza, a lo que siente mi corazón.

—Nos vemos mañana, Noel.

Se acerca a mí y, cuando su mano se enreda en mi nuca, comienzo a sentir un nerviosismo que me hace imaginar la escena antes de que ocurra. Un beso. Un beso impresionante que nos vuelva a llevar de nuevo a las sábanas de mi cama y nos vuelva a mantener cerca el uno del otro durante la noche.

Pero no.

Sí que ocurre un beso, pero es escueto, ligero y se disipa en el aire. Sus labios se impregnan en mi mejilla. Y cuando se

marcha es como si hubiera sido mentira, como si nunca hubiera estado aquí, como si no hubiera ocurrido nada.

CAPÍTULO 25

TU TORSO DESNUDO NO AYUDA EN NADA

HUGO

Los recuerdos vívidos de mi memoria no me abandonan cuando me marcho del Natale's, tampoco lo hacen cuando duermo, ni siquiera cuando me despierto al día siguiente, solo en mi cama, buscando su cuerpo al otro lado cuando siento que el frío me invade. Tengo tan presente la manera en la que sus besos delimitaban el comienzo y el final de mi cuello que debo echarme agua fría sobre la cara cuando vuelvo a imaginarlos sobre mi piel, ardiendo y deseosa de saber un poco más de él. No ayuda que los restos de su gel aún estén sobre mí, acechándome y haciéndome volver de nuevo al mismo momento. Una y otra vez.

¿Qué ha hecho Noel en mi cabeza y por qué narices mi cuerpo parece reaccionar con tanta liberación cuando estoy a su lado? Mentiría si dijera que no me he imaginado queriendo más de él, probando más de sus labios, perdiéndome entre todas las aristas de su cuerpo que aún no conozco. Pero está mal. Está fatal. Es mi compañero de trabajo y no puede volver a ocurrir. Ha sido una noche de pasión que ha terminado ahí.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que terminarías enrollándote con él! —grita Judith por el teléfono cuando decido llamarla de camino al trabajo—. Todas esas negativas solo eran mentiras para autoconvecerte de que no te gustaba tu jefe. ¡Por dios, Hugo, si está tremendo! Dí que sí. Qué bien comes, hijo mío.

No soy capaz de desmentir sus palabras porque Noel está como un queso, pero me preocupa que haya detectado cierto autosabotaje en nuestras conversaciones anteriores porque me mantengo firme en lo que dije, sigo pensando que todo será un cúmulo de sentimientos confusos que no llegaremos a desenredar nunca.

—Da igual como esté. No puede volver a ocurrir más.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Tú sabes el tiempo que llevo queriendo yo que te eches un novio macizo después de todos las personas de atractivo cuestionable con las que has salido?

El computo de esas personas viene a ser la unidad de dos: *él* y un tío random que de fiesta me metió la lengua hasta la campanilla y yo, tonto de mí, tardé más de cinco segundos en apartarlo.

—Es mi compañero de trabajo, el hijo del dueño del Natale's. Si algo se tuerce, al que echarán a la calle es a mí, Ju, y

todavía tengo que pagar el maldito viaje —reitero por si no había quedado claro las setecientas veces previas que lo había dicho.

—¿Tan mal besas como para que te sientas amenazado con un despido inminente?

Me carcajeo y muevo la cabeza. Ella no puede verme pero estoy seguro de que ha sabido adivinar mi reacción casi al instante.

—¿Por qué no pruebas a pensar menos y a dejarte llevar? Si Noel te atrae y tú a él también, ¿por qué no dar rienda suelta a la pasión? Sentid la magia de la Navidad... —Precisamente por lo mucho que la conozco sé que no ha continuado diciendo el lugar por el que debíamos sentir esa magia de la que tanto habla.

Llego a la tienda y me despido de ella antes de cruzar bajo la reja que permanece medio abierta. Judith se despide con la promesa de que volveremos a hablar pronto, además me alenta una vez más a abalanzarme sobre la boca de Noel.

—Buenos días —saludo como de costumbre cuando entro y me topo con la nada.

Oteo a mi alrededor y no escucho ningún ruido pese a que sí que puedo oler los primeros horneos aún desde el mostrador.

—¿Hay alguien? ¿Hola? —repito, caminando con lentitud.

Mi mente se inunda de miles de escenarios posibles entre los que destaco un desmayo y un posible intento de secuestro, pero todos se disipan de mi cerebro cuando escucho el curso de un grifo echando agua cerca de mí. Le sigue un sonido de frote, como si alguien estuviera friccionando una tela.

Viene del baño. La puerta está cerrada casi en su totalidad exceptuando la leve rendija desde la que sale la luz del interior. Me agacho frente a ella pero no veo nada así que, con el poco valor que me queda, decido abrirla.

Y la imagen que recibo juega en mi contra. Muy en mi contra. Como si mi cerebro comenzara a cortocircuitar y no pudiera eliminar las escenas que transcurrieron en su habitación hace poco más de dos noches.

Noel está con el torso desnudo frente al grifo en el que ha extendido una camiseta que está completamente mojada. Si quería eliminar algún resto de la tela, ha conseguido el efecto contrario. El hecho de que lo poco que le cubre esté sobre sus manos implica que la mitad de su cuerpo está al descubierto frente a mí… y sus pectorales semidefinidos se me antojan apetecibles.

Siento la tensión agolpándose en mi entrepierna y debo tomar varios pasos hacia atrás para conseguir que el aire vuelva a expandirse por mi cuerpo y relaje mis instintos primarios que me animan a abalanzarme sobre él sin miedo alguno, aún siendo una pésima idea.

—Ey… Me he manchado la camiseta con chocolate caliente y he venido corriendo a quitármela porque me ardía el abdomen. —Baja su mirada y yo lo hago con él hasta toparme con una leve quemadura en la zona de su costado—. Estoy bien…

—¿Tienes crema antiquemaduras? —Eso es lo único que me sale decir. Porque es muy complicado hablar con el tío con el que te acabas de enrollar y con el que has decidido no volver a hacerlo mientras está sin camiseta y te mira de esa forma que

te hace sentir como el último bombón en una caja de Ferrero Rocher.

Asiente.

—Está en el botiquín de la cocina.

—Voy… a por ella.

Me retiro y trato de no recrearme demasiado en la imagen que acabo de presenciar porque estoy a punto de volver arrastrándome por el suelo y comerme algo mucho más que mis propias palabras.

Cuando vuelvo con la crema, él ya ha desistido en el intento de quitar el chocolate y simplemente aguarda a que regrese con lo único que podrá alivarle la quemadura.

—¿Esta? —Alzo el pequeño tubo arrugado con una pegatina amarilla.

—Sí. Muchas gracias.

Se lo paso y él abre el tapón, esparciéndose un poco por sus dedos. Decidido y con la crema en sus yemas la extiende por la zona afectada, sin embargo el escozor le hace soltar un jadeo descontrolado.

—Joder, cómo pica —añade, mirándose en el espejo.

—Déjame. Yo te ayudo. —Es como si de repente necesitara tocarlo de nuevo aunque fuera de esa manera tan poco presuntuosa y sexy.

Él acepta porque sabe que de lo contrario rabiará durante el resto del día con esa sensación de ardor en su abdomen. Y yo trato de evitar mostrarle el temblor con el que mis manos recogen el tubo de crema al pensar el destino que tienen.

—Con cuidado, por favor. Escuece como su puta madre —advierte, enredado sus dedos en mi brazo.

Se sostiene sobre mí y termina sonriéndome para darme permiso. Creo una fina capa de sustancia alrededor de la quemadura y él muestra una expresión impertérrita que, a medida que avanzo expandiendo la crema, comienza a transformarse en una de dolor. Pero lo disimula muy bien aunque siento como aprieta mi brazo en la búsqueda de relajar sus músculos.

—Esto, Hugo… —balbucea entre quejas y algún espasmo—. Sobre lo que ocurrió el otro día.

—Ajá.

—Quería saber cómo te sientes al respecto y no sé… quizás ponernos de acuerdo en cómo continuar con… esta relación laboral.

—No se puede volver a repetir. —Termino de extender la crema cuando me retiro de él, de su olor, de su aliento agolpándose en mi nuca.

—¿Qué? Esto… mmm, sí, claro. No… Pero, ¿no te gustó?

Ese es el problema, que hacía tanto tiempo que no me sentía tan agusto acostándome con alguien que ahora me corroe el miedo de que todo eso plague nuestro trabajo y no podamos controlar lo que quiera que se cree entre nosotros. Porque cuando termine la Navidad, él se marchará a su trabajo en Vainilla y yo volveré a la universidad; y, después a Cancún y, cuando todo termine, buscaré algo aquí en Jengibre donde pueda sentirme seguro. Y no estaremos todos los días juntos,

ni pasaremos horas en silencio disfrazados de Papá Noel y su elfo.

Y todo será diferente.

Y todo se fastidiará.

Por eso es mejor dejarlo aquí, donde podamos frenarlo.

—Bueno, no estuvo mal.

Su cara crea una expresión de circunstancia y sorpresa.

—Estuvo genial. Joder, Hugo, estuvo de puta madre.

—Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo. Nos hemos acostado, yo ya no te puedo mirar como antes. Me has visto desnudo y… nos hemos besado.

Sí, eso de que lo he visto desnudo es bastante cierto porque, de hecho, lo que estoy volviendo a ver de su piel al descubierto no ayuda en nada.

—No puede volver a ocurrir, Noel… ¿Qué pasará cuando termine la Navidad y terminemos nuestras vidas?

—Pues cuando eso pase, ya veremos. Quizás me odies y no quieras volver a verme. Sería una tarea sencilla deshacerte de mí —dice con los ojos entrecerrados y las mejillas coloradas por el calor.

Se me parte el alma de verlo así pero ahora no sé qué más pensar. Lo único que rompe nuestra conversación es el severo olor a quemado que comienza a expandirse por el local.

—Mierda, el horno.

Sale corriendo del baño y me deja allí, observando el cubículo de madera con luces de colores sobre sus paredes.

¿Dónde narices me estoy metiendo?

CAPÍTULO 26

UN CONSTIPADO NAVIDEÑO

NOEL

He pasado la noche quitándome y volviéndome a colocar ropa de nuevo. Con calor y pasmado de frío. Siento en la garganta miles de dagas punzándome a cada trago que tomo, a cada respiración que hago. Los mocos parecen haber cesado al tomarme el mucolítico a eso de las cuatro de la madrugada pero aún sigo teniendo fiebre y unas ganas increíbles de colgarme del árbol de Navidad para terminar con el sufrimiento.

Porque si no fuera suficiente el dolor físico, también tengo que lidiar con mi ego malherido después de que Hugo me mandase a freír espárragos el día de antes. ¿Qué digo a freír? Me mandó a recolectarlos, así tardaría más en volver y no

tendría que fingir que soy de su agrado. Lo cierto es que tampoco esperaba una respuesta mucho más diferente pero sí que tenía la esperanza de al menos llevarme un beso de recuerdo.

Pero nada.

El milagro navideño solo me ha traído un constipado de mil pares de narices a un maldito día de Nochebuena. Porque, aunque parezca que han pasado años entre el uno de diciembre y hoy, solo han transcurrido veintitrés días, dejándonos a apenas unas horas del inicio oficial de la Navidad.

Me he despertado a las seis con la esperanza de haberme recuperado y estar como nuevo para un día duro de trabajo pero, tan pronto como mi pie descalzo ha rozado la alfombra, he tenido que meterme de nuevo en la cama. No puedo ni sostenerme en pie. Es imposible.

Está más que claro. Hoy no puedo abrir el Natale's. Y, quizás incluso sea mejor, así no tendré que evitar la mirada de Hugo desde el otro lado de la cocina, escudriñando mi cuerpo en la búsqueda de algo que parece no haber encontrado aún, ni siquiera al verme desnudo.

Noel

Buenos días, Hugo.

He estado toda la noche con mocos y fiebre.

No tengo ni fuerzas para levantarme.

¿Podrías encargarte tú de la tienda durante la mañana?

Espero estar mejor por la tarde.

Hugo Bells

Buenos días, Noel.
Sí, yo me encargo.
Tranquilo.
Descansa todo lo que puedas. Nos vemos luego.

Su mensaje es lo último que veo antes de volver a caer rendido ante el cansancio. Y, pese a que cada cinco minutos debo cambiar de posición para evitar que los mocos terminen atorando los orificios de mi nariz, consigo descansar un poco más.



—Noel…

Una voz susurra mi nombre. La identifico dentro de mi sueño, hablándome desde el cielo con un tono pacífico y tenue. Creo que es el fantasma de la Navidad futura que viene advertirme de que este resfriado será mi último aliento y que moriré ahogado en mocos y ardiendo en fiebre.

—Noel… —vuelve a repetir.

Noto presión en mis brazos, ha de ser el fantasma tirando de mí para llevarme consigo al mundo de los muertos. Joder, qué mala suerte. Me convertiré en fantasma y encima seré el de Navidad. ¿Es esto una especie de penitencia por todos los años que he pasado odiando estas fechas?

—Noel, despierta.

Y, entonces, el cielo blanquecino que había dibujado ante mí se desvanece y me enseña una mirada preocupada y ahora, un

tanto aliviada. El color castaño de su pelo y la languidez de sus cejas me susurran desde la distancia quién es.

—¿Hugo? —Mi voz consigue decir su nombre algo aturdida.

—Hola —susurra, esbozando una sonrisa—. Venía a ver cómo estás.

—Bien…

Omito que me siento mareado y que, pese a que conozco cada centímetro de su rostro, mis ojos nos consiguen enfocarlo con precisión. Es una mancha en medio de mi habitación. Si no me equivoco, está sentado en la cama junto a mí mientras que una de sus manos acarician mi brazo.

—Estás ardiendo. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste la temperatura?

—Hace una hora y algo, creo. —Estoy más que seguro de que fue hace mucho más pero no puedo recordarlo.

El colchón cede al sentir cómo su peso desvanecerse, aunque es poco el tiempo que paso solo en la cama, se me antoja una eternidad su regreso.

—Alza el brazo. Te la voy a tomar de nuevo, creo que te ha subido.

Hago lo pedido aunque con cierta dificultad. Él pone el termómetro bajo mi axila y yo me repantingo al sentir el frío de la punta de metal del dispositivo. Me acostumbro rápido cuando mi calor corporal lo envuelve. El sonido no se hace de rogar demasiado aunque yo no puedo evitar centrarme en otra cosa que no sean sus manos aún sobre mi piel desnuda. Se me eriza el vello solo de sentir el repiqueteo suave y constante de las yemas de sus dedos.

—Treinta y ocho con siete. Te traeré un paño frío para regularizar la temperatura. ¿Cómo te sientes?

En el paraíso. La sensación de que mi cuerpo flota sobre las nubes del cielo no se ha esfumado, de hecho, se ha hecho más intensa y ahora incluso noto la suavidad entre mis extremidades. Debe de ser la fiebre que me está haciendo delirar.

—Estoy bien. Solo algo cansado y quizás un poco drogado, pero nada que una siesta no pueda reparar… —afirmo, tastrabillándome con mis propias palabras.

Hugo se marcha de la habitación y vuelve con el paño entre sus manos. Lo coloca sobre mi frente y un escalofrío me recorre por completo al sentirlo. Aunque me alivia ligeramente.

—Ahí tienes. Voy a bajar a comenzar con el horneo. Subiré a verte de vez en cuando, aunque si necesitas algo, no tienes más que llamarme, Noel.

—Muchas gracias, Hugo. —Hago el amago de una sonrisa y busco el contacto de sus dedos. Quiero entrelazarlos con los míos aunque sea unos pocos segundos. Quiero sentirme reconfortado y calentito y se me antoja algo que, pese a que no es la mejor de las ideas, no dudo en comunicárselo—: ¿Te puedes acostar aquí en la cama conmigo? Solo por un rato.

No puedo ver su rostro con nitidez pero estoy seguro de que sus pensamientos se deslizan a velocidades extremas por su cerebro. Soy consciente de que quizás no es el mejor momento teniendo en cuenta lo que ocurrió ayer (y teniendo en cuenta la manera en la que me rechazó). Pero estoy enfermo, con

fiebre y me duelen hasta las pestañas, solo quiero un poco de atención y poder dormirme a su lado me parece una de las mejores maneras de conseguir descansar plenamente.

—Está bien pero solo serán cinco minutos. Debo ponerme con la fabricación de las tabletas de chocolates o tu tío vendrá a echarnos la regañina por no haber abierto a la hora correcta.

—Sí, solo cinco minutos —reitero yo, aunque deseo que sea toda la mañana.

Nunca he sido demasiado demandante de cariño ni de compañía. Soy un lobo solitario y, pese a que disfruto de vivir con mis tíos, me gusta bastante estar a mis anchas. Pero, en este estado, lo único que deseo es dejar mi vida en manos de otra persona que sepa gestionarla mejor.

Se mete en la cama y respeta la distancia entre ambos. Aunque para mí es suficiente ya que puedo sentir el calor de su piel emanando hacia mí. Ha recuperado su olor propio y me alegra que el mío se haya esfumado de su cuerpo. Hugo está tan cerca y la vez tan lejos.

—Te he traído sopa. Mi madre siempre nos la hace cuando mi hermano y yo nos ponemos enfermos —dice, estirando la manta.

—Muchas gracias. Mi madre también solía hacerlo. De verduras y letras. De pequeño jugaba a armar palabras con ellas. Mamá se enfadaba conmigo porque tardaba mucho en comer. Me distraía con todo.

—Yo nunca encontraba la última letra. Siempre se me quedaba a medias y terminaba destrozándola comiéndome lo

que había formado —añadió él, sonriendo.

—Era una comida didáctica.

La fiebre había comenzado a bajar pero, con ella, el cansancio había empezado a fraguar. Los párpados se me cerraban solos pero no quería abandonar aquel momento con él. No quería romper aquella conversación.

—¿Con quién celebrarás mañana Nochebuena? —pregunta, ahondando en mis pensamientos que, aunque vagos y cansados, consiguen recopilar algo de información.

No sé qué responderle porque no tengo ningún plan. Nunca planeo lo que haré porque casi siempre suele truncarse y tiendo a ponerme nervioso cuando algo no va como lo he pensado. Llevo varios años cenando algo ligero y acostándome en la cama a eso de las once. No me gusta la Navidad y prefiero pasar los días claves enterrado entre mis sábanas y el edredón.

Mis tíos no están y pasar la Nochebuena con Gaspar y su padre nunca me ha parecido menos apetitoso como ahora. Así que supongo que eso me deja… completamente solo.

—Con nadie. No la celebraré.

—¿Pasarás la noche más importante del año solo? ¿No puedes dejar de ser el Grinch durante algunas horas?

—La noche más importante del año es Año Nuevo y no, no puedo. De igual manera, mis tíos no están. No tengo a nadie con quién pasar las Fiestas. Además, estoy enfermo, no tengo ganas de celebrar nada.

Chasquea la lengua y mira el reloj en la pantalla del móvil.

—¿Qué tal si te vienes a mi casa? Mi madre te hará sopa y así no tendrás que pasar la Nochebuena solo. Te vendrá bien estar acompañado de alguien durante el tiempo que estés malo. Imagínate que ahora la palmas y nadie se entera… Sería una tragedia.

No consigo desentrañar la finalidad de su propuesta. Tampoco soy consciente de lo que ella implica, aunque sí que me abruma el no saber cómo es capaz de actuar de esta manera, de invitarme a su casa para pasar la Nochebuena con su familia cuando ayer me dejó claro que nuestra relación sería meramente laboral.

No contesto nada.

Me quedo mirándolo, escudriñándolo, intentando entender el iris de sus ojos. Odio celebrar la Navidad pero por él sería capaz de festejar todo lo que le encantara. Porque tiene un efecto mágico en mí. Porque me siento atraído hacia él como un imán. Porque, joder, estoy solo en Nochebuena y pasarla a su lado de repente no parece un plan pésimo.

—Está bien. El caldo de tu madre me ha convencido por completo.

CAPÍTULO 27

QUÉDATE AUNQUE SEA ESTA NOCHE(BUENA)

HUGO

Siempre he pensado que soy como un dominó. Un incansable e infinito dominó. Cuando tomo una horrorosa decisión, no puedo evitar continuar con la catástrofe. Encuentro en el caos algo familiar. Quizás por eso estoy levantándome el día de Nochebuena con una resaca emocional de la hostia. Ayer me parecía una idea increíble invitar a Noel a casa. Era Navidad y él estaba solo, debía apiadarme de su pobre alma. Nadie debería pasar esas fechas solo y menos él que tanto las odiaba.

Y, mierda, porque soy un maldito dominó que no se aclara. Y me apetece pasar esta noche con él, incluso después de haberle dicho que nos matendríamos en la línea de la

profesionalidad. Porque tomo decisiones y me cuesta ser consecuente. En especial cuando es un rubio de metro noventa que lleva metido en mi cabeza desde el uno de diciembre, como si fuera un regalo navideño. Y sí, sigo teniendo miedo a que todo se tuerza, pero confío en que podamos evitar llegar a términos sexuales hoy y respetar nuestra decisión.

—¿A qué hora le has dicho a tu amigo que venga, cariño? —me pregunta mamá cuando llego a la cocina con un jersey rojo que lleva un gran muérdago en la zona del pecho.

Sonrío al escuchar el apelativo «amigo» en referencia a Noel porque estamos muy lejos de llegar a eso, de hecho, no creo que nunca lo hagamos. Estoy bastante convencido que después de Nochevieja todo terminará como una bonita relación laboral. Él seguirá su camino y yo el mío. Precisamente por eso no quería entregarle el beneplácito de continuar enrollándonos. Porque no quiero comenzar algo que va a terminar de las peores maneras. Si nos podemos ahorrar el mal trago, mucho mejor.

—Cerca de las ocho y media —contesto, inmiscuyéndome oteando todo lo que está preparando para la noche.

Enrique nos ha dado el día libre a ambos con motivo de las Fiestas y he aprovechado cada minuto de la mañana desparramado sobre la cama.

A eso de las siete comienzo a prepararme. Me ducho, elijo el atuendo que llevaré durante la cena, unos vaqueros sencillos y otros de mis jerseys con motivos navideños entre los que más destaca el gorro de un elfo con las orejas puntiagudas. Mi casa

huele a dulce y a salado, a esa mezcla extraña tan típica de la Navidad.

Afuera ha comenzado a nevar de nuevo y mi padre acaba de encender la chimenea para adecuar la temperatura en el interior. La primera en llegar es la prometida de mi hermano que carga consigo una gran bolsa de regalos que deja bajo el árbol para ser abiertos a medianoche cuando el reloj marque las doce.

Mi móvil vibra en el interior de mi pantalón trasero:

Ju <3
Espero que pases una Nochebuena increíble.
Papá Noel te dará un montón de regalos, estoy segura.
Aunque ninguno como el paquete de Noel, ¿eh?
Te quiero, Hugo. Nos vemos pronto.

Esbozo una sonrisa y muevo mi cabeza. Mi amiga está completamente ida de la olla y es una obscena de cuidado pero la quiero así aunque me haga plantearme mis decisiones tantas veces como segundos tiene una hora.

Hugo
El paquete de Noel se quedará sin desenvolver esta noche.
Te quiero mucho, Ju.
Feliz Navidad.

Guardo mi teléfono justo cuando el timbre de casa vuelve a sonar.

Sé que es él. No estamos esperando a nadie más.

Así que me retiro los restos de sudor de las manos y me encamino hacia la entrada. Antes de abrir, tomo una gran bocanada de aire y cierro los ojos, repitiéndome a mí mismo que todo irá bien.

Pero cuando giro el pomo y la puerta se abre, el viento gélido me azota y, pese a que en el interior haga calor, el frío me descompone hasta hacerme perder la cabeza. Porque es Noel el chico de mirada oscura que me observa desde el otro lado. Ha dejado caer su brazo en el marco de la puerta y sujeta algo con su otra mano. Lleva un abrigo largo que no me permite ver demasiado, pero sí que puedo reiterar que está tremendamente bueno y que será muy complicado evitar mis pensamientos intrusivos.

—Hola. —Sonríe con ese magnetismo que haría a medio Jengibre volverse loco, incluido a mí, claro está.

—Hola. Pasa antes de que te congeles… —Me echo hacia un lado y dejo que su cuerpo se cuele en mi casa.

—Gracias. Qué frío hace hoy. —Se reconforta a sí mismo antes de quitarse el abrigo y dejarme ver la figura de su torso enmarcada en un jersey anaranjado que le va ni pintado. Es increíble como está guapísimo con todo lo que se ponga.

Cojo el abrigo y lo cuelgo yo mismo en el perchero de la entrada. Se quita los restos de nieve sobre el felpudo y avanza por el pasillo siguiendo mi caminar. Lo noto algo nervioso.

—¿Cómo estás del constipado? —pregunto, queriendo romper el hielo y destensar el ambiente.

—Algo mejor. Ya casi no tengo mocos, solo me duele la garganta. La fiebre se me quitó poco tiempo después de cerrar

la tienda.

Asiento y me paro en el umbral de la puerta cuando llegamos a la cocina. Lo miro de arriba abajo y, por alguna extraña razón, siento que estoy a punto de presentarle a alguien muy especial a mis padres.

—Joder, qué nervios. Parece como si fuera a conocer a mis suegros.

Esas son las palabras exactas que me hacen sentir un escalofrío recorriéndome la médula espinal. Sus suegros. Mis padres. Eso lo convertiría en mi novio y lo extraño es que no me aterra la idea de pensarlo, de concebirlo.

Me obligo a disipar ese pensamiento y a mover la cabeza. No. Puede. Ocurrir. Nada.

—Tranquilo, de normal no suelen morder, aunque mi hermano Pepe... quizás te reclute para hablar del fútbol y las miles de cervezas que sirven en el bar ese al que tanto vas con Gaspar.

—El Tecla. Por suerte para mí odio el fútbol y las cervezas… —reprocha, metiendo una de sus manos en el bolsillo del pantalón.

—Entonces te odiará profundamente. —Es una broma pero puedo evitar regocijarme algunos segundos en su cara de terror—. Es coña. Les vas a caer genial. ¿Listo?

Él asiente con poca seguridad lo que me genera una ternura enternecedora. Entro al salón y me fijo en que mi hermano y su prometida ya están sentados esperando a que la cena de comienzo. Noel entra detrás de mí justo cuando mis padres llegan con la copa de cava entre las manos.

—Hola, ¿qué tal? —Saluda justo cuando mi madre esboza una sonrisa al verlo.

Parece un niño pequeño atrapado en el cuerpo de un hombre.

—¡Noel, pero cuánto tiempo sin verte! —le dice mamá, acercándose a él para propinarle dos buenos besos en las mejillas que le dejan una leve marca de su carmín—. Qué bien que hayas decidido unirte, hijo. Cuando nos lo comentó Hugo, no lo dudé ni un segundo. Hacía muchos años que no te veía, estás hecho todo un hombretón ya…

—Muchas gracias por la invitación, Isabel.

Papá se adelanta varios pasos hasta colocarse a su lado.

Qué tal? ¿Sigues esquiando como cuando eras un moco? Recuerdo haberte dado varios años el premio a la mejor técnica de esquí. —Coloca la mano en el hombro del muchacho y lo palmea con camaradería.

Papá había sido jurado y profesor en las competiciones de la estación de esquí de la ciudad durante muchos años y, por lo visto, había coincidido con Noel en alguna que otra.

—Sí, Antonio. Sigo esquiando aunque dejé de competir hace mucho. —Sonríe y carraspea su garganta antes de decir—: Por cierto, he traído esta botella.

—Vaya, un Louis Roederer 2015, pero qué buen cava. Me gusta este chico. Déjame que la abra y podamos catarla —contesta mi padre, perdiéndose por el umbral del salón.

Mi hermano y su novia lo saludan antes de volver a sus aires. No son las personas más sociables del planeta y, de hecho, se enfrascan tanto en su propia realidad que rara vez se

puede mantener una conversación con ellos. Pero no importa. No es como si me estuviera fijando en lo que dicen o hacen otros cuando tengo a Noel sentado a mi lado en la mesa de mi infancia.



Estamos terminando de cenar cuando el reloj da las once de la noche. Eso nos deja a apenas una hora para el día de Navidad que también resulta ser el cumpleaños de Noel.

—¿Qué tal estás del resfriado, Noel? Hugo me contó que te encontrabas mal.

—Estoy mucho mejor. La sopa fue mano de santo para curarme. Muchas gracias.

—No hay de qué. Sobró mucha más, si quieres puedes llevarte algunos tuppers. Nosotros solo comemos ese tipo de sopa cuando estamos enfermos. Tiene muchas vitaminas que agilizan el proceso de curación.

Noel parece pensárselo varias veces antes de aceptar la propuesta y terminar los restos que aún quedan en su plato. La cena termina y, luego de recoger los platos y organizar la mesa comenzamos con los licores y los dulces. No hay ninguno del Natale's y eso no pasa desapercibido ante sus ojos, por lo que me apresuro a dar una explicación:

—He terminado aborreciendo todo lo que vendemos.

—¿Incluso los polvos mágicos de chocolate? —Arquea una ceja y despliega su servilleta de tela sobre la mesa.

—No, eso aún no.

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me apasionan nuestros productos. Llevo desde que soy un niño rodeado de ellos.

—Como se entere tu tío Enrique…

—Me echará del testamento y jamás heredaré el Natale's —se apresura a decir.

—¿Quieres heredarlo? —me intereso porque, desde que lo conozco, creo que esta es la primera vez en la que muestra cierto interés por el local. De hecho, nunca lo he visto hacer o decir algo bueno sobre la tienda que no fuera de manera forzada y obligada.

Se encoge de hombros y me mira impertérrito.

—No quiero que se pierda el legado. Solo quedo yo para continuarlo.

—¿Te haría feliz hacerlo?

—Me haría feliz saber que a mis padres les hubiera encantado que yo fuera el jefe de la tienda. Siempre han querido eso para mí: una vida tranquila en Jengibre con un puesto en el Natale's. Y yo huí de todo lo que planearon… Estudié fuera, trabajo fuera, ni siquiera he sido capaz de volver a entrar en el local desde que murieron.

—Hasta ahora…

—Sí, hasta ahora.

—¿Hubieras escogido otro camino?

Si esto fuera a la inversa y él me lo hubiera preguntado a mí hubiera respondido sin duda alguna que, pese a que no hubiera escogido otra manera, sí que hubiera cambiado la forma en la que he afrontado ciertas cosas. Hubiera eliminado

el miedo al fracaso de todas las decisiones que he tomado y me hubiera quedado con lo bueno, dejando ir lo malo y todo lo que me preocupó en exceso.

—No. Todo lo que he hecho en la vida me ha traído hasta aquí y no puedo quejarme de lo que tengo. Tengo un trabajo bueno y estable que odio pero que me mantiene ocupado, tengo unos tíos maravillosos, tengo un mejor amigo increíble y ahora tengo la pasión que tenían mis padres por pasar las Navidades en el Natale's. —Bebe un sorbo de coñac que le ha servido mi padre en una gran copa y desenvuelve uno de los polvorones del centro de mesa.

Sus dedos desmenuzan el dulce en partes desiguales y acuden hasta su boca donde el azúcar comienza a deshacerse al entrar en contacto con su lengua. No soy capaz de retirar mi mirada de esos labios carnosos y rosados que entornan mi nombre con el brillo de miles de estrellas.

—¿Puedo ir al baño? —pregunta, desenlazando sus piernas que hasta el momento habían permanecido cruzadas la una sobre la otra.

—Claro. Si quieres te acompaño, quiero pasar por mi habitación para quitarme estas zapatillas y ponerme las de andar por casa. Me están matando.

Asiente y devora el polvorón. Caminamos hacia las escaleras y subimos hasta la segunda planta. Yo delante y él siguiendo mis pasos. Le indico la puerta del baño y yo avanzo hasta mi dormitorio. Me siento sobre el colchón y deshago el lazo de los cordones antes de lanzar los zapatos a alguna punta remota.

—¿Un póster de Ariana Grande? —Su voz rebota en las paredes hasta llegar a mis oídos, que la acogen con nostalgia, como si llevaran demasiado sin escucharla.

—Un póster de promoción de *Dangerous Woman* —corrijo, viendo claramente las orejas de látex negro que reposan justo encima de la cabeza de la cantante.

—Interesante. —Cruza sus brazos en su espalda y pulula por mi habitación con total libertad—. Esta estantería es como el vómito de un reno navideño. Está todo decorado.

—Esa es la gracia. Cuanto más haya mejor.

—A veces menos es más.

—Vale, Grinch.

Se carcajea y termina acercándose a mí. Mis ojos quedan a la altura de su cadera y lucho conmigo mismo para no mirar hacia el frente y hacer de esto un momento incómodo. Elevo mi mirada hasta que me encuentro con la suya que me observa desde hace algunos segundos.

Y me doy cuenta de todo.

Me doy cuenta de que estoy jodido porque me encanta que me mire así.

—Vale, Grinch.

CAPÍTULO 28

PAPÁ NOEL NO ME CONOCE TAN BIEN COMO TÚ

NOEL

Estoy en su habitación y me reconforta la sensación de sentirme rodeado por todo lo que es. Su música, sus notas, sus fotos, sus pósteres, su ropa… todo me envuelve en una nube que nos deja en silencio durante varios minutos en los que yo solo me enfoco en el color de su iris. Si pudiera compararlo con algo sería con la miel espesa que cae sobre una taza con inercia y costumbrismo. Sus ojos me hacen sentir en una rutina en la que solo somos él y yo.

Me siento en deuda con él por haberme propuesto esta cena. De lo contrario estaría durmiendo en mi sofá con la teletienda de fondo y las sobras de un pollo con patatas sobre

la mesa. Me hubiera pasado parte de la noche recordando todas las Navidades que pasé junto a mis padres y rememorando aquella primera Navidad sin ellos. Aquel primer golpe de realidad a tan pocos días después de su muerte.

Se escucha el tick tack de algún reloj que no consigo ubicar pero que sí que noto. Lo noto en mi nuca, moviéndose e indicándome que cada vez queda menos para el veinticinco de diciembre y, aunque para mí no sea nada especial, mi cumpleaños y el día de Navidad es un motivo suficiente como para cambiar la importancia de ese día cualquiera.

—Muchas gracias por invitarme, Hugo. —Me mantengo firme frente a él que se muestra alegre y cómodo.

—No tienes porqué darlas.

—Sí, de hecho, debo hacerlo porque me has rescatado de la soledad.

—Creía que a tí no te importaba estar solo —espeta y yo debo morderme la lengua porque el muy cabrón recuerda todo lo que alguna vez le he dicho y eso, en ocasiones juega en desventaja.

—Es cierto aunque no negaré que está compañía es mucho mejor que pasar la noche tirado en el sofá evitando mirar por la ventana para encontrarme a la gente corriendo de un lado hacia el otro con los regalos bajo el brazo.

Hace una mueca y se levanta de la cama. Se dirige hacia una de las esquinas de la habitación y se agacha frente a algo que no consigo ver por la perspectiva desde la que lo observo.

—Hablando de regalos… —Se gira hacia mí y me percato de que esconde algo a sus espaldas—. Sé que quizás odias la

Navidad y que posiblemente tengas en casa miles de sacos con regalos que has robado a unos pobres niños pero… he recordado que mañana es tu cumpleaños y… Bueno, no sé. Ábrelo.

Me tiende una especie de caja rectangular envuelta en un papel navideño con un lazo anudado en el centro.

La ilusión se apodera de mí como si volviera a ser un crío y hubiera esperado toda la noche para poder desenvolver los regalos de Papá Noel. Mis tíos me regalan todos los años algún detalle pero nunca me he sentido tan especial como lo estoy haciendo ahora.

Mis manos se mueven nerviosas mientras rasgan el papel y deshago el nudo del raso rojo que lo ajusta todo. Cuando me doy cuenta de lo que es, me cuesta mucho encontrar las palabras para reaccionar.

Es un Papá Noel de peluche que lleva una chapa con mi nombre. En la mano lleva una tableta de chocolate con el packaging del Natale's.

—Es una tontería pero creo que, de entre todos los nombres y de entre todos los trabajos, se tenía que llamar Noel y trabajar vestido de Santa Claus el tío que más odia la Navidad en todo el mundo. —Sonríe antes de expulsar una leve carcajada risueña pero nerviosa.

Sostengo el peluche entre mis manos. Si me preguntaran, no sabría decir qué fue antes, mis dedos en sus mejillas, sus manos en mi pecho arrugando entre sus puños mi jersey o el trastabilleo de nuestros pies hasta llegar al filo de la cama

mientras dejamos que nuestros labios hablen entre sí todo lo que las palabras no son capaces de hacer.

—Yo… no sé qué decir —balbuceo cuando me separo de él.

—No digas nada. Solo bésame.

Sus dedos se entrelazan en los mechones de mi pelo y sus piernas se abren haciéndole un hueco a mi cuerpo para que pueda acuñarme encima de él. Antes de que todo se entorne con unos tintes más pasionales, decidimos dejar nuestro momento íntimo en ese lugar, en ese estado. Y, pese a que la erección posiblemente me reviente los pantalones, hago de tripas corazón y me separo de él, quedándome a su lado en la cama pero eliminando cualquier contacto entre nuestros cuerpos.

—No sé cómo lo haces pero siempre consigues que me coma mis propias palabras —rechista, resoplando mientras observa el techo.

Me carcajeo y muevo la cabeza.

—Eres muy fácil de convencer, Hugo.

—Y tú un liante de manual…

Me repantingo y dejo caer el peso de mi cuerpo sobre uno de mis brazos, apoyando mi cabeza sobre la mano. Oteo el perfil de su rostro y me topo con unas pestañas largas y frondosas que le añaden un toque interesante a la mirada.

—¿Cómo se supone que debo impedir que esto vuelva a pasar otra vez?

—No lo hagas. No lo impidas. —Llevo mi mano hasta el dobladillo de su jersey y jugueteo con un hilito que sobresale.

—Pueden salir tantas cosas mal…

—También puede salir todo bien. Es Navidad, ten un poco de fé.

—Tú volverás a tu trabajo y yo volveré a la universidad —afirma como si ninguno de los dos hubiera sido consciente antes de que había una realidad más allá de diciembre, de que teníamos otra vida con la que continuar cuando el Día de Reyes finalizara.

—Podré irme a mucho sitios, Hugo, pero te aseguro que no te voy a sacar de mi cabeza. No sé qué has hecho, pero te has colado en mis pensamientos y ahora no puedo hacer otra cosa más que pensarte.

—Estaremos lejos el uno del otro —continúa diciendo, consciente de que todo es mucho más complicado de lo que parece.

Pero yo permanezco firme en mi decisión.

—La distancia es de cuarenta minutos. Puedo venir todos los fines de semana para verte.

—¿No crees que la camioneta es demasiado vieja como para eso?

—Compraré otro coche.

Esboza una sonrisa triste antes de colocar su mano sobre mi mejilla. Me acaricia con compasión y ternura. También percibo ilusión pero está emponzoñada por todo lo que nos impide poder ser.

—No quiero ser la única razón por la que hagas todo eso.

—Pero lo eres, Hugo, maldita sea. Claro que lo eres. Eres la única persona por la que vendría todos los fines de semana a

esta ciudad de la que llevo huyendo la mitad de mi vida —declaro, honesto.

Desde que me marché de aquí para encontrar un futuro laboral no ha habido ni un solo momento en el que haya deseado volver, en el que haya pasado más de dos días para ocasiones especiales como los cumpleaños o las bodas. Pero ahora… ahora estar en Jengibre es una de las mejores opciones que se podrían presentar.

—A mí no me quedan muchas asignaturas para terminar la carrera. Podría estudiar entre semana y dejar los findes libres.

—Podríamos ir a esquiar. Podríamos ir a un partido de hockey sobre hielo, ¿te gusta? Podríamos ir de concierto y ver películas los domingos. Comer palomitas de colores e hincharnos a Coca Cola Zero.

—No suena nada mal.

—Suena a un plan perfecto.

—Tengo miedo de que algo salga mal y que nos hagamos daño. Tengo miedo de que lo destrocemos todo cuando sea demasiado tarde para ambos… cuando nos hayamos enamorado el uno del otro.

Quiero decir algo. Quiero decir que es demasiado tarde porque yo ya siento algo tan fuerte por él que no soy capaz de controlar las ganas que tengo de besarlo en todos lados, en todos los lugares, como si fuera una enfermedad que me vuelve loco.

Pero no lo hago.

Me limito a pensar otra respuesta porque aún no estoy preparado para verbalizar algo así.

—Nunca sabremos qué podrá pasar si no nos arriesgamos a intentarlo —digo, posando mi mano sobre su cintura. Sonrío y ladeo la cabeza—: ¿Puedo ser tu regalo de Navidad, Hugo?

El reloj que he escuchado hace un rato suena como un estruendo. Su tick tack es más intenso lo que solo puede significar una cosa. Son las doce de la noche.

—No creo que Papá Noel me conozca mejor que tú. —Eleva las comisuras de sus labios.

—De papá no sé nada —susurro, dejando que mis dedos tracen pequeños círculos sobre su piel desnuda—. De Noel voy sobrado… y de ti, Hugo, me encantaría saberlo todo.

Él sonríe, apenas, como si mis palabras le hiciera cosquillas por dentro.

—Feliz Navidad, elfo —añado, apoyando la frente contra la suya.

—Feliz Navidad y feliz cumpleaños, Noel —reponde con la voz baja y la mirada ardiendo en sombras y luces de colores.

CAPÍTULO 29

DÍA DE NAVIDAD, 2007

FANTASMA DE LAS NAVIDADES PASADAS

La mañana olía a ilusión y a infancia. También el pequeño Noel atisbó un deje de azúcar, algo dulce se estaba cocinando en su casa. No le resultaba extraño ya que su padre solía practicar muchas recetas con chocolate y, aunque la mayoría resultaran fallidas, había podido incluir algunas en la carta del Natale's.

Bajó de su cama de la que hace unos años tenía que saltar pero que ahora parecía haberse adaptado a su nueva altura. Tenía siete años y había crecido varios centímetros en los últimos meses. De hecho, la mayoría de los pantalones que aún conservaba del invierno pasado le quedaban extremadamente pequeños.

Esos últimos doce meses Noel había cambiado mucho. No solo estaba cumpliendo un año más aquel mismo día, si no que además también había encontrado nuevas pasiones que le encantaban. Se había aficionado mucho más a esquiar en las

pistas de esquí de Jengibre y, aunque aún era muy pequeño para poder ir solo, siempre iba acompañado por su padre y Gaspar. Solían apuntarse a las clases de iniciación a pista de Antonio Bells que algunas veces también traía consigo a su hijo, Héctor (o así recordaba Noel que se llamaba el que varias Navidades después sería su compañero de trabajo y el chico del que comenzaría a enamorarse).

Pero volvamos al 2007, al fin y al cabo yo sólo soy el fantasma de las Navidades Pasadas y vengo a narrar su historia. La historia de Noel aquel veinticinco de diciembre cuando llegó al salón de su casa y sus padres comenzaron a cantarle Cumpleaños Feliz con una sonrisa en los labios y las manos entrelazadas.

—Mi pequeño ya tiene siete años. —Su madre besó su sien antes de achucharlo contra ella con fuerza y cariño.

Noel siempre se sentía reconfortado y protegido entre los brazos de su madre.

—Creo que alguien muy especial y su séquito de ayudantes te han dejado algunos regalos en los pies del árbol. —Su padre había flexionado sus rodillas y se había puesto a su altura. Le había propiciado un beso en la mejilla antes de mostrarle las sorpresas que habían preparado para él.

—¡Papá Noel! —gritó el pequeño, corriendo hasta el árbol.

No se detuvo ni unos segundos antes de comenzar a romper, rajar y resquebrajar los papeles que envolvían los presentes. Aunque para él ya era suficiente regalo tener a sus padres a su lado, cualquier niño se hubiera vuelto loco con el scalextric que sostuvo entre sus manos. Habían dos coches, el

amarillo y el azul y, aunque no hizo falta decirlo, sabían de sobra que el azulado sería para Noel y el otro para su padre.

—¡Un casco nuevo para esquiar! —exaltó al desenvolver otro regalo.

Lo colocó sobre su cabeza y se puso de pie simulando los movimientos al bajar la colina nevada de Jengibre. A Gaspar le encantaría aquel casco y estaba seguro de que el resto de niños también lo envidiarían.

Corrió hacia sus padres y los abrazó con fuerza, impregnándose de sus perfumes y del olor a azúcar que recorría toda la casa. Jugó con los coches durante el resto del día hasta que llegó el momento de soplar las velas. Deseó lo que pedía todos los años: despertarse todos los veinticinco de diciembre con miles de regalos y con sus padres a su lado.

El destino y la Navidad le trajo consigo otros planes.

Los deseos murieron en el camino y, con ellos, también lo hizo su ilusión.

Cuando faltaron huecos en la mesa, la magia ya era insuficiente para hacerlo sonreír.

Noel dejó de celebrar su cumpleaños y la Navidad. Cada veinticinco de diciembre era como un recordatorio de que perder a alguien es el mayor de los castigos y el peor de los deseos.

CAPÍTULO 30

UNA SIESTA INTERMINABLE

NOEL

Mi móvil no deja de vibrar. Lo hace cada tres segundos y sé que la mayoría son llamadas. No me apetece tener que fingir que todos me caen bien, que aquellos con los que no hablo desde hace tres años aún me siguen importando. No tengo ganas de hacer como si nada, como si todos fuéramos íntimos y me alegrara de sus llamadas.

Remoloneo en la cama durante quince minutos más hasta que el sonido me molesta tanto que comienzo a tenerlo grabado en la cabeza y, en los pocos descansos que me permite hacer, lo sigo escuchando en mis pensamientos. Por eso, bufo y me incorporo sobre el colchón, paso la mano por mi cara e intento despejarme antes de aceptar la llamada de mi tío.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Noel, cumpleaños feliz! —Mi tía también se une en la segunda estrofa y no puedo evitar sonreír porque, en los últimos años, han sido los únicos, junto a Gaspar, que han mantenido la ilusión por mi cumpleaños.

—Muchas gracias.

—¡Noel, cariño, veinticinco años tienes ya! ¡En cuanto lleguemos a casa te voy a dar un achuchón gigantesco! —dice mi tía con una voz de entusiasmo.

—Veinticinco cochinos podríais haber criado. —No pasa desapercibido por mi mente el hecho de que llevo más tiempo a su lado que lo que pasé junto a mis padres.

—Espero que te tomes unas cervezas en nuestro honor en el Tecla esta noche, hijo. ¡Controla a Gaspar que siempre se pone como una cuba!

Carcajeo recordando todo lo que ocurrió en mi último cumpleaños. Gaspar siempre reserva esa noche, él mismo se autoimpuso una norma. El día de mi cumpleaños es para pasar tiempo de «colegas» y ninguna «piba», por muy buena que esté, se podrá interponer entre los dos. Durante esas horas, él debe reprimir su instinto de Casanova para no terminar con ninguna mujer en el asiento de atrás de su coche, aunque el alcohol no corre el mismo destino. El año pasado, le pareció una idea increíble aceptar el reto de beber más cervezas en el menor tiempo posible. Su oponente era un tipo de tripa prominente, que llevaba una tarjeta de puntos canjeables por cervezas en uno de sus bolsillos. Terminó vomitando en todas las esquinas de Jengibre hasta llegar a su casa.

—No te preocupes. Este año no creo que hagamos nada. Tiene algunas reuniones navideñas con el equipo directivo de la empresa hotelera de su padre.

—¿No tienes nada pensado para hoy, cariño? Ojalá estuviéramos allí. Iríamos a comer al sitio que tanto te gusta en las afueras de la ciudad. —Mi tía vuelve a colarse tras la voz de mi tío Enrique, solo que esta vez lo hace con un tono tristón.

—Supongo que me quedaré en casa todo el día. No hay mejor plan que tener el sofá para mí solo el día de mi cumpleaños. —Sonrío, algo decaído.

No puedo evitar contagiarme del ánimo de mi tía. Es triste si lo piensas desde fuera. Mi única compañía en un día tan supuestamente importante como hoy es un maratón de todas las películas del Señor de los Anillos.

—Perfecto, entonces. Yo daría lo que fuera por tenderme en ese sofá —añade mi tío antes de despedirse y colgar la llamada.

Pongo el teléfono en sonido y las notificaciones comienzan a sonar como si fueran maíces ardiendo hasta convertirse en palomitas. La mayoría son de compañeros de colegio que tienen interiorizado mi cumpleaños y me felicitan todos los años a la misma hora. El historial de nuestras conversaciones se basan en eso: ser cordiales durante el tiempo que nos dure la frialdad de solo hablar para esto.

Aunque hay una que llama mi atención y que ha quedado rezagada ante el resto.

Gaspar

Feliz cumpleaños, capullo.
No sabes lo que me jode no estar ahí contigo
para hincharnos a birras.
Espero que disfrutes mucho del día
y que te dejes de tantos pensamientos.
¡Follar no debe implicar tanto cerebro!
Hace falta usar más la cabeza de abajo que la de arriba.
Te quiero, tío.

Ruedo mis ojos mientras cojo varias naranjas de una caja y enchufo el exprimidor. La felicitación de mi mejor amigo me saca una sonrisa. Todos los años lo hace, incluso aquellos en los que me regalaba masturbadores, condones de sabores exóticos e incluso un dildo que nunca llegué a desempaquetar. Es un cabrón pero lo quiero como a un hermano.

Le contesto con algo más que un gracias y navego por el resto de mensajes, copiando y pegando la misma respuesta seca y corta. Nadie espera mucho más de un conocido con el que ni siquiera hablas.

Cuando tengo el desayuno preparado, me reconforto en el sofá y me recreo en la comida. Aprovecho que hoy es el último día libre antes de volver a abrir la tienda mañana, veintiséis de diciembre y pego alguna que otra cabezada tapado con la manta de cachemira que mi tía compró hace diez años en un bazar marroquí.



El timbre de casa me sobresalta. Antes de disponerme a caminar, me doy cuenta de que ha sonado el de arriba y no el

que hay situado en la puerta del Natale's. Por mi mente no transitan demasiados escenarios sobre la supuesta identidad de la persona al otro lado, porque solo pueden ser tres: mis tíos o Hugo.

Avanzo por el recibidor y abro la puerta, topándome de lleno con una mirada tierna y dulce que me arrebata la respiración durante algunos segundos. Ladea su cabeza mientras sonríe y espera a que le dé permiso para pasar. Al ver que no musito palabra alguna porque estoy demasiado enfrascado en la sensación nerviosa que se ha instaurado en mi tripa, él mismo toma la iniciativa y avanza hacia mí.

Se queda frente a mi cuerpo analizando mi expresión, desde fuera, impertérrita.

—¿Te encuentras bien? —se preocupa, colocando su mano sobre la mía.

El mero contacto con su piel me saca del trance y me obligo a menear la cabeza para darle algún signo de vitalidad.

—Sí. Sí. ¿Qué… qué tal? ¿Qué haces aquí?

—Venía a ver qué tal iba el día de tu cumple.

—Sin mucho que rememorar, la verdad… Llevo varias horas durmiendo.

Asiente y vuelve a sonreír con delicadeza.

—Tienes la marca del cojín en la mejilla y el pelo alborotado, parece que te has echado una buena siesta.

—No sé… ¿Qué hora es? —Estoy aturdido y mi ojo derecho parece no querer enfocar la imagen que tengo delante. El izquierdo, sin embargo, está pendiente de los movimientos que hace su labio al hablar.

—Las cinco y cuarto.

—¡¿Qué?! Pero… si hace nada eran las doce de la mañana… ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —Me llevo las manos a la cabeza y echo un vistazo a los restos del desayuno encima de la mesa. Joder, pues vaya siesta me he pegado.

—¿No has comido? —pregunta, viendo la incertidumbre de mis ojos.

Niego y camino hacia el salón, alargo la mano y cojo mi móvil para asegurarme de la hora. Mierda, tiene razón son las cinco de la tarde.

—Me cago en la puta. Yo solo iba a dormir quince minutos… Joder, no voy a pegar ojo en toda la noche —me quejo, poniendo mis brazos en forma de jarra sobre mis caderas.

Mis oídos atisban una carcajada sinuosa y leve pero fácilmente perceptible.

—¿Te estás riendo de mí, Hugo?

—Vamos, si pareces un crío enfadado. ¡No pasa nada! Mañana recuperarás el ciclo del sueño cuando llegues de trabajar destrozado.

Rasco mi nuca y pienso en lo que ha dicho. Quizás esta noche no pueda dormir y mañana no sea más que un zombie pero, cuando llegue de trabajar y teniendo en cuenta que llevamos dos días sin abrir, la apertura será una auténtica locura que me dejará exhausto y listo para dormir todas las horas posibles. No tendré ni que contar ovejitas para hacerlo.

—Yo venía a proponerte algo… —anuncia, colándose en mis pensamientos—: ¿Te apetece que vayamos al mercadillo navideño?

—Al que ponen en el centro.

—Sí, no hay otro. Quiero buscar algún regalo para mi hermano y…

—Vale. Dame cinco minutos que me prepare y vamos.

Él sonríe y yo camino hasta llegar a mi habitación. Me desnudo y me visto con lo primero que pillo en el armario. Total, llevaré la chaqueta por encima y nadie podrá ver lo que tengo debajo. Mojo mi cabello con sutiles toques, me cepillo los dientes y me echo perfume. Cuando estoy preparado, salimos de casa en dirección a ese mercadillo.

No nos cuesta demasiado saber que estamos llegando cuando escuchamos el gran barullo de gente, los villancicos sonando y el olor a caramelo proveniente de un puesto de manzanas.

—¿Por dónde quieres empezar? —le pregunto al ver la infinidad de puestos que, colocados en dos filas casi infinitas, ofertan miles de productos tan diferentes como variados.

—Por el de Lego. Mi hermano es un friki de esos muñequitos.

—Oye, que a mi también me gustan… —digo, ofendido, llevándome la mano al pecho.

Hacía muchos años que no compraba ninguno pero guardaba con cariño una amplia colección de figuritas en alguna caja del desván de la casa de mis tíos.

—No sabía que te gustara algo más que el esquí.

—Pues ya ves, también me gustan los coches teledirigidos. Sé que es de niños pequeños y que posiblemente pensarás que yo también soy un friki, pero, oye, lo llevo con orgullo.

Alza sus manos en señal de rendimiento y yo no puedo evitar carcajearme al verlo torcer el gesto. Caminamos entre la gente desconocida, sintiéndonos fuera de lugar. Nuestros dedos se rozan de vez en cuando y yo debo luchar con la tentación de entrelazarlos con los suyos y saltan chispas entre nosotros cada vez que nuestros brazos también lo hacen.

Nos detenemos en un puesto con vasijas, platos y tazas artesanales con decoraciones navideñas muy bien conseguidas. Según lo que nos dice la señora que espera tras el mostrador, ella misma se encarga de pintarlas a mano todas las mañanas.

—Qué preciosidad. —Hugo coge una taza con un muñeco de nieve entre sus manos y la observa desde cerca—: Creo que le llevaré esto a Pepe. Cuando éramos pequeños competíamos por ver quién hacía el mejor muñeco de nieve. Le encantará.

—Es muy bonita —afirmo, justificando su elección.

La mujer se la envuelve en un papel de burbuja y la mete en una bolsita con detalles parecidos. Hugo paga y nos encaminamos hacia otro puesto.

—Así que tienes experiencia construyendo muñecos…

—Podría decirse que soy un experto.

—¿Sí? —Enarco una de mis cejas y sonrío con picardía—: ¿Debería tomarme ese tono de voz como un reto, Hugo?

—No te conviene, Noel. Saldrías muy mal parado.

—Me gustan los desafíos.

—¿También te gusta morder el polvo?

—¿Y a ti?

—Tienes mucha confianza en ti mismo… como se nota que no estás al tanto de mis destrezas para envolver las capas de

nieve.

Esboza una sonrisa que comienza a volverse mustia cuando se queda petrificado mirando al frente. Sus ojos se pierden en algún punto, en algún lugar que no soy capaz de detectar pero que, pronto, me pone en alerta.

Son dos chicos de cabello moreno y complexión alta. Van de la mano y se sonríen el uno como lo hacen dos enamorados, locamente perdidos por el otro. Avanzan hacia nosotros y, aunque uno de ellos parece sorprendido de ver a Hugo, el otro no tarda en percatarse de lo que ocurre. Parece ser que soy el único que no entiende nada.

—Hugo… —musita uno de ellos, el que ha cazado la tensión al vuelo. El otro se arremete aún más contra él, afianzando el enganche de sus manos.

—Raúl.

—¿Qué tal estás? —pregunta con una falsedad que se nota a leguas.

¿Quién cojones es este tío y por qué narices Hugo parece haber visto a un fantasma?

CAPÍTULO 31

CUANDO PUEDAS QUERERME

HUGO

Un maldito fantasma. Esa es la sensación que experimento al verlo, al sentirlo, al respirar el mismo aire que *él*. Hace muchos meses que no nos vemos, tantos que, aunque continuara sintiendo dolor, se me había olvidado su rostro, sus facciones y todas las veces que me juró un falso amor que terminó tirando a la basura para irse con el tío que lo acompaña. Con Cindy Lou.

Debo aferrarme con los dedos de los pies al suelo para no huir despavorido porque no le daré el beneplácito de verme marchar para evitarlo. Se tragará su orgullo y tendrá que hablar cordialmente conmigo, como dos viejos desconocidos que llevan años sin verse.

Tengo delante de mí a Raúl y vuelvo a sentirme el mismo iluso que confío en él. El mismo que se enamoró hasta las trancas de cada versión de su personalidad y al que luego abandonó sin pensárselo dos veces.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Genial. Estábamos dando un paseo. Hoy la noche está espectacular.

—Sí, nosotros estábamos haciendo lo mismo, ¿verdad? —Miro a Noel que parece no entender nada y no puedo culparlo, nunca he descrito físicamente a Raúl. No creo que sepa quién es.

—¿Es tu novio? Encantado, soy Raúl, su ex y él es Cristian, mi pareja. —Hace los honores, tomando la voz cantante, repitiendo el nombre de Cindy Lou como si no lo supiera, como si no lo hubiera maldecido durante meses, como si no hubiera deseado que nunca hubiera llegado a su vida.

Noel frunce su ceño y sé que está a punto de decir la verdad, pero no quiero quedar por debajo de Raúl. Por una vez en la vida, quiero estar en el mismo pedestal que él. Así que, enredo mi brazo con el de Noel y, pese a que se tensa, vuelve a relajarse casi al instante.

—Sí, es mi chico. —A medida que lo pronuncio siento cierto cosquilleo en el pecho que me delata un sentimiento voraz y es que a mi cerebro no le cuesta procesar que Noel sea mi novio, de hecho, le agrada tanto la idea que se pega más a él y me hacer reconfortarme entre los pliegues de su abrigo.

—Me alegra que hayas rehecho tu vida después de lo nuestro…

—No me iba a quedar estancado en el pasado.

—No, claro. Aunque debo admitir que, durante un tiempo, pensé que no levantarías cabeza. Se lo comenté a Cris… Estaba tan preocupado por ti.

Me siento iracundo. La rabia se apodera de mí y sube por mis pies hasta llegar a mi cabeza. Creo que las orejas me explotarán en cualquier momento si no me tranquilizo.

—¿Yo? Por Dios, Raúl, si te superé mucho antes de que cortáramos. El amor se esfuma cuando la persona que tienes a tu lado es un mentiroso patológico. Ahora, mírame, estoy con el chico perfecto.

—¿Cuál es su nombre?

—Noel.

Sonríe con malicia y sé que nada de lo que diga saldrá limpio de su corazón. Todo será mordaz y emponzoñado.

—Cuanto lo siento, Noel. Siento mucho que tengas que lidiar con él en estas condiciones. El pobre parece que no supera lo que tuvimos y mira que fue hace ya un año.

Siento el arrebato de pegarle un puñetazo en la cara y borrarle esa sonrisa bobalicona que me hace arder por dentro en el peor de los sentidos. ¿Cómo se puede ser tan rastrero y tan mala persona como para decirle eso a mi supuesto novio?

Noel carraspea su garganta y observo cómo su semblante se vuelve más serio y terso.

—No lo sientas tanto. Estoy más que seguro que olvidó lo vuestro, de hecho, hasta que no te has presentado, no sabía nada de tu existencia. Ahora, si nos disculpas, Raúl, tenemos

algunas cosas que hacer. —Sonríe a modo de despedida y camina hacia el frente, arrastrándome a mí con él.

Le doy las gracias a todos los santos navideños que sobrevuelan el cielo por haberme topado con *él* y Cindy Lou estando acompañado por Noel.

Llegamos al final del mercadillo y, cuando estamos seguros de que no nos pueden ver, Noel me suelta de una manera que me hace sospechar que algo le ocurre.

—Muchas gracias —mascullo con lentitud, preparando el terreno para preguntarle por su repentino cambio de ánimo—: No sé qué hubiera hecho sin ti…

—Bueno, lo cierto es que no me has dejado otra opción. Me has utilizado para vengarte de tu ex y, por mucho que me guste escuchar que soy tu chico, me he sentido entre la espalda y la pared.

—No era mi intención… Lo siento, de verás. Raúl saca lo peor de mí.

Exaspera un soplido largo que termina con su mirada enfrascada en el suelo.

—¿Ha dicho la verdad?

—¿En qué?

—¿Sigues colado por él? —Alza su cabeza y lo que mis ojos pueden ver me sobrecoge el corazón. Sus ojos están hinchados y tienen una capa acuosa que amenaza con deslizarse por sus mejillas.

—Claro que no.

—¿Y por qué te importa tanto lo que opine sobre ti?

—Porque no quiero hacerle sentir que ha triunfado, que él se llevó la mejor parte de los dos, que me dejó y se llevó a Cindy Lou, a un nuevo amor. No quiero que sepa que estuve llorando su pérdida hasta que…

Mis palabras mueren en el aire porque mi corazón no es capaz de aclarar lo que siente. Mi cabeza es una nube en la que transitan los sentimientos y los miedos. Los arrepentimientos y la fortaleza de arriesgarme a que me quieran, a que me entiendan. Quiero volver a enamorarme pero quiero hacerlo con seguridad.

—¿Hasta qué, Hugo?

—Da igual. No siento nada por él, Noel.

—¿Y sientes algo por mí?

La respuesta me lleva más de varios segundos, pero no porque no lo tenga claro, sino porque no comprendo el objetivo de esta conversación.

—Pues claro que sí. No beso a los chicos por lo que no siento nada.

—¿Y por qué siento que aún no eres capaz de dejarlo ir?

Noto como una daga atraviesa mi corazón cuando la verdad sale a flote. No es el único capaz de sentirlo porque yo también soy consciente de ello. Y, pese a que lo he intentado, Raúl siempre vuelve a mi cabeza de una manera o de otra. Aunque Noel sea el dueño de mis pensamientos, *él* siempre aparece para hacerme sentir insuficiente y para recordarme que soy reemplazable.

—Porque el daño perdura más que el amor.

Una lágrima cae por su mejilla pero él la elimina con rapidez, como si fuera un resorte, levanta su mano y la desliza por la cuenca de sus ojos. Si las temperaturas fueran aún más bajas de lo que son, juraría verla convertirse en un copo de nieve triste, uno con un significado muy diferente.

—Yo nunca te haría nada de lo que te hizo él. Nunca haría algo que pudiera hacerte daño.

—Lo sé, Noel, pero mi cuerpo es incapaz de sentirlo de otra manera. —Mi mirada se nubla y soy incapaz de ver algo más allá de las lágrimas que se enfrascan en ella.

—No quiero que vivas sintiendo que en algún momento me iré.

Mis dedos se mueven ansiosos por la tela de su chaqueta, que chirría al sentir el contacto. Él da un paso hacia atrás y se aleja de mí levemente. La mueca triste de su cara me sabe a despedida, a que lo nuestro ha acabado antes siquiera de que empezara.

—Quiero que estés preparado para enamorarte de alguien, Hugo. Y quiero ser ese alguien, pero antes creo que necesitas pensarlo mejor.

Se gira sobre sí mismo y, con las manos en los bolsillos, se marcha de allí, dejándome con miles de dudas y la cabeza hecha un cacao mental. Los villancicos que escucho de fondo se me antojan horrendos y siento una náusea que me hace querer vomitar.

CAPÍTULO 32

UN CORAZÓN ROTO POR NAVIDAD

NOEL

Hace una semana no hubiera considerado estar enamorado de Hugo. Porque pese a que fuera lo único que reptaba por mis pensamientos, hace falta mucho más que unos cuantos días para enamorarse… Pero, si fuera así, ¿por qué me sentía tan mal? Si el amor que siento por él es tan simple, ¿por qué noto que me falta algo? ¿Por qué el corazón me duele física y sentimentalmente? ¿Por qué llevo dos días despertando en mitad de la madrugada aterrado en miles de pesadillas en las que él se marchaba sin despedirse?

Mis mañanas ahora son solitarias. Me encargo del Natale's ya que decidí darle algunos días libres para que descansara. De

igual manera, a ninguno de los dos nos vendría bien vernos después de lo ocurrido hace varias noches.

Sin comerlo ni beberlo y, siguiendo la tradición, el día de mi cumpleaños se convirtió en el día más triste de la historia de la humanidad aunque tampoco es como si hubiera un largo historial de mejores ocasiones con las que poder comprarlo.

Es hora de cerrar la tienda y, pese a que no queda más que una clienta pululando por la zona, no soy capaz de girar el cartel, porque eso implica que debo recoger y estoy muy cansado para ello.

—Perdona, chico, ¿a cuánto sale la tableta dorada de frambuesa?

—A doce euros, señora.

—Un poco caro para ser un trozo de chocolate, ¿no crees?

Como si tuviera el día para que continuaran tocándome las narices.

—Es artesanal, lo hacemos aquí mismo cada día.

—Me sigue pareciendo una desfachatez. ¡En mi época esto costaba más barato!

En su época tristemente nadie podía permitirse una tableta de chocolate. Era uno de esos bienes impensables e inaccesibles para la gran parte de la ciudadanía.

—La crisis ha elevado el precio de los ingredientes.

—Ya veo, ya… —vuelve a rechistar y coloca el bastón cerca del mostrador aún con la tableta en la mano.

—¿Se la va a llevar? Estoy a punto de cerrar. —Decido decírselo porque lleva merodeando la misma estantería cerca de cuarenta minutos.

—Hombre, pues claro.

Evito rodar mis ojos porque, tras el tostón que me ha dado, ahora decide comprarla. Sonrío con una falsedad dudable y la atiendo con los últimos resquicios de simpatía que me quedan el día de hoy. Cuando se marcha sin tan siquiera decir adiós, bufo y suelto todo lo que he contenido hasta el momento.

Bajo la verja hasta la mitad y un cuerpo se cuela en el interior de la tienda. Es Gaspar, lo sé antes de verlo porque lleva dos toneladas de perfume en su piel y el aroma es agonizante.

—Hola. ¿Qué tal está mi gruñón favorito? —bromea y, aunque sé que lo hace para arrebatarme una sonrisa, no puedo evitar sacarle el dedo y hacerle una mueca de pocos amigos—. Vaya, veo que hoy alguien se ha levantado con la pierna equivocada. ¿Has vendido algo o tu humor de perros ha espantado a toda la clientela?

—Estoy hecho polvo, Gaspar, así que no me toques los huevos.

—Oído, capitán. Nada de tocarte los huevos, aunque no has dicho nada de las narices… —Sonríe de una manera burlona que casi consigue hacerme reír—. ¿Cómo estás hoy?

Comienzo a limpiar las vitrinas y a retirar los productos para guardarlos en las neveras. Él me echa una mano mientras me persigue por toda la tienda.

—Mal. No he pegado ojo en toda la noche. Me he despertado varias veces creyendo que mi móvil estaba sonando y él me estaba llamando.

—Joder, te estás volviendo completamente lunático por ese chico.

—Eso parece, sí.

—¿No has pensado en hablarle? Han pasado ya dos días, quizás podáis hablar con más tranquilidad.

—No creo que solucione nada.

—No todo en esta vida es solucionar, Noel. Hay veces en las que te quedarás en puntos medios con las personas. No todo es estar bien o estar mal, se puede simplemente estar. Sois compañeros de trabajo, en algún momento tendrá que volver.

—Su contrato se acaba el treinta y uno de diciembre —espeto, recordando la durabilidad de los papeles que revisé el día que comenzó a trabajar. Yo tampoco me quedaré mucho más, cuando pase el Día de Reyes me marcharé. Mis vacaciones terminan el siete de enero.

—Motivo de más para que intentes hablar con él.

—Pero, ¿qué se supone que quieres que le diga, Gaspar? Sigue pillado por su ex.

—Si siguiera pillado por su ex, no te habría dado tantas explicaciones. No te hubiera invitado a su casa en Nochebuena. No te habría regalado nada por tu cumpleaños… En definitiva, no se habría preocupado tanto por ti.

—Sigue pensando en él.

—¿Y qué? —Se lleva las manos a la cabeza justo cuando terminamos de darle el repaso final al mostrador—. Que odie a su exnovio no significa que no sienta nada por ti, significa que está pasando por un proceso que aún no ha terminado.

Abro los ojos con sorpresa. Gaspar me está dejando asombrado con tanto consejo y reflexión paternalista, ¿desde cuándo él parece conocer tanto de las relaciones románticas?

—¿Y si yo no soy suficiente? ¿Y si se da cuenta de que sigue queriendo al otro y me pega la patada? —Trato de no permitir que la voz me falle, ni que el pulso me tiemble, ni que mis labios se muevan descontrolados.

No todo lo ocurrido es consecuencia de lo que pasó el Día de Navidad.

Aquella noche, cuando nos encontramos con ese tal Raúl, me di cuenta de lo importante que son las huellas que dejan las personas que pasan por nuestra vida. Hugo aún seguía intentando borrar la que él había dejado. Quizás sí, quizás sí que fue una mala idea dejarlo ir y no besarlo bajo los muérdagos. Pero, joder…, me había utilizado para vengarse del otro, para quedar por encima de él. Y yo era consciente de ello, de que seguía sintiendo odio por él y de que le daba miedo enamorarse porque le hizo tanto daño que, aún a día de hoy, sigue intentando sanarse. Pero precisamente por eso, yo debía alejarme. Debía tomar algunos pasos hacia atrás para que él pudiera sanar.

—Pues tendrás que aguantarte y marcharte de su vida, pero no lo sabrás si no lo intentas, si no tratas de entenderlo y de enmendar los errores. Joder, no seas imbécil, Noel. Te mueres por cada hueso de Hugo. Has vuelto a celebrar la Navidad después de tantos años y eso ha sido gracias a él.

—Pero él…

—Él está pasando por un proceso interno en el que tú no puedes mediar, pero sí que puedes acompañarlo al igual que él te ha acompañado en el tuyo. Puedes demostrarle que el Raúl ese se equivocaba y que es el chico más maravilloso del mundo…y puedes decirle muchas más de todas esas mierdas románticas que dice uno cuando está enamorado. ¡Actúa, joder! ¡Para mojar el churro, primero hay que calentar el chocolate! —Palmea sus manos para intentar despertarme de la obnubilación pero yo no soy capaz.

—Decirlo es muy sencillo, hacerlo y sentirlo es un tema completamente diferente.

—Esa es la gracia del amor, hermano. Nadie se enamoraría si no fuera complicado.

Me quito el gorro de Papá Noel y desabrocho la camiseta dejando entre ver la que llevo debajo. Me dejo caer sobre la mesa metálica de la cocina y mi mejor amigo se coloca a mi lado, en silencio.

—Piénsalo, ¿vale? Intenta hablar con él y mediar de alguna manera. Explícale cómo te sientes y trata que él también te diga lo que siente. Habrá algún punto de medio al que podréis llegar. Pero, lo más importante es que dejes el miedo a un lado y te permitas sentir, tío. Y te lo digo yo… que rehuyo de cualquier relación que dure más de una hora.

Saca su móvil y revisa las notificaciones que le acaban de llegar.

—De hecho, me voy que he quedado con mi nueva conquista. Esta vez, en su casa. Para que veas como maduro… ¡Ah, por cierto, te he dejado un regalo junto a la caja!

Llámame con lo que sea, ¿vale? Te quiero, hermano. Confío en ti.

Me abraza contra su pecho y yo inhalo su aroma. Me es tan familiar aquella escena que todo lo que me preocupa, de repente se esfuma y no queda nada más que la tranquilidad de saber que lo tendré a él si algo se tuerce.

Se marcha de la tienda y, cuando lo hace, abro lo que ha dejado en el mostrador. Me carcajeo al ver unos calzoncillos con una especie de tela extra en el medio asemejando la trompa de un elefante para meter el asunto. «Será capullo» pienso mientras muevo la cabeza y sonrío como llevo sin hacerlo varios días.

Por delante de la tienda pasa una pareja de la mano. Las luces de colores del local aún están encendidas y salen por las cristaleras de los escaparates, iluminándolos por completo. Él besa la sien de ella y ella se acerca más a su cuerpo, buscando su calor. Entiendo que eso es el amor, sentirse calentito incluso estando frío.

CAPÍTULO 33

ESTADO DE EMERGENCIA URGENTE

HUGO

Llevo dos días sin salir de la cama y, pese a las insistencias de mis padres, no me he dignado a comer mucho más allá que un par de sandwiches que Pepe me ha traído de estrangis y me ha obligado a engullir frente a él. «No te vas a morir de amor, pero tampoco de hambre» me dice antes de juguetear con el pan y hacerme el típico truco de niño pequeño asemejando la comida a un avión dispuesto a aterrizar en mi boca. Es el único, junto a Judith, al que he podido contarle lo que ha ocurrido con Noel, ya que no me veía preparado para destripar mis hazañas amorosas pérdidas ante mis padres.

Es que manda cojones que esté en este punto por culpa de Raúl. Otra vez. Es como si fuera un demonio dispuesto a

arrastrarme consigo al infierno en el momento en el que me veía con la cabeza fuera del pozo. No voy a decir que me merezco esto, pero soy consciente de que, en cierta parte, esto también es culpa mía. Culpa mía por no haber sabido dejar ir el rencor y la rabia de haberme sentido utilizado. Culpa mía por seguir reviviendo nuestros peores momentos juntos y por no saber cómo olvidarlos. Porque el dolor tiene una recompensa única: te hace sentir bien cuando dejas de sentirte como una mierda porque te muestra que lo pasado siempre fue peor y que el presente es simplemente algo puntual que terminará acabando. Pero, hasta que lo hace… hasta que acaba, hay un trecho en el que el dolor es mordaz y es solo una máscara para no ver que en el presente te estás hundiendo en la miseria.

Y tanto que lo estoy haciendo.

Estoy entre las sábanas de mi cama, regocijándome en las cenizas de lo que pudo ser pero nunca fue. Pensando en cada una de sus sonrisas, en la manera en la que podía acariciarme sin necesidad de tocarme, en todos los momentos en los que sacarlo de quicio era mi único pasatiempo y el resto… el resto del mundo no importaba cuando estaba a su lado.

—Cariño, he hecho zumo de naranja para levantar esos ánimos… —anuncia mamá desde el otro lado de la puerta, sin tocar y sin esperar respuesta.

Aunque lo hago.

Esta vez sí que respondo.

—Ahora voy, mamá.

Lo hago porque me noto sin fuerzas y, aunque piense que es por todo lo sucedido, es más bien porque mi cuerpo necesita

más vitaminas para poder subsistir aunque sea en este estado de oruga encerrada en su capullo.

Escucho un leve sonido de sorpresa. Supongo que no se esperaba algo así. Cuando sus pasos se desvanecen por el pasillo, me levanto del colchón, coloco mis zapatillas de andar por casa en mis pies y bajo a la cocina donde todos me reciben con sonrisas alegres aunque sorpresivas.

—Buenos días, mocoso. —Pepe es el primero en saludarme mientras termina de colocarse el abrigo encima del impoluto traje que lleva.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo una reunión a primera hora y quiero llegar con tiempo.

—Vale.

—Luego me cuentas qué tal estás, ¿vale? —Se acerca a mí y me besa la sien con delicadeza.

Mi hermano no es demasiado propenso a mostrar su cariño, de hecho, es más bien un hermitaño, pero no me sorprende que lo haga ya que, cuando nota a alguien algo decaído, es el primero en intentar subirle el ánimo. Contradicciones de la vida, supongo.

Sale de casa sonriente y me siento junto a papá que también está a punto de marcharse, pero se queda con nosotros algunos minutos más para hablar conmigo.

—¿Cómo te sientes hoy, hijo? —Su voz suena tranquilizadora y me permito relajarme.

—Un poco mejor. Ya no tengo ganas de vomitar. —Esa es la excusa que les puse. Después de varios días de trabajo

incesante, había cogido una especie de virus en la tripa que me hacía ir al baño cada dos por tres.

—Me alegro. ¿Te estás tomando los sobrecitos que te dió mamá? —Enarca una ceja para analizarme y me esfuerzo por mostrarme ante él en un estado mucho mejor. No va a tragarse que, después de tres días, aún siga igual de malo que el primero.

—Sí, son mano de santo. Qué bueno está el zumo, mamá. —Bebo del vaso que tengo frente a mí para desviar el tema aunque sea durante algunos segundos. Es temprano por la mañana y no tengo demasiadas ganas de continuar inventándome la historia.

—Gracias, cariño. Tómatelo, te vendrá bien para los vómitos. —Ella me acaricia el pelo y yo cierro los ojos ante su contacto.

—Bueno…, yo me voy a marchar que ya llego tarde. ¿Nos vemos luego? —Mi padre se levanta de su silla y deja el periódico a un lado. Atusa sus pantalones y recoloca su corbata —. Cenaremos pizza esta noche, Hugo. Habrá que celebrar que ya te encuentras mejor, ¿no?

Lo cierto es que el plan se me antoja de lo más prometedor. Asiento sin necesidad de fingir felicidad porque realmente me siento bien tras saber el menú de la noche.

Papá se marcha y yo ayudo a mamá a recoger la cocina. Ella termina yéndose una hora después, algo preocupada por dejarme solo. Me encargo de tranquilizarla y hacerle saber que pasaré el resto de la mañana en la cama, durmiendo o leyendo algo.

Aunque mis planes parecen cambiar cuando el timbre de casa suena con bastante persistencia. Me giro sobre mí mismo y abro la puerta pensando que será algún miembro de mi familia volviendo a por algo olvidado, pero la imagen que recibo está lejos de ser alguno de ellos.

—¡¿Judith?! —exclamo, sorprendido, viendo a mi mejor amiga frente a mí.

—¡Hugo! —Se abalanza sobre mí y me abraza con tanta fuerza que me hace trastabillar hasta conseguir retomar el equilibrio de mis pies—. Cómo te he echado de menos, capullo. ¿Sabes lo aburrida y sola que he estado en Canela? Mi único pasatiempo allí ha sido comprarme combinaciones feísimas de bañadores para el viaje a Cancún.

Mierda. El viaje. Después de todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas, mi propósito inicial para trabajar en el Natale's ha pasado completamente desapercibido por mi cabeza, como si nunca hubiera existido y como si yo me hubiera alistado a ese puesto solo para conocer a Noel.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Nuestro estado de emergencia urgente, ¿no lo recuerdas? —Chasquea la lengua, maldiciendo en sus pensamientos a mi memoria antes de aclararlo—: Hace unos meses, ya sabes, cuando yo lo dejé con Gerardo, estuve muchos días mal, contestando con muchísima sequedad a todo el mundo. Supiste por la escasa cantidad de emoticonos y *stickers* que te estaba enviando en los mensajes que estaba hecha una mierda… Prometimos que, si eso volvía a ocurrirnos a alguno y los emoticonos dejaban de aparecer en nuestro chat,

decretaríamos el estado de emergencia urgente y vendríamos al encuentro del otro para ayudarlo.

—Pero yo sí que he estado usando emoticonos y stickers —reprocho, recordando las últimas conversaciones que había tenido.

—¿Quieres que hagamos un repaso para refrescar tu corta memoria? —Arquea una ceja y ni siquiera me molesto en contestar, sé que lo hará de igual manera. Saca el móvil del bolsillo de su pantalón y me enseña la pantalla—: Ayer me mandaste tres emoticonos de calavera, dos de cuchillos, cinco del frasco de veneno, cuatro del ataúd y ocho del emoticono con los ojos en cruces… Todos ellos acompañados por mensajes tales como: «me quiero desvivir», «he almorzado cianuro y de postre un poco de arsénico», «quiero que la cama me trague y me escupa en el Infierno», «qué asco los hombres, ¿por qué sigo cayendo en ellos?» y, en mi opinión el que se lleva la corona es este: «cada vez que pienso en Noel o me pongo a llorar, o me pongo cachondo. Qué suplicio».

Me froto los ojos porque sé que tiene razón. Quizás haya sido un poco suicida los últimos días. De hecho, si esto fuera una novela, ahora mismo podría catalogarse de dark romance… porque los mensajes que no ha leído en voz alta dejan mucho que desear de mi moral humana.

—Vale, sí. Lo pillo. —Andurreo hasta llegar al salón y me tiro de lleno en el sofá, quedando completamente laxo sobre él.

Judith se quita el abrigo y se sienta junto a mí, anudando su pelo en una larga coleta que termina a la altura de su pecho bajo.

—¿Qué tal estás hoy? Veo que al menos has salido de la cama.

Asiento y tomo una gran bocanada de aire mientras encuentro la respuesta a su pregunta. Porque ni siquiera sé cómo me siento. Solo estoy seguro de que, por mucho que me encierre en mi habitación, nada se arreglará por arte de magia.

—Estoy mejor, creo. Esta noche he podido dormir del tirón, sin pesadillas. He hecho algo que nunca antes me había atrevido a hacer…, he desbloqueado a Raúl de redes para demostrarme a mí mismo que ya no tiene poder sobre mí.

—¿Y bien…? ¿Qué ha ocurrido después de eso?

—Nada. —Me encojo de hombros—. No he indagado en su perfil pero he visto las fotos con Cindy Lou y no he sentido nada. Sin embargo, sí que me ha puesto nervioso ver el perfil de Noel, tan desactualizado y dejado como siempre, con solo una foto de cuando tenía dieciséis años. ¿Cómo puedo echar tanto de menos a un tío que conozco desde hace tres semanas?

—Has creado un hábito. Tardamos veintiocho días en hacerlo y tú has pasado muchas mañanas, tardes y noches junto a él… Era cuestión de tiempo que te acostumbraras a estar a su lado. Además, la química sexual y su manga pastelera también le han sumado leña al fuego.

—¡Judith! —Le golpeo el brazo y sonrío al volver a escuchar el apelativo que había decidido brindarle al miembro de Noel—. Para de llamarle así…

—Está bien, Sor Bells. Veo que se ha vuelto usted una puritana…

—Eres idiota, Ju. —Vuelvo a reír y ella hace lo mismo.

He echado tanto de menos estos momentos con mi mejor amiga que, ahora, todo lo que ha ocurrido deja de tener importancia. Porque estoy con ella y, después de mucho, me vuelvo a sentir como en casa.

—¿En qué has estado pensando estos días?

—En cómo la vida puede cambiar en menos de un año. Hace doce meses, yo estaba llorando en todas las esquinas por mi ruptura con Raúl y, ahora, tanto tiempo después, es por Noel por el que lo hago.

—¿Y qué te hace sentir eso?

Me repantigo sobre el sofá y me abrazo a un cojín, empleándolo como escudo de defensa.

—Mal. Me hace sentir que repito patrones y me frustra pensar que todo esto es por su culpa. Porque yo antes no le tenía tanto miedo a enamorarme, ni a fallar, ni a que me dejaran… pero, ahora, es lo único en lo que puedo pensar. Además, Noel se irá cuando llegue el Año Nuevo y lo nuestro será imposible.

—¿Sabes qué? Cuando era pequeña, me daba miedo la oscuridad. Me aterraba pensar que cuando no hubiera luz, alguien entraría a raptarme o a matarme. Todas las noches caminaba hasta la cama de mis padres, me abrazaba a la galleta de jengibre que me habían regalado algunas Navidades antes y me dormía entre los dos… Hasta que un día mamá me dijo que el miedo nos hace fuertes y que temer es solo parte

de atreverse y de vivir. Igual que el amor, Hugo, el amor te hace sentir vivo… Enamorarse conlleva cosas preciosas, pero también algunas que no lo son tanto. Equivocarse, comunicarse e intentar luchar por la relación es parte del amor. Eso no puede frenarte a no hacerlo, a no vivirlo. Porque sin miedo, no hay amor y sin amor, no hay vida.

—Pero, ¿y si eso arruina lo que tenemos… o lo que llegaremos a tener?

—Pues intentáis arreglarlo y, si el hilo rojo se rompe, entonces tendréis que partir caminos, pero nunca lo sabrás si no lo intentas, Hugo. Enamorarse es complicado, pero te sentirás como si vivieras en una Navidad eterna.

Asiento y dejo caer mi cabeza en el hombro de mi amiga. Mientras lo hago, me percato de una foto de mis padres de jóvenes encima de la chimenea, la cual chispea trocitos de leña quemados. Él le pasa su mano por la cadera a ella. Ambos sonríen. Ambos se miran aún sabiendo que hay una cámara frente a ellos. Están tan inmersos en su mundo interior que el resto no importa. Detrás de sus cuerpos hay un gran árbol de Navidad, iluminado de punta pies, con una estrella en la cima y varios muérdagos a su alrededor.

Me doy cuenta de que el amor es lo único que hace falta para sentirse siempre así, resguardado del frío, siendo iluminado por la magia de la Navidad.

CAPÍTULO 34

EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO

NOEL

Treinta y uno de diciembre, el último día del año. Parece mentira que ya hayan transcurrido trescientos sesenta y cinco días. Tantas horas, tantos minutos, tantos segundos que ya quedan en el pasado. Desde pequeño, siempre he pensado que este día es especial, que tiene un atractivo que otros no tienen. El último día del año todos reflexionamos sobre cómo lo hemos hecho, sobre lo que hemos alcanzado y sobre todo lo que hemos afrontado durante el transcurso del año. También evaluamos nuestras decisiones y nos damos cuenta de que, quizás lo que tuvo peso en su momento, no era tan problemático como prestarle tanto tiempo y atención.

Las decisiones que se toman el treinta y uno de diciembre marcan el inicio del año, pero también el fin del anterior. Y yo no suelo hacerlo en caliente, no suelo dejarme llevar por mis emociones ni tampoco por mis impulsos… pero aquella mañana, justo cuando la alarma sonó, supe que era el momento de hacerlo. El momento de dejar que todo se fuera y de tomar la decisión correcta, la misma que llevaba tiempo postergando, porque si algo era, aparte del calculador, también un procastinador de manual.

—Buenos días, Arturo, ¿qué tal? —Saludo a mi jefe cuando me descuelga el teléfono.

—Pues me pillas algo apurado, estoy preparándome para marcharme a la oficina. Tengo una reunión a primera hora y me gustaría revisar algunos papeles antes.

Sentado sobre el colchón, con una camiseta de lo más ridícula, unos calzoncillos aún más ridículos aún, con el pelo enmarañado y con los ojos pegados por el sueño, me embravezco y lo hago.

Lo mando todo a tomar por culo.

Mi puesto, mi carrera y todo lo que he construido hasta ese momento.

—Lo dejo. Dejo el trabajo, Arturo. Este mes en casa me he dado cuenta de que las finanzas no son lo mío. Suspendí matemáticas los tres últimos años de colegio, me presenté a todas las recuperaciones habidas y por haber en la ESO . Estudié el bachillerato de humanidades para no tener que enfrentarme a ningún logaritmo neperiano… Terminé en la carrera de rebote, aunque sabía que era lo que mi padre

hubiera querido que hiciera por el bien del negocio familiar. Pero me la pela, Arturo. Me la suda la liquidez para convertir los activos en efectivo, los presupuestos anuales, el flujo de caja, los costes de oportunidad y todo lo que implique calcular algo. No es lo mío. No soy feliz. Y, aunque todos seáis majísimos y gente de puta madre, ese hueco entre el ficus y Manolo el informático no es para mí.

Suspiro con fuerza cuando he soltado todo lo que tenía contenido porque, ciertamente, llevo tantos años queriendo decirlo que ni siquiera me he parado a respirar para expulsarlo.

—Pensé que nunca tendrías los huevos para plantarte, Noel. —Escucho una carcajada severa—. Me alegra muchísimo escuchar estas palabras… ¡Fue todo un acierto ponerte a Manolo al lado y mandarte a casa un mes entero! No sabes el tiempo que llevo viéndote decaído y sin saber cómo ayudarte. Joder, chaval, vaya narices tienes. Ese puesto nunca ha sido para ti, pero eres bueno, tío, eres muy bueno en hacer de puta madre lo que se te da mal… y no podía echarte así como así. Rindes bien y eso es lo que me importa, pero sabía que, en el fondo, tu cabeza y tu corazón estaban en otra parte. Así que…, me alegro mucho de que hayas tomado esta decisión, Noel.

El reflejo que me devuelve el espejo me deja anonadado. Me veo a mí mismo sorprendido por las palabras de mi jefe, pero también me veo feliz, radiante, convencido de que he tomado la decisión correcta. Aunque nunca esperaría que mi compañía en la oficina y este mes de vacaciones fuera parte de un plan de Arturo para hacerme dimitir.

—¿Es… es enserio?

—Y tanto que lo es. ¡Estás despedido, Noel! ¡Estás completamente despedido y eres libre de irte al lugar en el que seas feliz! —Carraspea su voz y, conociéndolo, sé que es porque todo lo que diga de ahora en adelante, adquirirá un tono más serio—: No conocía a ninguno de los dos, pero estoy convencido de que tus padres estarían orgullosos de ti. No hay mayor felicidad para un padre que saber que sus hijos son felices, haciéndolo que sea que hagan. Espero que todo te vaya genial, Noel. Nos vemos cuando pases por la oficina para firmar el finiquito… No te preocupes, no le diré a nadie que dimites tú. Te vendrá bien el dinero en lo que encuentras otra vocación.

—Mu… Muchas gracias, Arturo. No sé qué decir.

—No hay de qué, Noel. Has sido un empleado ejemplar, de veras. Ahora, nos toca despedirnos de ti, pero estoy convencido de que te irá genial. Feliz Año Nuevo, chaval.

—Feliz Año, Arturo.

Cuelgo la llamada y debo aclararme la cara con agua fría para concienciarme de que es real. Acabo de dimitir y, siendo sincero, nunca se había sentido tan bien el desempleo.



La calefacción en la cocina el Natale's está más alta de lo normal, es por eso por lo que decido trabajar en pantalones cortos y en manga corta. Horneo la primera tanda de dulces y pongo las máquinas a producir las últimas tabletas del año. Aún quedan dos horas hasta la apertura así que cocino y preparo con suma tranquilidad. También, aprovechando mi

soledad, me doy el lujo de reproducir por los altavoces mi *playlist* favorita y, aunque sorprenda (a mí el primero), tiene varios temazos navideños que no pasan desapercibidos por mis oídos. De hecho, están tan trillados y tan escuchados que mi boca los tararea sin darme cuenta.

Danzo por la cocina con las bandejas en la mano, el delantal anudado a mi cuello y la cabeza bailando al ritmo de la música. De repente, estoy tan de buen humor que nada me preocupa, ni siquiera me altero cuando huelo su perfume en el lugar. Lo achaco a mi imaginación, debe ser mi mente intentando nublar el momento.

Pero, entonces, un dedo repiquetea en mi hombro y me sobresalto, haciendo que la bandeja de galletitas en la que se pueden leer «Feliz Año Nuevo» sobrevuele por los aires y vuelva a caer sobre mi palma con alguna que otra pérdida por el camino que termina rompiéndose al estamparse contra el suelo.

—¿Qué cojones? —Me giro para asegurarme que el repiqueteo no ha sido fruto de mi imaginación y que no me estoy volviendo tan loco como creo.

Su pelo oscuro se ondula sobre su frente. Sus ojos color atardecer me observan como si fuera la primera vez que me estudian, que me analizan. Sus pestañas me ruegan conectar nuestras miradas y sus labios… joder, sus labios me hacen querer mandar todo a la mierda por él.

—Hola. —Saluda Hugo, emulando una sonrisilla que se me antoja forzada.

—Ey… Hu… Hugo, ¿qué tal? —La bandeja se tambalea de nuevo y, antes de que pueda caerse, sus manos la sujetan por el otro extremo—. Joder.

—Déjame que te eche un cable.

Ambos acercamos la bandeja a la mesa de metal que hay a nuestro lado y, cuando no tenemos ningún impedimento, me siento desnudo, aunque no lo esté. Porque puede verme y yo puedo observarlo. Y joder, lo que veo me encanta y me recuerda los miles de motivos por lo que merece la pena seguir con esto, con lo que sea que tengamos.

—Veo que para ti ya es verano. —Sonríe al ver el vello de mis piernas asomar bajo el delantal.

—Sí, es que hace mucho calor.

—Y que lo digas. ¿A cuánto está la calefacción? —Mira el regulador de la temperatura pero no lo toca, no intenta bajar los grados que hacen dentro de la cocina.

—Posiblemente a la misma temperatura que el Infierno.

Carcajea y yo lo hago con él. La suya suena más divertida, la mía es fruto del nerviosismo porque frente a él me siento un niño pequeño, un crío y me encanta esa sensación de volver a sentirme florecido.

—¿Tienes unos minutos para hablar?

Oteo mis manos, cubiertas por los guantes de protección para el calor y me siento ridículo con ese atuendo, pero luego recuerdo que me ha visto sudando con un traje de elfo y completamente agotado tras llegar al clímax. Desde luego, no es la peor de mis imágenes.

—Sí, claro. ¿Vamos fuera? Nos podemos sentar en los banquitos de la tienda.

—Vale. —Toma la voz cantante y avanza hasta el local. Se sienta en uno de los bancos de patas altas y yo me siento junto a él—. Quiero ser sincero contigo, Noel. Creo que es lo mínimo que te mereces después de todo.

—Yo también lo voy a ser contigo, Hugo. Siempre lo he sido, incluso cuando me he equivocado.

Él menea su cabeza y sus labios se convierten en una línea recta.

—No, tú no has cometido ningún error, he sido yo. Yo he jodido esto antes de empezarlo. Mi estúpida obsesión por no disfrutar de nada y mi maldito miedo de volver a sentirme reemplazable. No te correspondía a ti lidiar con ninguna de esas cosas. Siento mucho lo que ocurrió en el mercado… ya sabes, todo el altercado con Raúl y Cindy Lou. Siento mucho no haber sido honesto y no haberte dicho cómo me sentía en cada momento, pero… joder, no ha sido tampoco fácil. Al principio eras una almeja, estabas tan cerrado como un bote de conserva y no fue sencillo llegar hasta ti. Pero luego, descubrí que eras mucho más que un Grinch y eso me asustó muchísimo, Noel, no te imaginas cuanto. Porque me di cuenta de que, detrás de esa faceta de tipo de metro noventa impensable, había un chico tierno del que yo me estaba enamorando. Y el amor me da tanto pánico y tanto miedo… Estos días sin verte se me han hecho una eternidad porque, cuando estás enamorado de alguien, necesitas verlo, sentirlo y palparlo. Necesitaba estar a tu lado y reafirmar mis

sentimientos. Ahora, cuando te he visto bailando esa canción que tanto te gusta y de la cual, tanto reniegas, he vuelto a sentir los fuegos artificiales, las luces de colores en el estómago. Ha sido increíble.

Aquello me deja sin palabras y es complicado causar esa sensación en mí, esa en la que normalmente me sentiría incómodo, pero que ahora me reconforta y me hace plantearme muchas cosas. Por ejemplo: me hace pensar el porqué negué que me volvía loco la manera en la que parecía no afectarle mis malas palabras; pienso en todas las veces en las que me quedé mirándolo más de cinco segundos en los que sentía que la respiración me faltaba; imagino en cómo hubiera sido todo si yo hubiera sido un poco menos capullo y él un poco más valiente. Pero, de cobardía, los dos íbamos sobrados. Supongo que por eso estábamos en ese punto, confesándonos nuestros sentimientos de una manera torpe pero sincera.

CAPÍTULO 35

AMOR BAJO EL MUÉRDAGO

HUGO

Decirlo en voz alta se ha sentido como liberar un gran peso sobre mis hombros. Un peso que llevaba cargando muchos días pero que había negado durante muchos otros. Y, ahora, frente a él, frente a su cabello dorado a dos aguas, siempre desmelenado a la par que perfecto, frente a ese par de ojos que saben cómo escarbar por mi mente y hacerse un hueco en mi memoria, frente a todo lo que él es y a todo lo que yo soy, me siento preparado para dar el paso de permitirme sentir, de enamorarme por completo de Noel Natale.

—Yo siento mucho haber sido un cabrón contigo. Desde que te conozco no has hecho más que ayudarme, ayudarme sin nisiquiera saberlo porque contigo he vuelto a recuperar la

ilusión por la Navidad y eso… eso hace mucho tiempo que lo creía perdido. También hacía muchos años que no sentía una conexión tan fuerte con nadie y volver a sentirme vivo, ha sido uno de los mayores placeres que he podido experimentar este año. Durante mucho tiempo, lo único que he deseado ha sido irme, desvanecer, marcharme lejos de mi familia y del recuerdo de mis padres pero ahora…, ahora lo único que quiero es abrazar lo que soy porque tú me has enseñado que todo lo vivido es parte de mí, tanto lo bueno como lo malo. Me has enseñado que la Navidad es mucho más que regalos, comidas y familiares…, me has mostrado que es un sentimiento que perdura en nosotros todo el año. La Navidad es sentir esas luces de colores en el estómago cuando te noto cerca, cuando huelo tu perfume, cuando tus manos acarician mi nuca. Y joder, Hugo, no sé qué va a ser de nosotros, pero te quiero como nunca he querido a nada, ni a nadie. Y posiblemente esto llegue una semana tarde, pero te compré un regalo que nunca llegué a darte.

Me tiende una bolsa en la que encuentro una bola envuelta en un papel navideño con cascabeles, galletas de jengibre y tazas de chocolate caliente. En su interior, lo que me encuentro, me arranca una sonrisa.

—Un bañador con un elfo y un papá noel dándose la mano… —balbuceo mientras lo abro frente a mí.

—Cuando estés en Cancún, lo necesitarás para disfrutar de las playas caribeñas —afirma con la mirada iluminada por la ilusión.

De repente, el banco sobre el que está sentado me parece estar muy lejos, demasiado. Porque aunque puedo percibir las motas de sus ojos y los lunares de su rostro, no estoy lo suficientemente cerca como para besarlo.

—Nunca nos hubiera imaginado en esta situación… —confiesa, colocando una de sus manos sobre mis piernas.

—¿Cómo?

—Así, nerviosos después de habernos confesado nuestros sentimientos debajo de miles de muérdagos que han visto cada progreso de nuestra relación… —Acaricia su mentón, ideando algo posiblemente macabro—: Sabes lo que dicen de los muérdagos, ¿no?

—Que todos los enamorados que acaban bajo uno de ellos, deben besarse.

Noel sonríe con picardía y no negaré haber echado de menos esa faceta suya tan capaz de prender mi cuerpo en un fuego incontrolable.

Echa su torso hacia delante y acerca su cara a la mía. Su mano asciende por mi pierna hasta llegar a mi cadera y soy yo el que vuelve a enredar mis dedos en su pelo antes de que nuestros labios sellen la tradición navideña más antigua del mundo. Y es curioso, porque, sin darnos cuenta, siempre hemos estado rodeados de muérdagos.

—No sabes cuánto he echado de menos esto, Hugo…

—¿Tanto te gusto? —Intento provocarlo y, por la chispa de su sonrisa, sé que lo he conseguido.

—No te lo puedes ni imaginar… —Suspira con fuerza antes de volver a besarme.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de la apertura, Noel?

—Tenemos una hora y se me ocurren muchas cosas que hacer… Y nada tienen que ver con empaquetar tabletas de chocolate.

—¿Ah, sí? —Me separo de él y comienzo a caminar en dirección a la puerta de las escaleras que suben hasta su casa. Noel me sigue con pies de plomo y una mirada de lince, esperando a agasajarme en cualquier momento—: ¿Y qué es todo eso que pasa por tu cabeza? —Subo los primeros escalones cuando acorta la distancia entre nuestros cuerpos, haciendo que nuestras entrepiernas se rocen la una con la otra.

—No querrás que el mago desvele los secretos de sus trucos, ¿no?

—¿Qué trucos son esos? —Enarco una de mis cejas mientras muerdo mi labio inferior inconscientemente—. ¿Me los podrías enseñar?

—Claro. Aunque tendremos que ir hasta mi habitación para poder hacer la experiencia más inmersiva…

—Ajá. ¿Y en qué zona da usted las lecciones concretamente? —Llegamos a la planta superior de su casa y caminos por el pasillo en el que una vez nos besamos y terminamos desatando todos estos sentimientos que ahora nos tiene abducidos.

—En la cama, en las esquinas… Aunque, la verdadera pregunta aquí es… ¿en qué postura aprenderá usted mis trucos de magia?

—En todas las posibles, Noel.

Tiro de su camiseta y, cuando traspaso el umbral de la puerta de su habitación, le arrebato la poca tela que recubre su cuerpo. Él hace lo mismo conmigo, aunque nervioso y ansioso, consigue lanzar mi calzoncillo a una de las esquinas del dormitorio. Me tira sobre la cama y se sube sobre mí, lamiendo cada recoveco de piel que observa como si fuera la primera vez que lo ve.

—Eres todo un sueño, *Bells*. —La última palabra me llama la atención.

—¿Ahora me llamas por mi apellido?

—También puedo decirte algo guarro… pero creo que nos cortará el rollo.

—¿Algo como qué?

—¿Cerdito? —A medida que lo dice, puedo ver la mueca de vergüenza que se forma en su cara.

No lo puedo evitar y expulso una carcajada gigantesca que reverbera en las paredes y hace del momento íntimo algo mucho más distendido y cercano.

—¿Me lo estás diciendo enserio, Noel? ¿Eso es lo más sexy que se te ha ocurrido?

—Lo más sexy que se me ocurre ahora mismo es comerte entero.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—Las ganas que tengo de apreciarte por completo. Necesito guardar este momento en mi mente, Hugo. Eres increíble.

Eso es suficiente como para que vuelva a acercarme a él y consiga hacerlo rodar por el colchón hasta colocarme sobre su erección. Mi apertura está tan cerca de la punta de su miembro

que debo tragar saliva para impedir sentarme sobre él y dejar que me penetre por completo.

Beso sus labios, su cuello y desciendo por su abdomen hasta llegar a su polla. Jugueteo con el líquido que se ha agolpado en la punta y lo degusto con lentitud, queriendo memorizar su sabor. Luego, sin preámbulo alguno y cuando menos se lo espera, la introduzco por completo en mi boca hasta que mi garganta lo siente en su totalidad. Mi mano sube y baja alrededor de la erección mientras la saliva se desliza por todo el tronco. Jugueteo con sus testículos y él tiembla de placer cuando lo hago todo más rápido, con más ansia.

—Joder, Hugo… —jadea, envolviendo su mano en mi pelo, acrecentado el movimiento.

Antes de que pueda llegar, vuelvo para besarlo y sus manos buscan mis glúteos, ansiosas por hacerse con ellos.

—Date la vuelta.

Entiendo lo que quiere hacer casi al instante y la idea hace que una descarga eléctrica recubra mi erección. Abro mis piernas dejando su cara en medio y acerco mis glúteos a su boca a la misma vez que la mía busca su dureza de nuevo, ansiosa por completar lo que empecé. Pero no le doy el beneplácito de terminar, no cuando acaba de empezar. Devora mi interior y yo me muevo para hacer que su lengua entre más, se recree más, me haga gemir más.

Su mano juega con mi miembro y me acaricia con tanta lentitud que creo explotar de placer cuando me vuelca sobre el colchón antes de ponerse el preservativo. Se unta un poco de

lubricante en la polla y hunde varios de sus dedos en mi apertura.

—Noel… —gimo, mordiendo las sábanas como si fuera un sentimiento liberador hacerlo.

—¿Estás listo, Bells?

—Hazlo, Noel.

Se hunde en mi interior con cuidado. Mi cuerpo corvea al sentirlo pero pronto me acostumbro a percibirlo dentro, a sentirlo cerca, a sentir que somos uno. Me penetra con un ritmo constante y la habitación se inunda de jadeos, los golpes de nuestras pieles y respiraciones nerviosas que se cortan con pequeños besos.

Cuando mis piernas terminan a ambos lados de sus caderas y mis manos se apoyan sobre su pecho, haciendo que su miembro entre mí con cada uno de mis movimientos, entiendo que estoy enamorándome de él hasta las trancas. Porque ni cuando me embiste por última vez, ni cuando termino corriéndome sobre su abdomen, ni cuando me besa la frente con ternura, ni tan siquiera cuando me acuesto plácidamente a su lado dejo de sentir las luces de colores iluminándose en mi estómago, serpenteantes y más vivas que nunca.

CAPÍTULO 36

¿NO ES NUEVO AÑO AÚN?

NOEL

Cuando la última campanada suena a través de la televisión y la última uva baja por mi garganta, me alegro de no haber muerto ahogado por estas canicas verdes que estamos obligados a tomar todos los años para darle la bienvenida al nuevo calendario. Bebo de la copa de champán que uno de los cocineros de Gaspar me acaba de servir y despejo mi boca de todos los restos de uva.

—¡Feliz Año, tío! Te quiero. —Mi mejor amigo me abraza con fuerza y palmea mi espalda con camaradería.

—Feliz Año, Gaspar. Yo también te quiero.

Mi tío Enrique me sonríe antes de abrazarme también.

—Me alegro tanto de que al final hayas decidido quedarte en Jengibre. Aunque te mudes de casa y te busques un apartamento en el que poder evitar las decoraciones de Navidad, me hace muy feliz tenerte tan cerca, hijo.

—Cariño…, qué bien sigas aquí con nosotros. —Mi tía me besa la mejilla siete veces y luego atusa mi pelo como solía hacer cuando era un niño. Supongo que las tradiciones nunca cambian.

—A mí también me hace muy feliz poder quedarme en Jengibre durante el resto del año. En Vainilla había siempre mucho tráfico y debía salir de casa con dos horas de antelación si quería llegar a tiempo a algún sitio. —Sonrío mientras escucho a los reporteros de televisión felicitar la entrada del año a todo el mundo.

Reviso la hora en mi reloj y comienzo a despedirme de todos. A las doce y cuarto he quedado con Hugo para vernos justo después de las uvas y empezar enero juntos, aprovechando así los últimos días que nos quedan hasta que él se marchase a Cancún.

El plan inicial, el de todos los años, siempre es o quedarme con los tíos hasta que las botellas de anís se terminaran o salir con Gaspar en busca de algunas chicas con las que pudiéramos hablar durante la noche. Sin embargo, caminar por Jengibre de la mano de Hugo se me antoja una mejor idea.

Cuando llega la hora, salgo de casa de Gaspar y me monto en la vieja camioneta, la cual he estacionado en la acera de enfrente. Conduzco hasta la casa de los Bells y me topo con el cuerpo de Hugo esperándome en la puerta. Lleva un abrigo de

vestir bajo el que puedo intuir unos pantalones chinos y una camisa beige que le queda como un pincel.

—Feliz Año, Noel —dice cuando entra en el interior del vehículo, justo antes de besarme con ternura.

—Feliz Año, elfo. Estás guapísimo… —Beso su mano y arranco la camioneta con un rumbo fijo en la mente.

—Ese traje está reviviendo millones de fantasías en mi mente. —Guiña su ojo y yo esbozo una sonrisa mientras niego completamente obnubilado por aquel chico. Desfila su mirada por mi cuerpo y paraliza sus ojos en mi entrepierna.

—¡Oye! —reprendo, golpeándole el brazo.

—Perdón. Perdón. Es que estás tan bueno… Es irresistible no querer besarte todo el tiempo.

—¿Tanto te gusto, Hugo? —Repito la misma pregunta que él me hizo no hace demasiados días atrás.

—No te haces una idea… —Y él parece tomar la referencia y contesta lo mismo que yo dije.

Llegamos al aparcamiento del lugar al que he decidido traerlo esta noche y le hago ponerse una venda en los ojos antes de bajar.

—Como me tropiece y me golpeé la cara con el suelo, tendrás que asumir las consecuencias, Noel. —Intenta amenazarme pero su voz suena tan divertida que no me tomo nada en serio sus palabras.

—Tranquilo. Confía en mí.

Avanzamos por la entrada y subimos la pequeña pendiente que llega hasta el inicio de la montaña. El frío es mordaz y nos

hace tiritar en varias ocasiones, pero nada que una bufanda bien abrochada no arregle.

—¿Puedo ya?

—Sí, quítatelo.

Me coloco junto a él y aguardo expectante a su reacción. Su boca se abre por completo al contemplar las vistas y gira su rostro para asegurarse de que mi sorpresa es la misma.

—Es bonito, ¿verdad? Hace muchos años que este se convirtió en mi rincón favorito de Jengibre.

Estamos en la estación de esquí, concretamente en la colina más alta desde dónde se puede observar la iluminación navideña de toda la ciudad y es… es indescriptible. Miles de serpentinas coloridas danzan de un lugar hacia el otro y la nieve recubre los tejados de todas las casas, haciendo que los reflejos inciden perpendicularmente y se reflejen en las montañas, donde los halos de luz se funde entre los copos de nieve.

—Es precioso, Noel.

Veo en sus ojos los restos de la emoción, dispuestos a desplomarse en forma de lágrimas. Antes de que lo haga, sujeto su mejilla y lo beso. Sabe a un chocolate caliente, a un bombón y a una Navidad eterna.

—Pensé que sería el lugar perfecto para preguntarte algo… —avanzo, armándome de valor para hacerlo.

—¿El qué?

Aclaro mi voz y tuerzo la cabeza. Su pelo se mueve con el viento que, aunque frío, nos hace sentir presentes en el momento, nos arraiga al lugar en el que estamos.

—¿Quieres salir con este Papá Noel? —Coloco el gorro que he cogido de la casa de Gaspar sobre mi cabeza y le tiendo el gorro verde de elfo.

—Nada me haría más feliz que ser tu elfo, Noel. Ahora y siempre. En Navidad y el resto del año.

Sonrío y lo abrazo con fuerza, asegurándome de que cada recuerdo, cada reminiscencia se grabe a fuego en mi mente. No quiero olvidar este momento jamás. Nunca quiero aprender a olvidarlo. No quiero tener que vivir sin él ni sin los muérdagos del techo.

Pasamos la noche sentados en la nieve, haciendo angelitos con nuestros brazos y piernas. Nos dan igual las bajas temperaturas, ahora mismo solo importamos él y yo. Competimos por ver quién hace el mejor muñeco de nieve y, cuando el amanecer está apunto de aparecer, volvemos a la camioneta.

Esa noche es la primera noche del resto de nuestra historia.

Una historia llena de chocolate, serpentinas y bolas navideñas.

Llena de dudas, de miedos pero también llena de amor.

Porque el amor es impredecible.

Amad siempre con fuerza. El amor es lo único que queda cuando todo se desvanece.

Amad a los que se fueron, a los que dejaron un hueco libre en las mesas de Navidad.

Y volved a sentirnos unos críos cada Día de Reyes.

El niño que tenéis dentro sigue latiendo en vuestro corazón.

Hacedlo por él.

EPÍLOGO

UNA NAVIDAD SIN SENTIDO

FANTASMA DE LAS NAVIDADES FUTURAS

Pasaron doce meses hasta las siguientes Navidades y, entre ellos, también pasaron muchas estaciones. Hugo terminó por pagar su viaje a Cancún con el sueldo del Natale's y, días antes de marcharse, conoció al tío Enrique. Fueron a comer a su asador favorito para celebrar el gran éxito de la campaña de diciembre y la bonita relación que habían forjado su sobrino y él. El viaje fue una pasada. Bebió margaritas a todas horas, se bañó desnudo en el mar, se tiró de una tirolina en medio de unas aguas termales y tomó el sol hasta dorarse como un nugget. Se graduó con honores y hasta incluso recibió el título al mejor Trabajo de Fin de Grado por haber desarrollado un turismo navideño sostenible para la ciudad de Jengibre. Ese mismo proyecto le abrió las puertas a la empresa de hoteles

que poseía el padre de Gaspar, el cual llevaba años buscando a alguien que pudiera echarle un cable. Dígamos que todo se dió rodado y ahora Gaspar y Hugo pasan mucho tiempo juntos.

Noel continuó en el Natale's durante el mes de enero y, tiempo después, cuando una de las plazas quedaron libres, el padre de Hugo lo introdujo como monitor de esquí para niños menores de ocho años. Él cada vez era más mayor e iba perdiendo agilidad en los movimientos, por lo que la ayuda extra para cubrir sus horas le venía de perlas. Se mudó a unas calles más arriba de la casa de sus tíos y, aunque los echó de menos durante los primeros días, la presencia casi constante de Hugo rellenaba todos los vacíos emocionales que habían quedado abiertos al volar fuera del nido (de nuevo). Iba de cervezas con su mejor amigo los jueves cuando Judith y Hugo quedaban para comer en el italiano del centro.

La siguiente Navidad llegó diferente, no solo porque era su primer aniversario, sino porque Noel decoró su casa por elección propia y, aunque seguía añorando aquellas mañanas de diciembre en las que sus padres le hacían chocolates calientes, entendió que la vida también nos ayuda a mantener vivo el recuerdo de aquellos que ya no están, de aquellos cuyos huecos ahora están vacíos.

No todo fue genial, claro está. En ninguna relación nada es perfecto. Pero trabajaron para continuar juntos y mejoraron aquello que los hacía débiles como pareja. Eran conscientes de que sin comunicación, no llegarían a ninguna parte.

Celebraron Nochebuena en casa de los Bells de nuevo y pasaron Nochevieja acompañados por Gaspar, los Natale y

todos los compañeros de trabajo de Hugo, incluido su jefe. En Año Nuevo volvieron a la Estación de Esquí de Jengibre y volvieron a hacer angelitos en la nieve… pero, lo más importante, volvieron a ponerse el gorro de Papá Noel y el gorro del elfo antes de besarse frente a las luces coloridas de toda la ciudad.

Y la nieve los vió, ella fue su única testigo… Bueno, ella y los muérdagos, los muérdagos siempre estuvieron presentes en su historia.

AGRADECIMIENTOS

Quiero comenzar dándole las gracias a todas las comedias románticas que leí en mi adolescencia de las que aprendí un género maravilloso que hace experimentar a los lectores experiencias únicas.

Quise escribir *Amor bajo el muérdago* para contar las historias no contadas, para darle visibilidad a las *romcom queer* en las que dos protagonistas del mismo sexo se enamoran. Porque a mi yo de dieciséis años les faltaron esas tramas en las que sentirse identificado, en las que ver que era posible el amor en cualquiera de sus formas. Este es mi mensaje con esta novela: amad a quien queráis, lo único importante es hacerlo con mucha fuerza.

Muchas gracias a Migue, porque sé que todo lo que he escrito aquí sobre las luces de Navidad en el estómago son gracias a él, que me las hace sentir cada día de mi vida. Porque gracias a él sé lo que es el amor y sé que quiero despertarme cada día a su lado. Gracias, amor.

Muchas gracias a mis padres, a mi familia y, en especial, a mi hermano, Jose, al que le encanta la Navidad y con el que he pasado gran parte de mi infancia y adolescencia viendo miles de películas navideñas. Esta historia, en cierta parte, también es para él. Os quiero.

Muchas gracias a mis amigas, en especial a Eva, que fue mi primera lectora allá por el 2021 cuando comencé a terminar las novelas románticas que empezaba, porque hasta el momento todo eran cosas inconclusas y sin final alguno. Y también a Pastora por haber sido la lectora cero de esta historia y por haberla amado tanto como lo hago yo. Os quiero, miles de gracias por confiar en mí y apoyarme a seguir cuando no tengo fuerzas.

Muchas gracias a todos los lectores que le han dado una oportunidad a esta historia, que se han dejado enamorar por Hugo y Noel y que se han sentido identificados con lo que ellos han contado. Me parece increíble que alguien me lea y disfrute de lo que escribo en una página en blanco en mi habitación. Os quiero muchísimo.

Muchas gracias a todos los que aman con libertad y sin miedos, por vosotros merece escribir este tipo de historias.

Os agradecería que dejarais vuestra reseña en Amazon, Goodreads... y demás plataformas. Las reseñas (negativas o positivas) me ayudan mucho a crecer y a mejorar. También, si os ha gustado, recomendad esta historia a vuestros *besties*, a vuestros familiares... cualquier ayuda es poca para llegar a nuevos lectores tan increíbles como vosotros.

Muchas gracias de corazón. Feliz Navidad.

Nos vemos muy pronto en las páginas de otra historia.

Rubén Navafría.

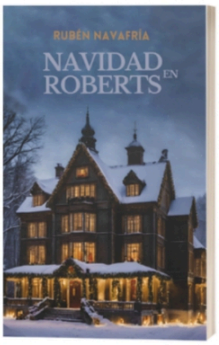
ACERCA DEL AUTOR

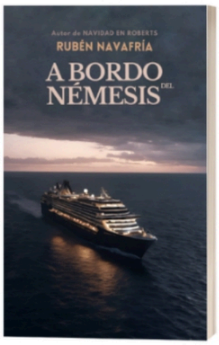
Rubén Navafría nació en 2002 en Córdoba, aunque ha crecido y vivido gran parte de su vida en Montilla, un pequeño pueblo en la campiña conocido por el vino. Desde hace varios años vive en Málaga donde se ha graduado de Marketing e Investigación de Mercados. Ha soñado desde pequeño con contar historias, ya fuesen habladas o escritas. En 2022, debutó con su poemario *A pesar de todo, te quiero* con el que iniciaría las andanzas por el camino de la autoedición. Todo cambiaría cuando su pasión por la novela negra, en especial por las historias de Agatha Christie, lo llevarían a escribir y publicar *Navidad en Roberts* en 2023 con la que comenzaría a compartir sus novelas con el mundo. *Amor bajo el muérdago* supone su primera inclusión en la romántica pese a que lleva escribiendo miles de ellas desde hace años. Le encanta fotografiar a todo y a todos y disfruta de la buena música (en especial de la Sabrina Carpenter y Blackpink).

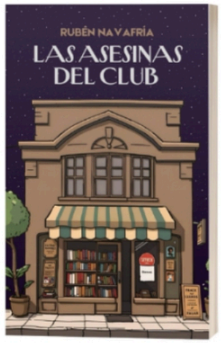
Puedes seguirlo en todas sus redes sociales como: @rubennavafria.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR















PLAYLIST OFICIAL

Santa doesn't know you like I do – Sabrina Carpenter

Moonlit Floor (Kiss me), Santa Baby Remix – LISA

Last Christmas – Ariana Grande

Snowman – Sia

Merry Christmas, Please Don't call – Bleachers

Twilight zone – Ariana Grande

Is it new years yet? – Sabrina Carpenter

All I want for Christmas is you... – Mariah Carey

Cindy Lou Who – Sabrina Carpenter

Buy me presents – Sabrina Carpenter